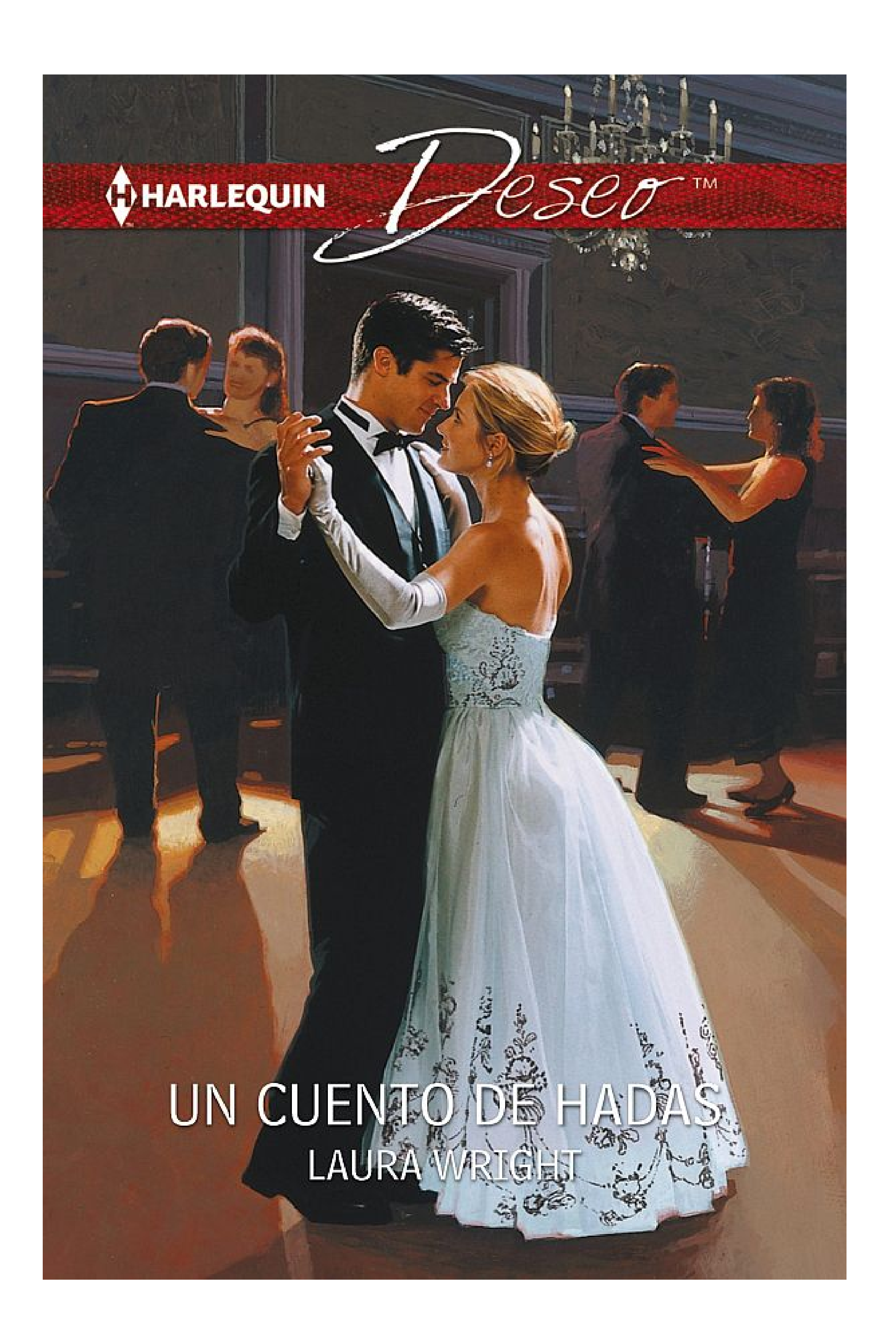

HARLEQUIN
Deseo™
UN CUENTO DE HADAS
LAURA WRIGHT

Él planeaba seducir a Cenicienta… pero ella cambió las reglas del juego.

Su padre quería que encontrara novia, mientras que el príncipe Maxim prefería continuar soltero. Así que decidió contrariarlo saliendo con Francesca Charming, una plebeya con la que jamás podría casarse. Pero pronto se dio cuenta de que aquel plan de seducción era demasiado peligroso… y ahora su corazón corría peligro.

La veterinaria Francesca Charming no creía en los cuentos de hadas, aunque los besos de aquel príncipe estaban consiguiendo que se replanteara tal incredulidad. Fran sabía que aquello no podría continuar… a menos que encontrara la manera de llegar al «y fueron felices para siempre».



Laura Wright

Un cuento de hadas

Deseo - 1262

(Reino de Llandaron - 1)

ePub r1.0
LDS 28.12.16

Título original: *Charming the Prince*
Laura Wright, 2003
Traducción: Juan Larrea Paguaga
Publicado originalmente: Mills and Boon Desire 2-in-1 (MD2) - 102 / Silhouette Desire (SD) - 1492
Protagonistas: Francesca Charming y Maxim Stephan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

Francesca Charming no creía en los cuentos de hadas, aunque su apellido en inglés significan que tenía poderes para hacer encantamientos, pero una chica podría cambiar de opinión si pisara aquellos adoquines cargados de historia y el están darte morado y oro de Llandaron flameara al cálido viento de la mañana sobre la fortaleza que se elevaba regiamente ante ella.

El castillo de siete plantas, de piedra blanca y una elegancia refinada, se asomaba a un acantilado sobre el Océano Atlántico. Una hilera de escalones de mármol color crema ascendían sinuosamente hasta un enorme portón. Cientos de ventanas en marcadas en madera verde observaban a Fran y dos torres blancas se alzaban hacia un cielo cristalino desde ambos lados del impresionante edifico.

El aroma a brezo y a mar hacían que poco a poco se olvidara del trabajo y de los motivos que la habían llevado a…

—Bienvenida a Llandaron, señorita.

Fran dio un respingo al oír el animado saludo y se giró.

Un jardinero que estaba podando una fragante madreselva le guiñó un ojo.

—¿Es la primera vez que viene al castillo? Le habrá dejado sin respiración, ¿verdad?

Toda la magia del momento se desvaneció y dio paso a la realidad. Fran no había ido a Llandaron para dejarse llevar por una fantasía infantil. Había ido a aquel pequeño estado isleño para trabajar, para ganar el dinero que le permitiera poner en marcha el

sueño de toda su vida, su única meta: abrir un quirófano para animales en Los Ángeles.

Agarró con fuerza el maletín de veterinaria y saludó al jardinero.

—Sí, soy la doctora Charming —dijo con un tono profesional—. He llegado esta mañana. Estoy bus cando las cuadras, ¿es éste el camino?

El jardinero asintió con la cabeza.

—Siga por el sendero y llegará. Pregunte por Charlie, él es el encargado —se dio la vuelta para ocuparse de un pequeño abeto—. El le enseñará el sitio.

—Gracias.

Fran se dio la vuelta y siguió bajando por el camino sin poder evitar que su mirada se entretuviera en cada detalle.

Todos los libros que había leído de Llandaron alababan su belleza exuberante y silvestre en prima vera, pero esas palabras no hacían justicia al lugar. Caminaba por el jardín cuidado con mimo que llevaba a las imponentes cuadras y observaba el césped de un verde increíble que se alejaba, salpicado de diminutas flores rojas y brezo violeta, entre árboles centenarios y arbustos minuciosamente poda dos.

Llandaron, a sólo ciento cincuenta kilómetros de Cornualles, Inglaterra, parecía un mundo aparte.

Fran agarró con más fuerza el maletín y se dirigió hacia las cuadras con un aire que esperaba que fuera de confianza. Los caballos relinchaban a su paso desde los establos y ella les acarició la frente antes de seguir por el patio en busca del hombre llamado Charlie.

Sin embargo, al llegar al último establo, se quedó clavada en el suelo. La sorprendente escena hizo que le flaquearan las rodillas, que se le secara la garganta y que el pulso se le acelerara como el redoble de un tambor.

Un hombre, de espaldas a ella y con el torso des nudo, lanzaba heno con una horca al establo que tenía aliado. Fran, sin parase a pensar lo que es taba haciendo, dejó que su mirada fuera desde las viejas botas y ascendiera por los desgastados vaqueros que enfundaban unos muslos fuertes y musculosos que terminaban en un trasero realmente notable. Se pasó la lengua por los labios y siguió el recorrido. Tenía una cintura muy fina y una espalda ancha,

bronceada y musculosa que resplandecía de sudor.

Dejó escapar un suspiro. Ante su espanto, el hombre se dio la vuelta al oírlo y se la encontró observándolo.

—Hola —la saludó con una sonrisa.

El acento era el típico de Llandaron y la palabra le brotó de los sensuales labios como si fuera chocolate fundido.

Fran no conseguía que le salieran las palabras. Los hombres no le impresionaban y solía mostrarse distante, pero aquel ejemplar de dos metros, pelo negro, abundante y ondulado, rasgos esculpidos y tupidas cejas sobre unos ojos azules y profundos no se parecía a ningún hombre que hubiera visto hasta entonces.

Bajó la mirada hacia el pecho cubierto de pelo y de poderosos músculos. Tenía lo que algunas amigas suyas llamaban un vientre como una tabla de la var. Se dijo que era una visión que merecía la pena y cerró los puños para evitar que las manos se alargaran para palpar semejante pecho.

Reunió toda la entereza que fue capaz, se aclaró la garganta y adoptó un tono confiado.

—Usted debe de ser Charlie.

Él se apoyó despreocupadamente en el marco de la puerta y la miró fijamente hasta que la sangre le hirvió.

—¿Debo serlo?

El tono no aclaraba si era una pregunta o una respuesta, pero ella no le dio mayor importancia. No iba a permitir que ese tipo se diera cuenta de lo nerviosa que le ponía.

—Soy la doctora Francesca Charming; todos me llaman Fran.

Los irresistibles ojos de él se iluminaron al comprenderlo todo.

—La veterinaria de Estados Unidos.

—De California.

La observó lentamente con su perversa mirada azul hasta detenerse en la boca.

—Rubia, bronceada, piernas largas y unos ojos preciosos. Una chica de California perfecta.

Fran sintió como si sus pantalones de algodón marrones y la camisa azul se hubieran convertido repentinamente en lencería negra de encaje. Notó que el rubor se adueñaba de sus mejillas. No podía ser, ella una mujer urbana y no se sonrojaba ni balbucía como una colegiala. Era ella la que hacía sonrojarse a los hombres

demasiado pagados de sí mismos; eso siempre que no notaran la inseguridad que se escondía detrás de la fachada de confianza en sí misma.

—¿Ya me ha mirado lo suficiente? —le preguntó subiendo un poco la barbilla—. ¿O prefiere que me dé la vuelta?

El levantó la mirada para encontrarse con los ojos de ella. Tenía una expresión divertida.

—Creo que tendría que preguntarle lo mismo.

Fran tragó saliva. Tenía toda la razón.

—¿Y bien? —preguntó él con una sonrisa.

—Y bien, ¿qué?

El dibujó un círculo en el aire con un dedo largo y afilado.

—Usted me lo ha propuesto, doctora Charming. Creo que es justo que la vea de espaldas después de que usted me mirara tanto tiempo.

Fran abrió los ojos como platos.

—¡Yo no he hecho tal cosa! Además… bueno, no pienso darme la vuelta… sólo era… en realidad no era…

Él sonrió.

—Está bien, quizá en otra ocasión.

—No lo creo.

Fran miró a otro lado mientras se preguntaba por qué había ido a Llandaron. Echó una ojeada al enorme despacho que había a su derecha; tenía muebles muy cómodos y ventanas en todas las paredes. Por fin encontró lo que estaba buscando. Junto a un ventanal abierto y tumbada sobre un lecho verde, había una wolfhound preciosa con el vientre hinchado y los ojos de un marrón acuoso. El sol se colaba en la habitación a través de la persiana y bañaba a la perra con una luz pálida.

Hacía diez días ella no sabía nada del rey Oliver ni de su wolfhound, apenas había oído hablar de Llandaron, pero su socio y posible novio formal, el doctor Dennis Cavanaugh, recibió el encargo «real». La reputación que Dennis se había labrado gracias a los animales de compañía de los ricos y famosos de Los Ángeles hacía que le invitaran constantemente a sitios increíbles, pero aquella vez estaba demasiado ocupado con el perrito de cierta estrella de cine como para dejar el país. Dennis recomendó a Fran para que hiciera el trabajo y ella, que necesitaba un poco de

distancia para pensar y la generosa retribución, no tardó en aceptar la oferta.

La wolfhound miró a Fran como si se preguntara quién era y qué hacía allí. Fran sonrió.

—Eres una preciosidad —dijo ella mientras re corría los escasos pasos que la separaban del des pacho y alargaba la mano para agarrar el pica porte.

Sin embargo, antes de que pudiera abrir, una mano imponente se posó sobre la suya y le provocó una oleada de calor en todo el brazo.

—Permítame, doctora.

A Fran se le escapó un leve jadeo mientras apartaba la mano bruscamente.

—Espero no haberla quemado —bromeó él mientras abría la puerta y la dejaba pasar.

Ella entró a toda velocidad.

—No ha hecho nada.

Él se rió.

—¿Está segura? —preguntó con sarcasmo.

Fran se dirigió a su paciente con las mejillas ardiendo. Estaba abochornada por la reacción tan tonta ante su contacto y por haber mentido al decir que no le había hecho nada.

Si dependiera de ella, le diría en ese instante que podía marcharse, que ella podía ocuparse de todo, pero también sabía que la perra estaría más tranquila si había alguien que ella conociera y la salud de la perra era más importante que unas ridículas palpitaciones.

—Así que tú eres mi paciente… —dijo Fran con tranquilidad mientras se sentaba junto a la wolfhound preñada.

Empezaba a disiparse la inquietud que le producía la presencia del provocador mozo de cuadras. Estaba con su paciente, estaba en su terreno.

—Se llama Grand Dame Glindaron.

El hombre tardó unos segundos en agacharse junto a ella con los vaqueros desgastados ceñidos a los musculosos muslos. El pecho estaba cubierto por una camiseta negra bastante vieja.

—Pero la llamamos Glinda.

—Glinda… —Fran alargó la mano y permitió que le perra se la

oliera—. ¿Como la bruja buena?

—¿La bruja buena? —repitió él.

—Ya sabe… El mago de Oz… —Lo miró fijamente—. Glinda, la bruja buena —él parecía no enterarse de nada—. Es una película.

El se sentó en los talones.

—Por aquí no vemos esas cosas.

Fran abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo dice?

El sonrió con picardía.

—Muy gracioso, Charlie —replicó Fran con tono guasón.

El bajó la mirada un instante y Fran se sintió aliviada, como si hubiera encontrado una sombra bajo un sol abrasador, aunque no pudiera apartar la mirada de él. Tenía una boca irresistible y un cuerpo demoledor. Era un conjunto mortal para una mujer que había renunciado al atractivo sexual a cambio del cariño.

Fran intentó con toda su alma formarse una imagen de Dennis, pero no lo consiguió. Los ojos del mozo de cuadras eran poderosos y persistentes. Si ese tipo quisiera dejar de trabajar en las cuadras, seguramente podría ganar una fortuna como hipnotizador.

—En realidad, en Llandaron nos gustan las buenas películas —lo dijo mientras rascaba a Glinda detrás de la oreja—. A la familia real también le gustan y se supone que *El mago de Oz* es la favorita del rey.

—Me alegro de saber que Su Majestad tiene buen gusto, tanto en cuanto al cine como en cuanto a los animales.

Fran sacó un termómetro y un estetoscopio del maletín. Había dejado que Glinda se acostumbrara a su voz y a sus movimientos y había llegado el momento de que se pusiera a trabajar. Si el perturbador mozo de cuadras iba a quedarse por allí, ella tendría que sobrellevarlo lo mejor que pudiera.

Glinda y ella se acostumbrarían la una a la otra y no tendría que volver a tratar con ese tipo.

—¿Cuida usted de Glinda? —Fran adoptó un tono profesional.

—No le quito la vista de encima.

—Entonces, me gustaría hacerle algunas preguntas, si no le importa.

El inclinó la cabeza.

—Naturalmente.

—¿Come y bebe?
—Come menos y bebe más.
Fran asintió con la cabeza.
—¿Ha sangrado o vomitado? ¿Ha tenido diarrea?
—No.
—Muy bien —se acercó más a la perra—. Acaríciela y manténgala tranquila mientras yo la examino.
El arqueó una ceja con aire divertido.
—¿Está pidiéndome que la ayude, doctora?
—Si no le importa…
—¿Por qué iba a importarme?
—No me gustaría apartarlo de su trabajo.
—¿Mi trabajo?
Fran señaló con la cabeza hacia las cuadras.
—Limpiar los establos y dar de comer a los animales…
—¡Ah! Claro mi trabajo… —Los ojos lanzaron un resplandor azul—. Puedo tomarme unos minutos.
Fran sintió un cosquilleo en el vientre que la sor prendió, pero se recompuso.
—De acuerdo, pero no quiero que tenga problemas con su jefe, así que si le entretengo demasiado tiempo, dígamelo.
—Es muy considerada —replicó él con una risa burlona—, pero no tiene que preocuparse. Mi jefe y yo nos llevamos muy bien.
Después de tomarle la temperatura, Fran escuchó el corazón y los pulmones del animal, así como a los cachorrillos que llevaba en su vientre. Pasó un buen rato con la increíblemente sana perra y encantada de tomarse un respiro del arrebatador mozo de cuadras. Jamás se había sentido tan perturbada y atraída por alguien. Ni por ninguno de los apuestos hombres de Los Ángeles ni siquiera por Dennis.
—Los embarazos de los wolfhound pueden ser muy peligrosos —dijo él mientras Fran comprobaba los ojos y los oídos de animal—. Doy por sentado que usted es una especialista en estos casos.
—Ese rumor es cierto.
—¿Hay otros rumores? —Se inclinó sobre Glinda y Fran abrió la boca de la perra para examinarle los dientes.
—Claro —mantuvo el tono desenfadado mientras hacía todo lo posible para no inhalar el delicioso y varonil aroma—, pero todos

son mentira o, por lo menos, medias verdades.

—Aun así, me encantaría oírlos.

Fran apretó los labios pensativamente.

—Creo que no son apropiados para los cándidos e inocentes habitantes de Llandaron.

La mirada que le lanzó dejaba muy claro que él no era ni cándido ni inocente.

Como si ella no lo supiera.

—¿Que piensa de Llandaron, doctora Charming? —preguntó él con las caras casi rozándose.

—Bueno, sólo llevo aquí unas horas, pero lo que he visto es… —Se quedó si aliento cuando él desvió la mirada descaradamente hacia su boca.

—¿Impresionante? —El tono ronco de barítono la envolvió como si fuera de seda y acero.

—Si —contesto ella con una especie de susurro indeciso que había oído a algunas mujeres en las películas, pero que no había oído salir de su propia boca.

¿Qué estaba pasando? Se preguntó mientras entraba una ráfaga de aire salado por la ventana abierta. ¿Qué demonios estaba pasándole? Quizá debiera haberse quedado en Los Ángeles con Dennis y que otro hubiera hecho ese trabajo.

Fran apartó de su mente esa idea disparatada. Era verdad que ese hombre la atraía, pero no iba a pasar de ahí ni iba a interferir en su trabajo.

—Llandaron es muy impresionante —comentó el hombre y la sacó de sus reflexiones—. La gente está muy orgullosa de su país; de su belleza inmaculada y de su existencia pacífica.

—Tienen motivos para estar orgullosos. Es un sitio impresionante —se volvió hacia Glinda y le acarició el pelo gris y duro para ganarse su confianza—. ¿Ha vivido aquí toda su vida?

—¿Se refiere a Llandaron o al palacio?

—A los dos.

—Sí a ambos.

—De modo que se ha criado entre lujos, ¿eh? —dijo Fran con una leve risita—. Sus padres trabajaban aquí y ahora lo hace usted…

—Podría decirse que es la profesión familiar.

Fran no pudo evitar mirarlo con el ceño fruncido.

—Lo dice como si lo lamentara.

—A veces uno no elige su forma de vida, doctora.

—Eso es una tontería —le espetó Fran.

Él se rió.

—¿Eso cree?

—Sí, eso creo. —Glinda apoyó la cabeza en las rodillas de Fran y cerró los ojos—. Sólo tenemos una oportunidad en la vida y permitir que otros controlen algo tan preciado como nuestras elecciones es un desperdicio.

—¿De tiempo?

—De vida —no había forma de pararla cuando tocaba un asunto como ése—. Mi padre siempre decía que la vida es un regalo.

A Fran se le encogió el corazón al acordarse de su padre. Había fallecido hacía casi dieciséis años, pero mantenía intacto su amor por él.

El hombre que tenía al lado la miraba intensa mente y con una expresión hermética.

—¿Qué me dice de los hijos del rey, doctora? Para ellos lo primero es el honor y el deber. No pueden permitirse el lujo de elegir.

—Claro que eligen. Eligen el honor y el deber sobre sus deseos y necesidades.

Como ella había elegido al cariñoso y estable Dennis sobre los engatusadores que sólo querían una cosa y que desaparecían cuando la habían conseguido. Ella no había conocido príncipes de cuentos de hadas sino montones de lobos vestidos de Armani. Gracias a Dios sólo había sucumbido una vez a su atractivo.

Volvió a ocuparse de Glinda y de los cachorrillos que tenía en sus entrañas.

—Tiene gracia, casi todo el mundo piensa que la vida de las familias reales es muy romántica; las fiestas, los bailes, el apuesto príncipe, los besos de en sueño y todo eso.

—Pero usted no lo hace.

—No —no se comprometió con la respuesta—. Cuando era niña, no me quedaba embobada viendo los dibujos animados de Walt Disney como hacían otras niñas.

—¿Y qué hacía?

Fran no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—Entablillaba a los animales heridos que se colaban en nuestro patio.

—Seguro que los curaba a todos —el tono era amable y bromista.

—A casi todos, pero algunas cosas se escapaban de mi control.

Como los crueles juegos y bromas de sus hermanastros que escondían los animales hasta que ella lloraba y les suplicaba que los devolvieran.

Fran dejó a un lado los recuerdos y sonrió con naturalidad.

—Digamos que nunca he sido de las que ven las cosas a través de un cristal rosa.

—¿Cómo ve las cosas, Francesca?

—Basta con Fran —le repitió—. Veo la vida a través de unas lentes infrarrojas. Quiero llegar a los detalles y ver la verdad. No quiero que me ciegue la fantasía.

—Verás, las fantasías pueden ser muy gratificantes.

Las palabras hicieron que sintiera una punzada ardiente en el vientre. Lo miró directamente a los ojos azul oscuro. Eran unos ojos rebosantes de pasión e inteligencia.

—Quizá lo sean a corto plazo. El esbozó una leve sonrisa.

—¿No buscas placeres a corto plazo?

Fran desvió la mirada hacia la ventana y luego hacia Glinda. No quería mirarlo a él.

—¿Seguimos hablando de mi forma de ver la vida?

—¿Cuántos años tienes, Francesca?

—Veintiocho.

—Eres muy sabia para ser tan joven.

Fran se encogió de hombros ligeramente azorada por el halago.

—Simplemente, me conozco.

—Muy avanzada…

—¿Te parece? El sonrió abiertamente.

—Sí, me lo parece.

—Disculpe, Alteza.

Fran se volvió hacia la puerta y vio a un anciano con ropa de trabajo, una gorra verde que le cubría el pelo canoso y unos ojos abiertos de para en par que la miraban con curiosidad.

—Buenos días, Charlie —dijo la voz de barítono cargada de

formalidad.

A Fran se le cayó el alma a los pies. Charlie hizo una reverencia.

—Buenos días, Alteza. Su Alteza Real ha vuelto del pueblo y desea hablar con usted.

—Gracias, Charlie. Puedes retirarte.

Fran no esperó a que el verdadero Charlie se retirara. Se giró para mirar al hombre que ella había dado por sentado que era el mozo de cuadras, al hombre que había hecho que se le cayera la baba, al hombre con el que había estado charlando y al que había dado consejos sobre las cosas importantes de la vida.

Lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Alteza…?

—No he tenido la ocasión de presentarme adecuadamente —inclinó la cabeza, pero los diabólicos ojos azules seguían clavados en ella—. Soy el príncipe Maxim Stephan Henry Thorne.

Capítulo 2

Maxim vio que los ojos de la belleza americana se tornaban marrón oscuro y volvió a maldecir el trato que había hecho con su padre hacía un año. ¿Por qué iba a casarse con una insípida cortesana de sangre azul cuando había mujeres como aquélla para tentarlo?

Jamás había conocido a una mujer tan plena de agudeza y opiniones propias como aquélla. Normalmente, ésas eran unas características que no le parecían atractivas, pero en ella…

La miró con detenimiento. Estaba evidentemente molesta por lo que le había dicho, o había omitido, y un rayo de sol iluminaba sus impresionantes rasgos. Una melena rubia y ondulada caía en cascada sobre sus firmes hombros y el rostro tenía forma de corazón, unos pómulos altos y la piel como el satén. Era delgada, pero con las formas adecuadas. Cuando unos minutos antes había pasado junto a él en el despacho, una flecha de deseo ardiente le había acertado en pleno corazón, por no decir algo más abajo.

Sin embargo, tenía un rasgo que lo enloquecía: la boca, esa fantasía arrebatadora con un labio superior irresistible.

—¿Alteza…?

La pregunta y el tono irritado hicieron que volviera a la realidad.

—Dígame, doctora.

—Me ha engañado.

Él asintió con la cabeza.

—Sí.

—No me gusta que me engañen —sentenció ella con firmeza—. Ya lo hicieron bastante cuando era pequeña —notó que se ruborizaba, pero siguió adelante—. Ya no pienso aceptarlo más. Ni de un príncipe ni de un mozo de cuadras.

Maxim la miraba fijamente y francamente divertido. Nunca le habían hablado así. Las mujeres no lo regañaban. Coqueteaban lo halagaban y se acostaban con él.

—Le pido disculpas.

Fran dudó un instante y él se preguntó si le arrojaría a la cara las disculpas, pero no lo hizo. En cambio, notó que los ojos de ella se velaban de perplejidad.

—Estaba recogiendo heno… El se encogió de hombros.

—Me gusta distraerme.

—¿De qué? ¿De este sitio perfecto donde vive?

—Ningún sitio es perfecto, doctora.

Fran dejó escapar un profundo suspiro.

—¿Qué hago yo ahora?

—Me parece que no entiendo la pregunta.

—Si piensa que voy a levantarme y hacerle una reverencia después de lo que…

—Ni hablar —él sonrió y se levantó—. Por lo menos no ahora.

—¡Ni ahora ni nunca! —Fran se levantó de un salto antes de que él le ofreciera la mano para ayudarla.

—Quizá… en la corte o delante de mi padre, ¿podría inclinar la cabeza?

Fran lo pensó un instante.

—Ya veremos.

El sonrió de oreja a oreja.

—Gracias.

Se quedaron cara a cara mientras Glinda no les quitaba los ojos de encima. Francesca era alta, quizá unos siete centímetros más baja que él. La altura perfecta para inclinarse un poco y…

—Tengo que saberlo —dijo ella con los brazos cruzados sobre su espléndido pecho—. ¿Por qué no me dijo quién es? ¿Jugar conmigo le parece una distracción más?

La tenía muy cerca, tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo y aspirar su aroma parecido a la miel.

—La verdad es que quise saber qué se sentía al ser alguien

anónimo.

—¿Y qué le ha parecido?

—Estimulante.

—Me alegro de haberle servido de ayuda —replicó Fran irónicamente.

—¿Me tratará de una forma distinta ahora que sabe la verdad?

—Mi dignidad y mi orgullo solo me permitirían tratarle como el guasón que ha demostrado ser.

—Y eso es algo que no queremos que ocurra…

Maxim, con una amplia sonrisa, fue hasta la mesa que había en el rincón y agarro los documentos en los que había estado trabajando hasta que decidió tomarse un descanso en las cuadras.

Se dio la vuelta y miró a Francesca.

—Ha sido un placer conocerla, doctora. Estoy seguro de que volveremos a vernos.

Ella se rió abiertamente.

—¿Quién será usted la próxima vez?

El arqueó una ceja.

—Siempre ha tenido ganas de probar la albañilería.

—Me parece una buena idea.

—Ahora que lo pienso —esbozó una sonrisa—, me parece que tiene demasiado poco que ver con la preferencia que siento por las cuadras.

Inclinó la cabeza y se volvió para alejarse.

—En absoluto, Alteza.

Maxim se detuvo y la miró por encima del hombro.

—Me parece que es un título demasiado elevado si tenemos en cuenta el trato tan informal que acabamos de compartir.

—Entonces… le parece bien príncipe Maxim —propuso ella con tono provocador.

—¿Le parece bien sencillamente Maxim?

Fran sonrió.

—¿Qué me dice de Max?

—Creo que no —la sonrisa de Fran lo tenía atrapado y le hervía la sangre. Tenía que marcharse mientras pudiera—. Adiós, Francesca.

Ella hizo una reverencia cómica.

—Adiós, Max.

Maxim se rió con todas sus ganas por primera vez desde hacía mucho tiempo y siguió haciéndolo después de abandonar la habitación, cruzar el vestí bulo y salir al reino que él consideraba su casa.

* * *

Eran estaba de pie frente al espejo de cuerpo entero que había en su fastuoso dormitorio azul del ala este del castillo y puso los ojos en blanco al ver su reflejo.

No lo hizo por el atractivo vestido marrón chocolate y las botas a juego que llevaba ni por llevar el pelo recogido en un peinado que uno de sus compañeros veterinarios siempre decía que era descarado. No, puso los ojos en blanco por la esperanza que sentía. La esperanza de volver a ver a cierto príncipe.

¡Un príncipe!

¿Se había vuelto loca? ¿Le habría trastornado la pureza del aire de Llandaron? Ella siempre había tenido una mente analítica y sensata… Incluso si se olvidaba de que Max era de la realeza y que vivía en una isla de fantasía, ¿por qué no estaba pensando en Dennis? Era verdad que todavía no se habían comprometido formalmente, pero, antes de marcharse, Dennis le había pedido que se casara con él y ella le había dicho que lo pensaría. También era verdad que no estaban realmente enamorados, pero eso era porque ninguno de los dos creía en ese concepto. Dennis también estaba escaldado por el equivalente femenino al engatusador de Fran.

Por lo tanto, Dennis y ella ya no eran románticos.

Eran científicos.

Se habían hecho tan buenos amigos porque compartían puntos de vista y profesiones. De esa forma serían dos grandes amigos con un vínculo imperecedero y que se apoyarían y se cuidarían mutuamente.

¡Hasta que había llegado allí y se había encontrado con un verdadero príncipe encantador!

La imagen de Max le cruzó por la cabeza. Aquellos ojos, aquellos

labios, aquel contacto…

¿Estaría casado? La idea la estremeció y dejó de mirarse en el espejo. El estado civil de su Alteza no era de su incumbencia. Nada relacionado con él era de su incumbencia. Glinda y sus cachorros eran lo único que eran asunto suyo. Además, seguramente no volvería a verlo. El tenía asuntos reales que tratar con otros miembros de la realeza. No tendría tiempo que perder en las cuadras con una plebeya de California.

Fran miró el reloj. Eran las seis menos cinco.

Se había reunido con el rey hacía una hora. Era un viejo oso malhumorado con los mismos ojos azules e inteligentes que su hijo. Después de recibir el informe completo sobre la salud de Glinda, le dijo a Fran que cenaría con él a las seis y que no se retrasara.

Salió de la habitación y bajó apresuradamente las interminables escaleras. Nunca se habría imaginado que llegaría a cenar con el rey de Llandaron. Ella había pensado que todas las noches cenaría en su habitación o en la cocina con los demás empleados.

Una sombra apareció a sus pies, en el imponente vestíbulo. El pulso empezó a latirle con toda su fuerza cuando bajó el último escalón.

—Buenas noches, Francesca.

Fran intentó no alterarse por el calor que sintió en todo el cuerpo.

—Buenas noches, M… —no pudo terminar el saludo al ver al proverbial apuesto príncipe que la esperaba regiamente en el centro del vestíbulo, de mármol.

Se agarró a la barandilla. Lo de apuesto ni si quiera era una aproximación. Los dedos pugnaban por recorrerle el tupido pelo negro y la mirada quería perderse en la profundidad de los ojos azules, pero se dirigió a donde antes había una camiseta y unos vaqueros. En su lugar había una inmaculada camisa blanca, una chaqueta negra y unos pantalones con una raya tan perfecta que haría sus pirar de envidia a cualquier sastre de Londres.

Como no había ningún sastre cerca, fue Fran quien suspiró y quien pensó que aquello era lo que ella quería para cenar.

—Está muy guapa esta noche, doctora —dijo Max mientras la miraba de arriba abajo—. ¿Busca un acompañante?

Ella se vio al lado de él, tomándolo del brazo y sintiendo los

bíceps entre los dedos.

—Puedo apañarme sola, gracias. Max arqueó una ceja.

—¿Es por mí o es que tiene algún problema con todos los hombres que muestran cierta caballerosidad?

—No, es por ti.

La respuesta fue fulminante e involuntaria y Fran se preguntó si lo habría ofendido.

Sin embargo, Max se limitó a sonreír ante semejante imprudencia.

—Acompáñame —dijo él mientras se dirigía hacia la puerta que mantenía abierta un anciano con frac y corbata negra.

Fran miró primero a la puerta abierta y luego a Max.

—¿Acompañarte? ¿Adónde?

—Fuera.

—Pero el rey me ha invitado…

—Mi padre está hablando por teléfono con el presidente de Lituania. Te pide disculpas y me ha pedido que me ocupe de ti.

—Ah, no me digas, ¿sí?

El tono fue tranquilo, pero, bajo la apariencia de tranquilidad, el corazón le latía a toda velocidad.

¿Cómo iba a ocuparse de ella?

—No seas tan recelosa. —Max sonreía con franqueza—. Te he prometido no volver a engañarte.

—De acuerdo —dijo ella mientras se acercaba a él—. Estoy hambrienta.

Max se rió.

—Yo estoy halagado.

—¿Adónde vamos?

¿Irían al pueblo? Había leído que había algunos restaurantes y heladerías maravillosos, ¿pero acaso la realeza iba a comer al pueblo?

—Vamos al faro —contestó él mientras la acompañaba fuera.

Parecía un restaurante. Tendría buen marisco y… lo que vio le captó toda la atención. Unas nubes blancas y algodonosas se habían adueñado del cielo y se acercaban al suelo cubriendo la puesta de sol.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Fran entre risas y sin poder moverse.

—La niebla.

—¿La niebla? El sol brillaba radiantemente y no había ni una nube. ¿De dónde ha salido esto? —Se dio la vuelta en redondo y notó el frescor de la neblina sobre la piel—. Es espesa como el algodón y no veo a más de tres metros.

Max la tomó de la mano.

—Te acostumbrarás.

—¿Tú crees? —preguntó con poca convicción.

Tenía la mente y cada uno de los sentidos con centrados en el contacto con la cálida y enorme mano de Max. Quizá debiera haberse soltado para que captara el mensaje de que cualquier tipo de contacto era inconveniente, pero no lo hizo. Se olvidó de una chaqueta, del bolso y de cualquier cosa práctica y dejó que la guiara a través del césped hasta salir del castillo.

—Cuando mis ancestros llegaron a esta tierra por primera vez, tanto la familia real de los Thorne como la de los Bruneil quisieron que sus primogénitos se casaran entre sí, pero Sana, la hija mayor de los Thorne, estaba enamorada de otro hombre, un pobre marinero. Su padre le prohibió terminantemente que volviera a verlo y Sana se quitó la vida el día antes de la boda. —Max agarró con más fuerza la mano de Fran—. Esa noche llegó la niebla por primera vez.

—¿Es una leyenda? —preguntó Fran llena de asombro.

—No. Es verdad. Es historia. —Max la llevó alrededor de una roca—. Desde entonces, la niebla cae todos los días a las seis y se levanta a las siete. Se dice que Sana concede esa hora de protección a los amantes desdichados. Durante esa hora pueden encontrarse sin temor a ser descubiertos.

Fran se sintió conmovida en lo más profundo de su corazón y no pudo evitar la pregunta.

—¿Te has encontrado con alguien entre la niebla?

Max se rió.

—Nunca hasta este momento —contestó mientras la dirigía entre las nubes rasantes.

El olor a mar la sacudió en el mismo instante en que comprendió que no la llevaba al pueblo. Se paró y se encaró a Max.

—Creía que habías dicho que no ibas a engañarme otra vez.

Max la atravesó con la mirada.

—No estoy engañándote, Francesca.

—Entonces, ¿adónde vamos?

—Vivo aquí.

Max avanzó unos pasos hasta que ella pudo verlo.

Apenas visibles entre la niebla se vislumbraban los dos primeros pisos de un faro. Un faro que ella supuso que sería alto e imponente como su dueño. A través de las ventanas se filtraba una luz cálida y acogedora que los invitaba a entrar.

Sin decir una palabra, Max la guió por unas es caleras de piedra y cruzó una enorme puerta de madera para entrar en el faro.

—¿Vives aquí? —le preguntó sin poder disimular la sorpresa—. ¿No vives en el palacio?

—Prefiero vivir solo —contestó él mientras le sol taba la mano.

Tener la mano libre fue una sensación extraña.

Por un lado, estaba aliviada de que hubiera desaparecido la calidez y la fuerza, pero por otro, se sintió incompleta, como si una parte de ella se hubiera quedado con él.

Fran lo acompañó por la preciosa escalera de caracol que llevaba a lo que suponía que era el segundo piso. Los suelos de madera encerada estaban cubiertos por alfombras persas y había dos cómodos sofás tapizados de un color ciruela oscuro con un arcón de caoba entre ellos. Una chimenea de mármol ocupaba casi toda una pared y una serie de ventanas del tamaño de una pantalla de ordenador otra. Una tercera pared tenía unas puertas acristaladas que estaban abiertas para permitir que la suave brisa del mar entrara en la habitación y rozara levemente las servilletas de hilo de oro que reposaban sobre lo que parecían ser unos platos de oro macizo dispuestos encima de una pequeña mesa de caoba. Era una elegante mesa para dos.

—Es impresionante —comentó Fran—. Has conseguido un espacio maravilloso.

—Gracias Fue un trabajo fruto del amor. Siempre deseé el faro cuando era un niño y me escapaba aquí cuando podía. Cuando Llandaron dejó de usarlo, lo convertí en mi casa —se acercó a la mesa y separó una silla para Fran—. ¿Me permites? —sonrió con picardía—. Te prometo no quitarla cuando vayas a sentarte.

Ella no pudo evitar una sonrisa.

—Te lo agradezco.

Todo era irreal y Fran, mientras se sentaba sobre la delicadísima seda color ciruela, tuvo que recordarse quién era y de dónde venía y, lo que era más importante, que un príncipe auténtico se sentaba enfrente de ella.

Al cabo de unos segundos apareció una mujer con un moño gris y una sonrisa muy cordial y dejó una serie de viandas de aspecto delicioso.

Fran dio las gracias a la mujer y se volvió hacia Max.

—¿Hamburguesas con queso, patatas fritas y cerveza?

Max se llevó una patata frita a la boca y parpadeó.

—Una cena americana para tu primera noche lejos de casa.

Ella se rió mientras se ponía la servilleta sobre el regazo. Hamburguesas y patatas fritas en platos de oro macizo… Era una verdadera extravagancia.

—Hay refrescos si no bebes alcohol —le ofreció Max.

—No, me parece perfecto.

Max no esperó ni un segundo, pero ella no empezó a comer inmediatamente. Durante unos instantes, se quedó observando al príncipe de Llandaron que atacaba la hamburguesa de *gourmet* como un hombre estadounidense cualquiera, pero las apariencias engañaban. El tipo con *ketchup* en los labios no era un hombre cualquiera sino un príncipe y ella tenía que dominar la atracción que sen tía hacia él.

—¿Pasa algo, Francesca?

Ella levantó la mirada de golpe.

—¿Cómo dices?

—No comes y parece como si quisieras decir algo.

Decir algo, decir algo…

—¿Has estado alguna vez en Estados Unidos?

—Muchas veces. Tengo varias empresas allí.

—¿De verdad? —preguntó sorprendida.

—Yo trabajo, Francesca —se rió—. No como miembro de la familia real sino como un ciudadano más. Mis empresas fabrican sistemas de purificación de aire y agua para edificios de oficinas y hoteles.

Desde que tengo uso de razón, he intentado conseguir la manera de que el mundo y las personas sean más sanas. Quizá sea una meta extraña para un niño, pero nada me detuvo —inclinó la cabeza—.

Su pongo que tu deseo de cuidar animales también empezó cuando eras muy joven.

Fran dio un sorbo de cerveza y asintió con la cabeza.

—Cuando vi una ardilla con la pata atrapada en una trampa. Puse jaulas en el patio trasero —tomó una patata frita—. Parecerá un disparate, pero después de ayudar a la ardilla, cada vez más animales fueron llegando a mi patio.

—Se corrió la voz por el reino animal.

Fran asintió con la cabeza.

—Creo sinceramente que me buscaban, que ellos sabían que yo me había comprometido a ayudarlos.

—Claro que lo sabían.

Max dijo aquellas palabras con tanta convicción que Fran se quedó muda. Normalmente, cuando ella decía esas cosas, la gente se reía y pensaba que estaba de guasa o, lo que era peor, que estaba chiflada. Dennis siempre hacía bromas cuando ella afirmaba que podía notar realmente lo que sentía un animal.

Max bebió de su cerveza.

—Luego fuiste a la Facultad de Veterinaria y más tarde…

—Más tarde, Dennis y yo abrimos una clínica.

—¿Dennis?

—Mi… bueno es un gran amigo, una buena persona —parecía tonta. ¿Por qué no le decía que era prácticamente su novio?—. Dennis es… bueno, es eficiente y práctico y tiene muy buena mano con los animales.

—Parece aburrido.

Fran negó con la cabeza.

—No es aburrido. Es…

—Ya. —Max sonrió—. Es eficiente y práctico.

Fran lo miró de soslayo.

—Los hombres no tienen que ser ricos, apuestos y de sangre azul para resultar atractivos a una mujer, Alteza.

Los arrebatadores ojos azules la taladraron.

—¿Crees que soy apuesto?

Ella quería apartar la mirada como fuera, pero la tenía atrapada. Quería agarrar la hamburguesa y metérsela en su bocaza, pero había perdido el apetito; al menos el apetito por la comida. Tenía que alejarse de él, alejarse de aquella magia carnal y maravillosa

que lo rodeaba.

—Lo que creo es que… estoy llena —se levantó y dejó la servilleta sobre la mesa—. Estoy cansada. Ha sido un viaje muy pesado y un día muy largo y no quiero alargar la noche, así que… —se calló al darse cuenta de que lo que decía no tenía sentido.

Max sonrió.

—Te acompañaré de vuelta.

—Creo que podré encontrar el camino —miró por la ventana. Tenían que ser más de las siete—. La niebla se ha disipado.

Sin embargo, él era un príncipe y un caballero y la acompañó. Gracias a Dios, no lo hizo hasta la puerta del dormitorio, porque por primera vez desde el engatusador, Fran sintió lo que podría llamarse una oleada de pasión y no estaba muy segura de que hubiera podido contenerse de agarrarlo de la pechera de la camisa y meterlo dentro.

* * *

-¿Vas a casarte con ella?

Maxim se despidió de Fran en el mismo vestí bulo donde había empezado la velada.

Estaba alterado, daba vueltas a algo que ni siquiera debía plantearse y no estaba de humor para hacer la visita a su padre, pero tampoco podía pasar por delante de su puerta sin decir nada, así que se quedó en el quicio de la puerta de la biblioteca.

—¿Casarme con quién?

—Con la duquesa de Claymore.

—No.

Una noche con aquella mujer había sido más que suficiente.

El rey suspiró y se dejó caer en el respaldo de la butaca.

—¿Tengo que recordarte nuestro trato?

Maxim apretó las mandíbulas.

—No.

—Hace once meses nos sentamos en esta misma biblioteca y hablamos de lo importante que es que mis dos hijos se casen. Te di un año para que encontraras novia y puedo recordar con toda claridad cómo asentiste con la cabeza —el rey se quitó las gafas y se

dirigió a su hijo con seriedad—. Te queda un mes, Maxim. Si no encuentras una mujer adecuada en ese plazo, te juro que elegiré una por ti.

—No he conocido a ninguna con la que me plantearía casarme, padre —lo dijo con una tranquilidad absoluta—. Propongo que dejemos este asunto antes de que los dos perdamos los nervios.

—Yo no voy a dejarlo. Tu hermano lleva cinco años casado y no nos ha dado un heredero. Es un deber, Maxim, y tú lo sabes. Se lo debes a tu país. Si amas a tu tierra, harás lo que haya que hacer.

Maxim se sintió dominado por una ira pura y sin paliativos mientras miraba al hombre al que amaba y respetaba por encima de cualquier otro, al hombre que había tenido la fortuna de enamorarse de la mujer que sería la reina. ¿Cómo era posible que aquel hombre quisiera que su hijo no tuviera lo mismo?

Cinco años antes, cuando Alex, su hermano, se había casado, Maxim pensó que se libraría del honor y el deber y de casarse con una mujer que no quería, pero cuando pasaron tres años y Alex y su mujer no tuvieron un heredero, Maxim supo lo que le esperaba. Llandaron era un país pequeño que siempre tenía la amenaza de que lo absorbieran sus vecinos más grandes y poderosos. Llandaron tenía que ser autónomo. Sus ciudadanos confiaban en un gobierno bueno y protector; confiaban en la estabilidad de la familia real.

Sin embargo, él no se casaría con una mujer a la que no amara y si se tenía en cuenta que durante sus treinta y cinco años nunca había sentido esa emoción ni aproximadamente, no tenía esperanzas de hacerlo pronto.

El rey sacudió la cabeza y suspiró.

—No te entiendo. Puedes elegir entre centenares de mujeres exquisitas.

Las palabras de la hermosa veterinaria estadounidense le retumbaron en los oídos: «Sólo tenemos una oportunidad en la vida y permitir que otros controlen algo tan preciado como nuestras elecciones es un desperdicio». Ella había insistido en que las personas podían elegir. Una persona normal podía elegir, ¿pero podía hacerlo un príncipe? ¿Tenía que sacrificar sus necesidades personales por las necesidades del país que amaba?

—No cometas un error, Maxim —dijo el rey con firmeza—. Tienes tres semanas a partir del sábado. La noche del baile de

máscaras anunciarás quién será tu novia. Si no lo haces tú, lo haré yo.

Maxim apretó la mandíbula con más fuerza todavía. Era implacable. Una novia… una novia que además tenía que ser adecuada.

Adecuada.

La palabra le dio una idea. ¿Se echaría atrás su padre si la mujer era inadecuada?

Maxim levantó la mirada.

—¿Acatará mi decisión, padre? —preguntó escuetamente.

El rey asintió con la cabeza.

—Naturalmente.

Maxim se despidió con la cabeza y salió de la habitación.

La doctora Francesca Charming le había intrigado, divertido y atraído muchísimo desde el mismo instante en que la vio: y la idea de seducirla hizo que sonriera y que notara un hormigueo en la parte inferior del cuerpo.

Era miel sobre hojuelas.

Se acostaría con Francesca y zanjaría mente el asunto de la boda.

Capítulo 3

Glinda, a contraluz del cálido resplandor de la mañana, miró a Fran con los ojos muy abiertos y expectantes.

—No permitiré que os pase nada ni a ti ni a tus preciosos cachorrillos —susurró Fran mientras la acariciaba.

Glinda se tranquilizó al instante sobre la manta de terciopelo y cerró los ojos a medias. Fran deseaba con toda su alma tumbarse junto al cariñoso animal y dormir todo lo que no había podido dormir durante la noche.

Desde que se acostó hasta el amanecer había te nido la cabeza llena de imágenes de castillos, príncipes, faros y teteras de dibujos animados que cantaban canciones de amor. Entonces, cuando el sol asomaba su calva reluciente por el horizonte, cayó en un sueño profundo y tranquilo. Eran cerca de las ocho cuando se despertó en la enorme cama a la que ciertamente se podía aplicar el adjetivo de regia. Fran recordó que le había parecido muy gracioso que fuera una cama regia en el reino de Llandaron. Se arrastró literalmente fuera de la cama y salió pitando hacia las cuadras.

Fran, entre risas, se levantó y llenó de agua el cuenco de Glinda. ¿Quién dormía entre sabanas de seda y almohadones de satén? Desde luego, no una mujer que usaba pijama de franela estampado con las huellas de distintos animales.

—¿Qué tal está hoy su paciente, doctora?

Fran dio un respingo y casi tira el cuenco de agua. Se sintió envuelta por el tono ronco de barítono como si fuera una capa mágica y muy seductora.

El príncipe Maxim estaba apoyado en el marco de la puerta. Llevaba unos vaqueros azul oscuro, una camisa blanca y una chaqueta negra. Su sonrisa confiada hizo que Fran se sonrojara como una chiquilla.

—Esta mañana está un poco asustadiza, doctora.

Max se separó de la puerta, fue hasta Glinda y le acarició la cabeza.

Fran lo miró agachado y se fijó en los vaqueros que se ceñían a aquel trasero tan firme, bien formado y también regio.

—Y usted es un poco furtivo, Alteza.

El la miró de reojo.

—¿Sólo un poco?

—Bueno, intentaba ser un condescendiente. Ya sabe, usted es el soberano y todas esas cosas.

—Técnicamente, no soy el soberano, lo es mi padre, pero capto la idea.

Se levantó y se dirigió hacia Fran con un brillo burlón en los ojos.

* * *

Fran levantó la frente.

—No temo nada, Alteza. Ni siquiera que me en cierra sola en…

—¿Quién ha dicho que fuera a ser sola?

Max sonrió de oreja a oreja.

A Fran le pareció que por las venas le corría me laza caliente. ¿Por qué se derretía cada vez que es taba cerca de aquel hombre? No era justo. Podía controlar cada aspecto de su vida, cada emoción y cada necesidad, pero en aquel país de fantasía con un príncipe astuto, ella se veía reducida a… a un montón de hormonas femeninas.

—Bueno. ¿Te apetece comer algo? —le preguntó Max con una ceja arqueada.

Ella desvió la mirada hacia la perra.

—Creo que voy a compartir ese potingue con Glinda.

—Parece uno de los platos especiales de Charlie.

—Lo es. Lo trajo hace un rato.

Max asintió con la cabeza.

—Zanahoria, pollo…

—Parece delicioso.

—Hígado…

—Quizá no lo sea tanto —corrigió Fran con una carcajada.

Max estaba a unos centímetros de ella y su cuerpo alto y poderoso Desprendía una calidez que nublaba su raciocinio. El le recorrió la cara con la mirada hasta que posó los ojos en los de ella.

—¿Que te parece algo de queso, pan recién horneado y unas ostras ahumadas típicas de Llandaron?

—¿En vez del hígado? —consiguió balbucir Fran que apenas podía respirar.

Max volvió a sonreír.

—Llevas toda la mañana con Glinda. ¿No crees que puede quedarse sola un rato?

—Supongo que sí. Además, tengo que recuperar una lectura que tenía entre manos. —Fran intentó no aspirar el aroma de Max, ese aroma especiado y viril que le sentaba tan bien, pero era inútil luchar contra lo inevitable—. Es un libro muy interesante, trata de los granulomas caninos.

—Bueno, no sé si podré competir con eso —replicó Max con una solemnidad burlona.

—¿Puedo ofrecerme alguna información sobre las ventajas de la terapia farmacológica sobre los collares represivos?

—Todo lo que puedo ofrecerte es un pequeño recorrido por Llandaron, quizá una comida campestre junto al mar y luego una visita a la tienda de caramelos de Gershin.

Fran abrió los ojos como platos y la boca se le hizo agua.

—¿La tienda de Gershin?

Había visto unas fotos y había leído sobre ella en la guía. Era una pequeña y pintoresca tienda de ladrillo rojo con ventanas blancas como la nieve.

—¿Te interesa?

Fran suspiró. Estaba perdida, no podía hacer nada contra esa baza. Dios y el diablo conspiraban contra ella. Querían someter a la racional y sensata doctora Charming para que se dejara llevar por la fantasía más disparatada.

Claro que le interesaba lo que le ofrecía el príncipe perfecto.

Todo lo que él le proponía le parecía maravilloso, ¿pero qué suponía pasar ese rato en Llandaron? ¿Más miradas arrebatadoras, más bromas ingeniosas, más anhelos por atraerlo, esa pérdida de control que la abrumaba cada vez que él es taba cerca?

¿Qué podía hacer para controlar una atracción que era incontrolable? Quizá acordarse de lo que pasó cuando estuvo con un rompecorazones irresistible.

Fran clavó la mirada en las brasas azules.

—No, he pensado que no me interesa —negó rotundamente.

—Algo me dice que usted piensa demasiado, doctora.

Fran bajó la mirada hacia la seguridad y serenidad de Glinda. Sin embargo, la curiosidad pudo con ella.

—¿Puedo preguntarle por qué está haciendo esto, Alteza? No soy una invitada ni nada parecido, soy una empleada —tomó el cuenco de agua por hacer algo y fue hasta el fregadero—. Quiero decir, ¿no tiene trabajo?

—Siempre tengo trabajo —contestó con ironía—. Yo, como tú, podría trabajar todo el día.

Fran resopló y yació el cuenco de agua.

—¿Y si Glinda me necesita?

—Si hay algún problema, Charlie me llamará al teléfono móvil —siempre tenía una respuesta, como todos los fuera de serie que se preciaran—. Pero no pasará nada —continuó—. Todavía falta una semana, ¿no?

—Así es, pero…

—No hay pero que valga, sólo serán un par de horas.

Fran se mordió el labio y volvió a llenar el cuenco de agua. El no estaba dispuesto a aceptar una negativa y, además, si era sincera consigo misma, ella tampoco quería dársela.

—Francesca, estás en un país encantado. —Fran se volvió hacia él y vio que la desafiaba con la mirada—. Te gusta elegir por ti misma. Elige disfrutar. Acéptalo en vez de rehuirlo.

Fran dejó el cuenco delante de la perra.

—Mira, Max, no sé lo que crees que sabes de mí, pero no rehuyo…

—Me alegro de oírlo —los sensuales labios dibuja ron una sonrisa y le ofreció el brazo como si fuera el personaje de una novela de amor—. Las cosas ya están en el coche. ¿Vamos?

Fran notaba que la emoción rugía dentro de ella como una leona que iba a salir de su jaula durante unas horas, pero no estaba dispuesta a que el príncipe Max pudiera notarlo. Bastante la dominaba ya. Le lanzó una mirada fulminante y salió del despacho.

—Típico de la realeza… Siempre ha estado acostumbrado a salirse con la suya —dijo con una indignación burlona.

* * *

Maxim pensó que para seducir a la encantadora Francesca Charming tenía que quitarle esas lentes infrarrojas de las que había alardeado y conseguir que viera su isla de color de rosa.

Había dejado la limusina en casa y había elegido una forma más distendida de ver la isla. Iban en el Ford Mustang color cereza que él y uno de los guardias de su padre habían arreglado cuando tenía veintiún años. Maxim no había llevado a ninguna mujer en su coche. Al fin y al cabo, el Mustang descapotable de 1965 era sagrado, pero no podía olvidarse de que aquella mujer iba a salvarle de un porvenir desdichado y por eso hizo una excepción.

Además, maldita fuera, estaba maravillosa en el descapotable. La melena rubia se le arremolinaba contra las mejillas y la risa irreverente combinaba perfectamente con la brisa salada.

—¿No tienes guardaespaldas o algo así? —le preguntó Fran cuando hubieron aparcado y mientras Max le abría la puerta del coche.

—Claro que los tengo.

Fran miró alrededor.

—¿Dónde?

—A una distancia prudencial. —Max sonrió—. Como les he ordenado.

—Ya. ¿Guardan tus espaldas o todas las espaldas que están contigo?

Max se rió y volvió a ofrecerle el brazo.

—Guardan la mía y yo guardo la tuya.

—¿Por qué será que eso no me da ninguna seguridad?

Se ruborizó ligeramente y tomó el brazo de Max.

Maxim y su acompañante se mostraron en público rodeados de

tiendas, pequeños hoteles y algunos carruajes tirados por caballos para turistas. Fue un acto premeditado que pronto llegaría a oídos de su padre ya que no pasó mucho tiempo antes de que la gente de Llandaron lo reconociera.

Aunque no había bocas abiertas por la sorpresa ni miradas fijas porque Maxim no era un desconocido. Solía ir con frecuencia al pueblo y a veces tomaba una cerveza en el *pub* con los lugareños. Le gustaba su compañía y cuando estaba con ellos no taba la pizca de libertad que anhelaba.

—Vienes con frecuencia al pueblo, ¿verdad? —le susurró Fran.

—Para mí, esto es la vida real, Francesca.

—Nada de castillos, sirvientes o edictos…

—Exactamente.

La tomó de la mano, notó cómo ella se quedaba sin aliento, vio a algunos paseantes que clavaban la mirada en las manos entrelazadas y sonrió.

Fran se aclaró la garganta.

—Bueno, es evidente que les encanta verte. La monarquía debe de ser muy importante aquí.

—No sabes cuánto.

Junto a ellos, una anciana vendedora de fruta dejó caer una caja de manzanas al verlos. Max, sin pensárselo dos veces, se agachó para recogerlas. Quizá no todos los lugareños estuvieran tan acostumbrados a verlo como él pensaba. O quizá fuera la mujer que lo acompañaba…

—Alteza… no es necesario… no se moleste… —balbució la mujer.

—Tonterías.

Maxim recogió las manzanas en un minuto. La mujer se lo agradeció repetidamente y los testigos miraban y cuchicheaban.

Francesca, por su lado, simplemente sonreía.

—¿Por qué me miras de esa forma? —le pregunto Max mientras cruzaban la calle que olía intensa mente a azúcar, vainilla y cacao.

—Estoy impresionada, Alteza.

Fran se paró en seco conteniendo la respiración. Maxim la miró y vio que sus ojos brillaban con una emoción pura e infantil. Estaba mirando el escaparate de la tienda de caramelos de Gershin.

—Mira —le susurró ella nerviosamente mientras observaba a

dos hombres que sacaban una barra de caramelo quemado—. Tengo que hacerlo —dijo antes de salir corriendo hacia la tienda.

Antes de que Maxim asimilara lo que había dicho y lo que se disponía a hacer, Francesca estaba dentro del escaparate junto a los dos hombres que sacaban barras de caramelo quemado. Lo vio y le saludó con la mano. El sonrió, sacudió la cabeza y la observó mientras ella ocupaba el sitio de uno de los hombres. Como una profesional, estiró y estiro las tiras
de'
caramelo quemado y se rió mientras los clientes la miraban desde dentro de la tienda.

Maxim se sintió rebosante de admiración. De admiración y envidia. Naturalmente, la gente de Llandaron lo respetaba, lo acogía con una sonrisa en el pueblo y en el *pub* si entraba a tomar una cerveza, pero nunca se había divertido con ellos ni podía hacerlo.

El era su príncipe, no un compañero de juegos.

—¿Quién es ella, Alteza?

Maxim miró por encima del hombro y vio a Ranen Turk envuelto en algo parecido a unos harapos. El viejo amigo de su padre ya había pasado los setenta años y podía permitirse ropa de seda y una gran casa junto al mar, pero había elegido el algodón más corriente y una vieja casa de ladrillo en medio del pueblo.

—Es la veterinaria de Estados Unidos —le contestó mientras los dos se apartaban del escaparate y en traban en el callejón junto a la tienda.

—¿Has venido al pueblo con la veterinaria? —Ranen entrecerró los ojos—. Que yo sepa, nunca habías venido al pueblo con una chica.

—Se ocupa del wolfhound del rey.

El anciano dejó escapar una risa aguda.

—Es muy guapa.

Maxim asintió con la cabeza e hizo una mueca burlona.

Ranen se puso serio inmediatamente.

—Bueno, no me gusta. No me gusta ella y no me gustan los estadounidenses —se quitó la gorra y la sacudió contra la pierna en medio de una nube de polvo—. Todavía no puedo creerme que no me con fiaras esa perra —sacudió la cabeza—. Tenía que venir una forastera…

—El rey quería un especialista, Ranen, y lo sabes de sobra.
—Yo soy un especialista. Maxim sonrió.
—Con los cerdos, los caballos, las cabras y las gallinas.
—¡Bobadas! —Gruñó Ranen—. Te digo que no me gusta…
—¡Nos han dado un kilo de caramelo quemado, Max!
Francesca apareció en el callejón junto a él. Los ojos le brillaban de felicidad como si le hubieran dado unos lingotes de oro y no un poco de caramelo.
—La verdad es que no suelo comer azúcar ni harina blanca ni féculas, pero han sido tan amables y este caramelo está tan bueno, que no he podido…
Ranen dejó escapar un sonoro gruñido y Francesca se dio cuenta de que Maxim no estaba solo.
—Lo siento. He sido una grosera —sonrió al anciano—. Hola, soy Fran.
Ranen puso los ojos en blanco.
—Francesca —intervino rápidamente Maxim—, te presento a Ranen Turk, el veterinario del pueblo.
—Cuidador de animales —le corrigió Ranen—. Al parecer, de todos los animales menos de los perros. Yo no tengo un título como usted, señorita. Lo he aprendido todo con la experiencia.
—Creo que la vida es la mejor universidad. —Francesca estrechó la mano de Ranen con entusiasmo—. Me alegro mucho de conocerlo, doctor Turk.
—Me gustaría poder decir lo mismo, señorita.
—¡Ranen, qué demonios…! —Maxim estaba indignado.
Maxim esperaba que después de semejante afrenta, Francesca se hubiera sonrojado, no hubiera dicho nada y hubiera buscado cualquier excusa para alejarse del anciano.
Sin embargo, no lo hizo.
—Sabe una cosa, señor Turk —le dijo con una son risa—, me recuerda mucho a mi abuelo.
Ranen carraspeó ostensiblemente.
—¿Por qué?
—Bueno, él era atractivo, muy inteligente… —Bajó la voz—. Un gruñón adorable.
Maxim carraspeó y miró a Ranen. El anciano estaba boquiabierto y no decía nada. Al cabo de un instante las comisuras

de los labios empezaron a esbozar algo parecido a una sonrisa.

—Quizá me haya confundido con ella, Alteza.

Francesca sonrió.

—Vaya, muchas gracias, doctor Turk. El anciano arqueó las cejas.

—Sólo he dicho que quizá me haya equivocado, señorita. No vaya proclamándolo a los cuatro vientos.

Los ojos de Fran brillaron burlonamente.

—Le prometo que no divulgaré las inciertas opiniones que tiene de mí —lo miró sinceramente—. Sé que seguramente esté muy ocupado, pero me en cantaría hablar con usted de los animales de Llandaron. Estoy segura de que usted lo sabe todo de ellos —se inclinó hacia él y le susurró—. ¿Sabe que tiene unos ojos muy sagaces, doctor Turk?

—Sí, me lo han dicho muchas veces —volvió a colocarse la gorra en la cabeza—. Será bien recibida si vuelve por el pueblo y viene a yerme —extendió una mano mugrienta—. Y llámeme Ranen.

—Fran —replicó ella estrechándole la mano.

El hombre, a quien todo el mundo enviaba sus animales, pero a quien no solían tocar porque parecía como si acabara de revolcarse en una ciénaga, sonrió y mostró algunos dientes mientras agarraba la mano de Fran.

Maxim sacudió la cabeza. El cascarrabias oficial del pueblo estaba enamorado de ella. Aquella mujer tenía unos encantos que ni ella misma conocía.

Que Dios se apiadara de él porque deseaba ardientemente conocer todos y cada uno.

* * *

Fran observaba las olas golpear contra la costa rocosa como si quisieran apoderarse de un centímetro más de playa. Ella entendía la necesidad del mar. Sólo había pasado unas horas en el mágico pueblecito, pero habían sido las dos horas más maravillosas desde hacía mucho tiempo y las que más deprisa se habían pasado. Al pasear por el pueblo se había sentido como si tuviera el corazón de

una niña y la cabeza de una mujer. Había abarcado a todos y a todo y se había quedado con ganas de más.

—Te doy un trozo de caramelo quemado a cambio de tus pensamientos.

Fran gruñó al hombre que había al otro lado de la manta extendida sobre la hierba.

—Creo que me he comido más de la mitad del kilo que nos han regalado.

—Que te han regalado, querrás decir.

Fran sonrió y sacudió la cabeza. Sopló una ráfaga de suave brisa veraniega y rápidamente se calmó. Estaban unos metros por encima de una franja privada de playa, en un trozo de hierba de bajo de un viejo arce con hojas color crema. El príncipe Max había elegido el sitio perfecto para una comida campestre… y para un idilio, si eso era algo que podía plantearse. Ella creía que no. El era un príncipe de verdad. También era verdad que se comportaba como una persona normal, pero no lo era y ella se negaba a pensar de otra forma.

Daba igual lo fácil que fuera caer en esa trampa.

Max se apoyó en la base del árbol y agarró con los dedos una pata de pollo frío.

—Le gustas a mi pueblo, Francesca.

—Ellos también me gustan a mí, sobre todo Ranen. —Fran dejó escapar un profundo suspiro, se apoyó las rodillas en el pecho y miró hacia el mar—. ¿Estáis muy apegados?

—Mi padre fue hijo único y no tenía a nadie con quien jugar hasta que conoció a Ranen. —Max hizo una pausa y también miró hacia el mar—. Ya de joven, Ranen trabajaba con animales de granja e iba al palacio a ver a una vaca enferma o a una gallina que no ponía huevos. Después de que hubiera terminado el trabajo, mi padre y él se quedaban juntos hasta el anochecer. Se hicieron inseparables. Todavía juegan una partida de cartas los domingos.

—¿Que es Ranen para ti?

—Para mí es como un tío —suspiró un poco lastimeramente—. Cuando mi madre murió, él nos ayudó a reponernos. Es un buen hombre. Es de la familia.

Fran mordisqueó pensativamente su trozo de pollo. Aunque quería conocerlo y saberlo, no le preguntaría por su madre ni cómo

había fallecido ni cuánto le había afectado. Esa información no era de su incumbencia.—

—Esto es tan distinto que Los Ángeles…

—¿Sí? ¿Cuánto?

—Bueno, aparte de la evidente falta de polución, tráfico y afectación, parece como si todo el mundo conociera a todo el mundo y se preocupara por todo el mundo. Es como… una familia.

—Hablas como Catherine.

Fran notó que se le tensaron todos los músculos del cuerpo. ¿Quién era Catherine? Ella evitaba los celos por todos los medios. Max era un caballero y la había llevado a dar un paseo, lo cual no implicaba ningún interés sentimental. Además, si por alguna casualidad inconcebible lo hiciera, ella no podía sucumbir. Aun así, tenía que saber quién era aquella mujer.

—¿Quién es Catherine?

—Mi hermana.

—Ah —suspiró de alivio para sus adentros y se ruborizó cuando vio que Max sonreía.

—Entonces, tienes un hermano y una hermana…

—Sí.

—¿Viven aquí?

—Mi hermano y su mujer viven en el palacio, pero ahora están en Japón.

—¿De turismo?

—Visitando al emperador.

—Ésa era mi segunda opción.

Max se rió.

—Mi hermana está visitando hospitales y recaudando fondos para distintas obras de caridad.

—Vaya una real conseguidora, ¿eh?

Max arqueó una ceja.

—No sabes tú bien.

Fran se rió.

—Me encantaría conocerla.

—Tiene que ir a California a principios de verano —tomó una servilleta—. Quizá entonces…

—Quizá.

La mera idea de abandonar Llandaron hizo que el alma se le

cayera a los pies y perdiera el apetito. Estaba volviéndose loca. Aquel lugar y su arrebatador príncipe la habían hechizado.

—¿Piensas en Darren?

Fran lo miró solemnemente.

—Se llama Dennis.

—Es verdad.

—La verdad es que estaba pensando en tu país. Tanta belleza es casi estremecedora. ¿Lo sabías?

El desvió la mirada a su boca.

—Sí, lo sé.

Ella notó una punzada de excitación. No era una libertina ni buscaba el placer inmediato, pero cuando estaba con Max solo pensaba en cosas inadecuadas. Quizá no lo fueran para un hombre y una mujer normales, pero para una mujer casi comprometida y un príncipe…

—Seguramente tendríamos que ir recogiendo. Max no movió un músculo.

—Francesca, ¿has besado a ese tal Derek?

Fran notó que le aceleraba el pulso, pero consiguió mantener la calma.

—Se llama Dennis.

Max buscó los ojos de Fran con la mirada.

—No has contestado la pregunta.

—Porque no es asunto tuyo.

—Es verdad.

Ella asintió con la cabeza y empezó a sentirse fa tal por ocultar la verdad.

—Realmente tendríamos que irnos a…

No terminó la frase porque se encontró de espaldas sobre la manta de lana, con la sangre bulléndole a toda velocidad y el cuerpo cubierto por la calidez de un príncipe irresistible.

Dubitativa y rebosante de un anhelo que no podía dominar, miró a Max con la mente nublada. Max tenía la boca casi rozando la de ella y le tomaba la cara con sus manos grandes y ardientes. Fran se estremeció y se olvidó de quién era y a quién pertenecía. Los ojos de Max resplandecían de pasión y ella lo sintió contra su cadera, duro y abrasador.

Ella dejó escapar un aliento entrecortado mientras esperaba,

deseaba, necesitaba que le cubriera la boca con la suya. Por fin, cuando cerró los ojos, notó lo que había anhelado sentir: sus labios, ardientes y voraces, que se posaban en los de ella. El jugueteó y torturó sus labios con leves roces de la lengua hasta que ella acabó abriendo la boca.

Ella se derritió cuando él asaltó su boca con unos embates lentos y sedosos. El vientre le entró en erupción, le rodeó el cuello con los brazos y le pasó los dedos por el tupido pelo.

—Max, por favor —jadeó ella presa de las sensaciones mientras estrechaba las caderas contra su erección.

Max dejó escapar un gruñido y levantó el cuerpo para separarse de ella. Entre neblina de deseo, Fran lo vio encima de ella con las manos apoyadas en el suelo a ambos lados de su cuerpo y con la mandíbula en tensión y los ojos echando chispas de deseo.

—He querido hacerlo desde el primer momento en que te vi, Francesca.

A ella le tembló todo el cuerpo y la voz hizo lo mismo.

—Si te soy sincera, yo también.

Ella se debatía entre la razón y anhelo. En ese momento, él era lo que más deseaba, pero no era par ella ni en el mejor de sus sueños.

El tenía que gobernar un país y la única corona que ella había tenido en la cabeza fue una de papel en una fiesta de cumpleaños cuando era una niña. Eran dos mundos muy distintos. Su sitio estaba en Los Ángeles, en la clínica con Dennis.

Fran lo miró.

—No puedo estar más tiempo contigo, Max.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué. —Resopló—. Durante las dos se manas que quedan hasta que me vaya, tengo que mantenerme apartada de ti.

—Dos semanas —repitió él mientras esbozaba una sonrisa lenta y seductora—. Tú y yo haremos que no sean dos días.

Fran soltó un gemido de sorpresa casi tan sonoro como el teléfono móvil que empezó a sonar en la chaqueta de Max.

—Dígame… —dijo Max con cierta brusquedad. Luego miró a Fran y cambió el tono—. Ahora mismo vamos para allá.

—¿Qué pasa? —le preguntó Fran mientras se sen taba.

—Tenemos que irnos. Glinda se ha puesto de parto.

Capítulo 4

El reloj que había en la pared de las cuadras dio las doce campanadas, era medianoche. Max, con cataplasmas debajo de un brazo y mantas debajo del otro, cruzó el vestíbulo hacia el despacho o lo que Fran llamaba el paritorio.

Lo que Charlie había dado por sentado que era el parto no había sido más que una falsa alarma, pero el mozo de cuadras había hecho bien en interrumpir la comida en el campo, aunque hubiera cortado de raíz un encuentro tan breve y delicioso… Sin embargo, aquel beso húmedo y apasionado seguramente no sería el último si Max se salía con la suya, algo que solía hacer.

Max se quedó en la entrada del despacho sin apartar la mirada de la hermosa veterinaria que es taba con las piernas cruzadas junto al enorme cajón para el parto. La forma en que lo había besado, tumbada sobre la manta y con los pechos pegados contra él, había sido casi carnal.

Max se acordó del repentino rechazo de Fran y sonrió. Ella podía disimular el anhelo que la abrasaba por dentro, pero sólo hasta que desaparecían los temores a que fuera socialmente inadecuado.

Se le llenó la cabeza de imágenes de Fran y notó un cosquilleo en las entrañas. Un hombre podía perderse en aquellos labios carnosos y aquellos ojos castaños con reflejos dorados.

Oyó un ronquido que llegaba desde un rincón del despacho. El padre de Maxim dormía en una butaca con la cabeza caída hacia atrás. Al verlo, Max se olvidó de todo y volvió a su papel de ayudante de veterinario. Hacía unas horas, Francesca le había dicho

que no hacía falta que se quedara, que ella podía ocuparse de todo, pero él se había empeñado en quedarse. Quería verla trabajar. Quería verla y punto.

Se acercó a ella.

—¿Qué tal está? —susurró.

—Se pone tensa a ratos y le ha bajado la temperatura, así que me parece que se acerca el momento.

Glinda parecía inquieta y perpleja, aunque, por extraño que pudiera parecer, agradecida de tener a Fran al lado. Ella, con la rubia melena apartada del rostro y la camisa remangada, acariciaba el vientre del animal y le decía con tono tranquilizador que pronto tendría unos hijos preciosos y que sería una madre maravillosa.

—¿Esperas que haya alguna complicación? —le preguntó Max mientras se agachaba junto a ella.

Fran apartó la mano del vientre de Glinda.

—En mi trabajo tengo que estar preparada para cualquier cosa, Alteza. Esta raza de perros puede tener partos muy largos y complicados.

Max asintió con la cabeza mientras dejaba las cataplasmas y las mantas en una pequeña mesa.

—¿Has traído al mundo muchas camadas?

—Sólo si hay algún problema y la madre no puede hacerlo por sí misma —levantó las manos y sacudió los dedos—. No te preocupes. Si eso ocurre, el rey ha contratado unas manos muy competentes.

—Ya lo sé —impulsivamente, Max entrelazó sus de dos grandes y fuertes con los pequeños y delicados de ella—. Competentes y hermosas.

Fran levantó la mirada para buscar los ojos de Max y si bien la expresión era de distanciamiento profesional, los ojos le ardían como brasas.

Fran, con una rapidez felina, separó la mano y volvió a mirar a Glinda. La perra aprovechó ese momento para levantarse, salir del cajón y dar una vuelta. Al cabo de un momento, volvió y se tumbó otra vez. Los jadeos aumentaron y parecía más nerviosa. El rey soltó un ronquido y se despertó.

—¿Qué tal está, doctora?

—Está tensa otra vez, Alteza.

Maxim la miró de soslayo.

—¿Eso es bueno?

—Lo es si se mantiene así.

Durante diez minutos, todos miraron al wolfhound que seguía jadeando profundamente mientras se levantaba, se tumbaba otra vez y daba vueltas.

La parte inferior de su cuerpo se contrajo como si fuera una pequeña ola marina.

—Allá vamos —la voz de Francesca rebosaba tranquilidad—. Dejémosla tranquila y no la interrumpamos. Veamos si puede hacerlo sola.

Maxim se sentó en el suelo delante de la butaca de su padre. Había visto nacer a potrillos y terneros y nunca había dejado d maravillarse. Por un momento se preguntó si algún día él también participaría en el nacimiento de una vida, de una vida que hubiera contribuido a gestar.

Sin embargo, La pregunta se diluyó en el milagro del nacimiento. Glinda empujó, se cambió de posición y volvió a empujar. Hasta que el primer cachorrillo apareció por fin.

—La posición es perfecta —les comunicó antes de volverse hacia Glinda—. Lo estás haciendo muy bien, querida.

El instinto guió a Glinda hasta que el oscuro cachorrillo estuvo fuera. Inmediatamente, Francesca rompió la bolsa, se cercioró de que el animalito res piraba y lo dejó delante de Glinda. La nueva madre limpió a su hijo con vigorosos lametones.

Francesca miró al rey por encima del hombro.

—Es una hembra, Alteza.

—Es… preciosa.

Maxim habría jurado que notó las lágrimas en la voz de su padre, pero no se dio la vuelta porque ninguno de ellos quería que se le notaran esas emociones cargadas de ternura.

Al cabo de unos veinte minutos, Glinda tuvo más contracciones. La habitación estaba en un silencio respetuoso para con la perra. Nació el segundo cachorrillo y media hora más tarde llegó el tercero al que siguieron un cuarto y un quinto. Fueron tres machos y dos hembras, todos ellos grises como la madre y plenos de salud.

El rey no dijo nada y Max no podía dejar de mirar a Glinda que se ocupaba de todos ellos con el mismo cariño que con el primero.

—Uno más, querida —le animaba Francesca a la agotada perra.

Al cabo de media hora, le volvieron las contracciones, pero esa vez Glinda pareció darse por vencida después de un par de empujones. El cachorrillo asomó la cabeza, pero no pasó de allí.

Glinda miró a Francesca con miedo y perplejidad.

El aire se cargó de una energía tensa.

Sin embargo, fiel a su palabra, la doctora estaba preparada. Apoyó las manos en el vientre de Glinda y presionó.

—¿Qué haces? —le preguntó Max.

—Está agotada. Intento ayudar un poco a la naturaleza.

Con mucho cuidado frotaba el vientre de Glinda como si amasara pan mientras le hablaba con delicadeza.

Maxim observaba lleno de admiración y alivio mientras la perra parecía comprender lo que le decía y expulsó el cachorrillo. Hubo un suspiro de alivio general y todo el mundo volvió a respirar mientras Francesca rompía la bolsa y limpiaba el perrito.

Sin embargo, el alivio fue prematuro.

Había algo que no iba bien. El perrito estaba rosa, pero no reaccionaba. Maxim oyó a Francesca que maldecía en voz baja.

—¿Qué pasa? —preguntó el rey con nerviosismo.

Francesca agarró una toalla caliente.

—No respira.

Tomó al cachorrillo y con un tono tranquilo y delicado explicó a Glinda lo que tenía que hacer.

Primero limpió las fosas nasales del perrito con una jeringuilla y luego le frotó el vientre en todas direcciones.

Maxim la miraba con un nudo en la garganta. Nunca había visto a nadie tan concentrado y absorto. Lo apremiaba a respirar con voz serena y movimientos firmes.

Estaba asombrado.

Pasaron unos segundos interminables. Maxim no miró a su padre porque sabía que se encontraría con el mismo temor que le dominaba a él.

De repente, el perrito abrió la boca y soltó un chillido mientras tomaba aire. Maxim y su padre volvieron a suspirar mientras Fran seguía frotando al cachorrillo. Al cabo de unos minutos, dejó al perrito junto al pecho de Glinday lo guió hacia un pezón.

Lentamente, Francesca se volvió para mirar a Maxim y a su padre.

—Cuatro machos y dos hembras, Alteza.

—Se merece una medalla, doctora —el rey tomó aire—. Gracias. Temía que no… —no terminó la frase.

Francesca asintió con la cabeza y sonrió.

—Es un chico muy fuerte.

Maxim, con el pecho todavía en tensión, la miró a los ojos resplandecientes.

Era muy hermosa, inteligente y valiente.

—Has salvado su vida, Francesca.

Dos ligeras manchas rosadas aparecieron en las mejillas de Fran.

—Me he limitado a hacer mi trabajo.

—Has hecho más que eso. —Max se sorprendió de la vehemencia de sus palabras.

—Tiene toda la razón —dijo su padre mientras se levantaba y se estiraba—. Si hay algún problema, dígamelo, doctora —sonrió a Glinda y los cachorros e inclinó la cabeza a Fran y Maxim—. Buenas noches.

—Buenas noches, Alteza.

—Buenas noches, padre.

El rey se marchó y Maxim se inclinó para apartar unos mechones de pelo del rostro de Francesca.

—No exagerabas cuando hablabas de tu relación con los animales.

Fran, sorprendida por el contacto, se reclinó y bajó la mirada hacia su regazo.

—No, no exageraba.

Se giró para mirar a Glinda y a sus hijos.

Maxim no se dejó impresionar por la actitud reticente de Fran. El sabía que la pasión bullía debajo de la apariencia fría. Ella lo fascinaba y la atraía cada vez más y estaba decidido a derribar el muro que ella había construido a su alrededor y a conseguir que ella incumpliera la absurda promesa de mantenerse alejada de él.

Sin embargo, se sentó junto a ella en silencio, respetuosamente, y observó los ritos familiares de los recién llagados al clan de Llandaron.

* * *

Esa noche, más tarde, Fran preparó un cuenco con agua y otro con queso fresco, aunque Glinda los miró sin ningún interés. Seguía tumbada en el cajón y tranquila como un estanque en un día sin viento. Fran, sin embargo, seguía sintiendo la necesidad de mantenerse activa. Seguía concentrada y alerta por si surgía algún problema, aunque dudaba que eso pudiera ocurrir.

Alrededor de las cuatro de la madrugada, casi todo el mundo dormía, incluidos los recién nacidos. Glinda bostezó, cerró los ojos y volvió a abrir los parcialmente, como si quisiera resistirse a que darse dormida. Al final, ella también cedió.

—¿No tal está al afortunado cachorrillo?

Fran se asustó. El príncipe se acercó a ella con una bolsa de papel marrón bastante grande y los ojos teñidos de preocupación.

—Parece que está bien. Francamente bien.

Max miró a la madre y sus hijos. Poco después del parto, Charlie había colocado una tela acolchada alrededor de los animales.

—Parecen molidos.

Fran sonrió y captó su aspecto informal. Llevaba unos vaqueros desteñidos, desteñidos en los sitios indicados, y una amplia camiseta negra. El día anterior, en la playa, ella le había dicho que no podía estar con él. La atracción que sentían el uno por el otro era un disparate, una complicación y algo imposible.

Sin embargo, la verdad era que él hacía que se olvidara de Dennis, del pasado, y de la realidad. Eso la asustaba.

—¿No deberías estar acostado? —le preguntó ella.

Arqueó las dos cejas y los ojos de terciopelo azul reflejaron el diablo que llevaba dentro. Ella notó que las mejillas le ardían. La pregunta era normal dada la hora que era, pero resultaba sugerente dada la pasión que sentían el uno por el otro.

—No estoy preparado para acostarme —sonrió—. Al menos, no por el momento.

Fran tragó saliva y sintió un estremecimiento en todo el cuerpo.

Max le ofreció la bolsa de papel marrón.

—Te he traído algo de cena.

—No tengo apetito.

No tenía apetito de comida, se dijo mientras ponía los ojos en blanco para sus adentros.

—Tienes que comer.

—Es demasiado tarde y…
Max extendió una mano para ayudarla a levantarse.
—No es una sugerencia, doctora.
—¿Como dices?
Ella miró por encima de su nariz aguileña.
—Es una orden.
—¿Lo es?
—Puedes estar segura.
—Como sabes perfectamente, soy estadounidense y no tienes autoridad sobre mí.
Nunca se había sentido tan mentirosa. La visión de Max completamente desnudo se adueñó de su mente. Se ruborizó hasta la raíz del pelo. ¿A quién quería engañar? Ejercía una autoridad casi absoluta sobre ella y tendría que acabar con esa situación si quería salir de Llandaron con algo de dignidad.
—Quizá no tenga autoridad en Estados Unidos, pero mientras estés en Llandaron soy tu…
—¿Amo y señor?
Se le escapó y quería que la tierra se la tragara.
Max sonrió de oreja a oreja y la blancura de sus dientes resplandeció en la penumbra del despacho.
—Yo iba a decir tu jefe, pero me gusta más tu pro puesta.
—Alteza, yo…
La tomó de la mano y la levantó acercándola contra él.
—Ven a comer algo.
Permanecieron así un instante; cara a cara y cuerpo contra cuerpo. Fran quería separarse, esconderse detrás de un bocadillo, lo que fuera con tal de dejar de pensar en músculos en tensión y eróticos aromas a vainilla y virilidad, pero no tuvo que apartarse, el príncipe lo hizo por ella.
Quizá se hubiera tomado en serio el deseo de mantener las distancias. Se le hundió un poco el corazón.
La llevó a un establo limpio cerca del despacho. Lo suficientemente cerca como para oír a Glinda si la necesitaba y lo suficientemente lejos como para no molestarla. Max sacó un bocadillo de carne asada, unas uvas y una botella de agua.
Fran se dejó caer en el heno recién cortado y agarró medio bocadillo.

—Estamos comiendo juntos demasiadas veces, Alteza.

El se encogió de hombros y agarró la otra mitad del bocadillo.

—Me gusta tu compañía.

¿Su compañía? ¿Como si fueran amigos? ¿Tenía razón respecto al beso? Ella creía que bastaba con un beso para saber si alguien te atraía. Natural mente, si ella no lo atraía, eso era una buena noticia…

Empezó a debatir consigo misma mientras masticaba la deliciosa carne asada y el pan recién horneado. Ella quería atraerlo, aunque no podía permitir que ninguno de los dos hiciera algo al respecto. El representaba todo lo que a ella le aterraba desear: era arrebatador, inteligente y divertido; además de completamente inalcanzable.

Se decidió por mantener una conversación poco comprometedora.

—Realmente, ¿cómo resulta ser un príncipe?

—Fantástico, penoso, aleccionador y decepcionante.

Fran esbozó una sonrisa.

—Tiene sus altibajos, ¿eh?

—Sinceramente, Francesca, me siento privilegiado por lo que tengo, pero cuando te llama el deber, las cosas pueden resultar un poco… complica das.

Fran tomó un puñado de uvas.

—¿Te refieres a la complicación de las fiestas y las botaduras de barcos o a tener que casarte con la caballuna princesa de Dinamarca?

Max tardó un momento en responder.

—En realidad, a lo último.

—¿De verdad? ¿Estás… comprometido?

¿Por qué le había costado decirlo o admitirlo? Ella también estaba prácticamente comprometida. Lo que pasaba era que él la había besado. ¿Por qué lo había hecho si estaba…?

Dejó de darle vueltas porque si no tendría que analizar profundamente su participación en el beso.

—No estoy comprometido ni nada parecido —el heno crujió bajo su peso cuando se movió para alcanzar unas uvas—. Le he dicho a mi padre que me casaré con la mujer que yo elija, si me caso alguna vez.

—¿No crees en el matrimonio?

—Creo en la libertad, Francesca. Todavía tengo que encontrar la fórmula de tener las dos cosas.

Las palabras entristecieron a Fran, aunque en tendía su aversión.

—Cuando tenía nueve años me encontré con un pájaro en el patio trasero. Era… —se rió— era real mente feo. Era marrón y desaliñado y le faltaban dos garras. Yo estaba dando de comer a los conejos cuando apareció y se posó junto a mi mano. Era un verdadero caradura. No le pasaba nada, quizá estuviera hambriento o cansado. Lo llamé Oscar y me quedé prendada de él. Se quedó tres meses hasta que un día desapareció.

Fran miró al príncipe y sonrió.

Max le devolvió la sonrisa.

—¿Cuál es la moraleja?

—Que la libertad es incompatible con estar preso.

Fran lanzó una uva al aire para atraparla con la boca, pero falló y le cayó sobre el tobillo.

Max la agarró. Fran se quedó sin aliento mientras le veía darle vueltas entre los dedos y luego acercársela a la boca de ella. Fran se pasó la lengua por los labios sin apartar los ojos de los de Max.

—Abra la boca, doctora.

Ella hizo lo que le ordenaban sin dudarlo. El si guió a la uva con la mirada mientras se la pasaba por el labio superior y luego la introducía en la boca. Fran la mordió y sintió el dulce frescor en el paladar. No puedo evitar un profundo suspiro.

Fran bajó la mirada y se tragó la uva. Max —y ella permanecieron un rato en silencio. Quizá fuera debido a la comida o, más probablemente, a lo tarde que era, pero empezó a sentirse dominada por un cansancio infinito. No pudo contener un bostezo.

—¿Estas cansada? —le preguntó Max.

—Mucho.

Max recogió los restos de la comida y tiró la bolsa en un cubo.

—Te acompañaré al castillo. Ella negó con la cabeza.

—Voy a quedarme aquí esta noche.

—Aquí, ¿dónde?

—Supongo que sobre este delicioso montón de heno. Siempre que querido dormir sobre un colchón de heno.

Max se rió.

—No lo idealices. Yo lo he hecho bastantes veces y es muy

incó…

—¿Lo has hecho?

—Sí, de niño.

—¿Por qué?

Max se encogió de hombros.

—Era lo más parecido a escaparme de casa. Francesca esbozó una sonrisa.

—La libertad.

Max asintió con la cabeza y un brillo burlón en los ojos.

—La libertad.

Fran tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para apartar la mirada de él.

—Será mejor que duerma un rato. Los cachorrillos se despertarán pronto.

Max, sin decir una palabra, salió del establo y volvió al cabo de unos segundos con una manta.

—No hacía falta —le dijo Fran—. Hace una buena noche y no creo que la necesite.

—La necesitarás. —Max, como si tal cosa, se tumbó en el heno, se puso las manos en la nuca y cerró los ojos—. Buenas noches, Francesca.

A Fran se le aceleró el pulso.

—¿Se puede saber qué hace, Alteza?

—No vas a quedarte sola aquí.

—¿Por qué no? ¿Hay monstruos sobrenaturales que se comen a las veterinarias incautas?

Max abrió los ojos con una mirada sombría.

—Lobos.

Notó una punzada de excitación en el estómago. ¿Cómo demonios iba a dormir al lado de aquel hombre sintiendo lo que sentía? Los pechos se le endurecían como reacción a sus palabras y el vientre le abrasaba por su repentina rea parición.

—Mire, Alteza, es imposible, sencillamente voy a…

Antes de que ella pudiera terminar la frase es taba entre los brazos de él y apretada contra un pecho que parecía de acero.

—Sencillamente apoye la cabeza en mi pecho y no se mueva, doctora. Los dos estamos muy cansa dos. Intentemos dormir un poco.

¿Dormir un poco? ¿Lo decía en serio?

—¿Ordena algo más, Alteza?

—Shh… Hay personas y animales que intentan dormir.

Fran suspiró de impotencia y puso los ojos en blanco. Era inútil discutir con ese hombre.

Fran se dio por vencida y apoyó la cabeza contra el maravilloso pecho.

—¿Qué pasa con la caballuna princesa de Dinamarca?

—¿Y con Donald?

—Dennis…, Max se rió.

—Ahora duerme, mañana lo decidiremos.

Era una oferta muy apetecible, pero por desgracia llevaba aparejada a un príncipe arrebatador.

Se le cerraron los ojos y se rindió al agotamiento entre los aromas a heno y vainilla.

Capítulo 5

Las mañanas de Llandaron parecían un cuadro de Monet.

Maxim miró por la ventana del establo que había enfrente de él. Era una mañana fresca, difusa y rebosante de color, pero el artista no había conocido aquella mañana en Llandaron. Seguramente, si Monet se hubiera despertado con aquella belleza entre los brazos, su obra habría tenido elementos mucho más sensuales.

Nada de estanques y nenúfares.

A no ser, claro, que los nenúfares Ocultaran los valles y las Colinas de alguna doctora Francesca Charming.

La imagen de Francesca desnuda con unas hojas mojadas sobre los pechos se adueñó de los pensamientos de Max y despertó un anhelo de proporciones peligrosas.

Francesca se agitó como si hubiera sentido una señal del cuerpo de Max. Su mano, que había des cansado en el borde de la camiseta, se introdujo por debajo de la tela de algodón y ascendió por el pecho. Maxim tomó aliento y notó que se le endurecía la parte inferior del cuerpo. Los dedos de Fran se detuvieron en el pezón y ella cambió de postura para pasar la pierna sobre su cadera.

Quería tomarla allí mismo y en aquel preciso instante. Quería quitarle los pantalones vaqueros, ponerla de espaldas, abrirle la camisa, llenarse la boca con sus pechos y zambullirse dentro de ella. Quizá lo hiciera si ella se despertaba con la mirada igual de ardiente que él tenía cada músculo y cada vena.

Francesca suspiró levemente, se estiró y le acarició el pezón con la palma de la mano. Max dejó escapar un gemido e,

instintivamente, la atrajo contra sí.

—Mmm… Max.

Ella se acurrucó contra su cuello, tenía los labios escasos centímetros de su piel y la rodilla le rozaba su abultada erección.

Por el motivo que fuera, había dicho su nombre. Era todo lo que un hombre podía necesitar.

Maxim la agarró delicadamente de la barbilla y la besó levemente en los labios. Francesa, con un suspiro adormilado, se fundió en el beso y apretó su cuerpo contra el de él. Maxim inclinó la cabeza para cambiar de ángulo y profundizar el beso. Ella le correspondía, le seguía y los suspiros se tornaban en gemidos anhelantes.

Maxim entendía perfectamente lo que era el anhelo. Le tomó un pecho en la mano y le acarició lentamente la piel a través de la blusa y el sujetador. Sin embargo, ella ni gimió ni ronroneó. Se quedó helada. Abrió los ojos como impulsados por un resorte y, para desgracia de Max, no mostraban pasión sino perplejidad que se tomó rápidamente en inquietud.

Max sonrió.

—Buenos días.

Ella se sentó con los ojos como platos.

—Hola.

—¿Qué tal has dormido?

—Bien.

—He oído decir que responder con una sola palabra indica falta de sueño. Quizá debieras tumbarte.

—No. Estoy a pleno rendimiento.

—Yo también.

Fran bajó la mirada hacia donde la fina manta cubría la evidencia de su necesidad de ella. Volvió a levantar la mirada y se lo encontró mirándola. Las mejillas le abrasaban, pero debajo del bochorno, Maxim podía percibir su interés y la pasión. Una pasión que él estaba dispuesto a sofocar completa mente. No estaba acostumbrado a tener paciencia. No estaba acostumbrado a que lo desafiaran. Las mujeres lo codiciaban e iban deseosas a su cama.

Sin embargo, Francesca no era una mujer cual quiera y la lucha por la libertad que tenía planteada con su padre no había cesado. De modo que con Francesca sería paciente.

Fran intentó arreglarse la ropa arrugada.

—Tengo que ir a ver a los cachorros.

Maxim la tomó de la mano.

—Antes de que te vayas quiero decirte que anoche estuviste fantástica —vio que ella ponía un gesto de espanto y se rió—. Me refiero al nacimiento de los perritos.

—Ya lo sé.

—No estabas segura —le besó la palma de la mano—. Confía en mí, Francesca, si anoche hubiera pasado alga entre nosotros, lo recordarías.

Ella retiró bruscamente la mano y se levantó.

—Está muy pagado de sí mismo, Alteza.

Maxim sonrió y se tumbó sobre el heno con las manos en la nuca.

—Era sincero sobre lo de tus dotes. Espero que Dagwood sepa lo afortunado que es… por tenerte en la clínica con él.

—Lo sabe —se cruzó los brazos sobre el pecho—. Y por última vez, se llama Dennis.

Sonrió más todavía. Estaba muy hermosa cuando se enfurecía. Demasiado hermosa, demasiado seductora. Si no se marchaba pronto, iba a perder la paciencia y hacer lo que fuera para tenerla desnuda debajo de él.

—Quizá sea mejor que vayas a ver a Glinda y a sus cachorrillos.

Francesca frunció el ceño.

—¿Me echa, Alteza? Max se rió.

—En absoluto —se apartó la manta para mostrar cuánto deseaba que se quedara—. ¿Quieres volver a la cama?

Ella abrió los ojos de par en par ante el reto.

—No… yo… no quería decir eso. Yo…

—Seguramente sea lo mejor. Además, tengo que irme. Mi vuelo sale dentro de una hora y yo no había pensado en un revolcón deprisa y corriendo, Francesca.

Ella se puso roja como un tomate y no le preguntó qué había pensado.

—¿Adónde te vas?

—A París.

—Ah… ¿Por trabajo o por placer?

—Por las dos cosas —sonrió—. ¿Me echarás de me nos?

Ella sacudió la cabeza.

—Otra vez esa presunción, Alteza —se volvió y salió de establo mientras le deseaba un buen viaje.

Max la vio alejarse con un provocador contoneo de caderas. París le parecía muy aburrido en comparación con lo que quería hacer en Llandaron, pero el deber lo llamaba. Se levantó. Estaría de vuelta para el fin de semana. Estaría de vuelta, dispuesto y deseoso de seguir con la apasionante seducción de la doctora Francesca Charming.

* * *

¿Por trabajo o por placer, Alteza?

Fran puso los ojos en blanco mientras llevaba el cuenco de comida vacío de Glinda al fregadero. Que estúpida. ¿Por qué había tenido ese arrebato de celos? ¿Por qué demonios tenía celos? Dentro de una semana y media estaría otra vez en Los Ángeles, estaría otra vez en el mundo real con hombres de verdad… no con príncipes arrebatadores que vivían en faros, que enloquecían a todas las mujeres que conocían y que hacían que los corazones escépticos creyeran que los cuentos de hadas podían existir.

Miró a Glinda que estaba encantada con sus bebés. Se sintió dominada por una sensación de sosiego. Había hecho exactamente lo que había ido a hacer. El parto había salido bien y Glinda estaba comiéndose una buena ración de huevos revueltos y queso fresco. Todos los cachorrillos estaban bien y mamando. El último también. Ella lo había llamado Lucky para recordarle lo afortunado que había sido.

Se había ganado una buena cantidad de dinero para el quirófano y podía volver sin lamentaciones.

Notaba un hormigueo en la mano derecha, era la mano que había acariciado el pecho de Max. La calidez y la fuerza que había percibido casi la derriten. No podía negar la atracción que sentía por él. Por otro lado, si la dureza granítica que había notado contra la cadera era indicativa de algo, ella también podía estar segura de la atracción que él sentía por ella.

Sin embargo, no podía ni plantearse la posibilidad de empezar

algo con él, independientemente de la atracción.

Estaba Dennis, estaba la opinión que le mere cían los engatusadores y estaba el hecho de que era un miembro de la realeza. Tenía que combatir aquella atracción con todas sus fuerzas.

Gracias a Dios se había ido a París. Sería mucho más fácil resistirlo. Quizá estuviera fuera hasta que ella se marchara.

Esa noche llamaría a Dennis y tendrían una conversación larga y agradable. Durante los días siguientes se concentraría en el trabajo y se olvidaría de su Alteza.

Por lo menos, lo intentaría.

* * *

-Tienen cinco días y crecen como la mala hierba.

Francesca sonrió a Ranen Turk que había ido al castillo para una cena de etiqueta con el rey, pero antes había pasado por las cuadras para ver a los cachorrillos. El viejo cascarrabias le recordaba mucho a su abuelo. Era muy adusto por fuera, pero por dentro era un verdadero oso de peluche. El re cuerdo de su abuelo le recordó también a su padre, quien le hizo mucho daño.

Fran se sentó junto a Ranen y señaló el cajón con la barbilla.

—Van a dar trabajo a Glinda.

—Es el precio de ser madre, señorita.

—Una madre con sixtillizos.

—He oído de wolfhound que han parido camadas de quince hijos o más.

—Es verdad. Supongo que seis hijos para ella serán como un solo hijo para una madre humana —se quedó un momento en silencio—. ¿Crees que está demasiado delgada?

—No, no. Está bien —se volvió hacia Fran sin son reír, pero con los ojos entrecerrados—. Pero algo me dice que ya lo sabías.

Fran se encogió de hombros y sonrió.

—Quería corroborarlo.

—Entonces, ¿lo sabías?

—Sí, ¿es un delito? —Ensanchó la sonrisa.

Ranen se rascó la barba y levantó una pequeña nube de polvo.

—No estoy seguro del todo. Tendría que comprobar si hay

alguna ley que castigue el tomar el pelo a un anciano.

Fran no pudo evitar soltar una carcajada.

—¿Estás seguro de que mi abuelo y tú no sois hermanos que se han perdido la pista?

La risa le sentaba muy bien. Los últimos días no habían sido tan sencillos como había esperado. Sólo había hablado dos veces con Dennis y cada una de las veces él había tenido que salir corriendo a los cinco minutos. Además, había un verdadero problema: Max. Quizá, si hubiera tenido más trabajo, habría tenido más ocupada la cabeza.

Sin embargo, la habían contratado para cuidar a Glinda y sus cachorros y eso le dejaba mucho tiempo para soñar despierta. Max no sólo le invadía los pensamientos durante el día, sino que también se le presentaba por la noche. Eran sueños delicados y febriles que hacían que se despertara aterrada y deseosa de regresar a casa y a su cama.

—¿Vas a venir a la cena esta noche?

Fran miró la vestimenta que llevaba el anciano. Parecía más apropiada para un festival de criadores de ovejas que para una cena en palacio, pero él era un rebelde, un individualista, y eso le gustaba.

Ella sacudió la cabeza.

—No, no lo creo. Supongo que es algo inconveniente. Yo sólo soy Fran Charming del sur de California. No encajo en toda la parafernalia real.

—Sandeces.

Fran levantó un dedo.

—Además, no conozco a nadie.

—Me conoces a mí —bajó la frente y la miró con aire sombrío —. También conoces a Su Alteza.

—La verdad es que no conozco al rey, Ranen.

—No me refiero a esa Alteza, querida.

El pulso le retumbó en los oídos como un tambor militar.

—Pero… el príncipe está en París.

Ranen negó con la cabeza.

—Ya no. Llamó esta mañana a su padre. Llegará a Llandaron con la niebla.

¿Podría oír el anciano el palpitar de su corazón?

Ranen la miró detenidamente.

—¿Cambia eso tu opinión sobre la cena?

—No estoy segura…

Parecía tan indecisa, tan tímida. ¿Qué estaba pasándole?

—Le diré a un sirviente que venga a recogerte a las siete y media. El rey querrá brindar por que hayas salvado el cachorrillo —guiñó un ojo y salió de las cuadras—. Va resultar una velada muy divertida —añadió entre dientes.

Fran se dejó caer sobre el respaldo de la butaca y evaluó la situación. El corazón se le salía del pecho y la cabeza le reclamaba cautela. Todavía le quedaban seis días allí. Si casi no podía ocupar el tiempo durante los días, ¿qué iba a hacer durante las noches?

¿Leer? ¿Darse baños de agua caliente y quedarse en la cama? ¿Volver a llamar a Dennis?

Miró a Glinda y habría jurado que la perra había puesto los ojos en blanco.

Fran le sonrió.

—Tú lo has dicho, estoy jugando con fuego y deseando quemarme.

* * *

Las risas y las animadas conversaciones llenaban el espacioso comedor y hacían que Maxim añorara la invisibilidad que le proporcionaría la niebla del exterior. Había vuelto hacía media hora y su padre ya había empezado a hacer desfilar a las posibles novias.

Maxim dio un trago de vivificante *whisky* y se apartó de una parlanchina duquesa y de su radiante madre. El fuego de la chimenea de mármol era mucho más apetecible. Tenía que haber sospechado algo cuando su padre le comunicó esa cena con «unos amigos».

Maxim había esperado a Ranien y al padre Tom, pero no a la mitad de la maldita corte.

Además, ¿dónde estaba Francesca?

La necesitaba a su lado para mantener a su padre a raya y demostrarle a dónde podían llevarle sus métodos avasalladores.

Maxim yació el vaso. ¿A quién quería engañar? Ver a Francesca

no tenía nada que ver con su padre. La preciosa veterinaria lo había obsesionado incluso en París. Nada había conseguido distraerlo, ni las fiestas elegantes, ni las mujeres igualmente elegantes, ni el ajetreo de trabajo. Había terminado por darse cuenta de que la atracción que sentía por Francesca era distinta a cualquier otra que hubiera conocido y que si no la tenía pronto, acabaría consumiéndose.

Tenía que terminar lo que había empezado.

El mayordomo anunció que podían sentarse a la mesa. De dos en dos, los comensales fueron sentándose alrededor de la enorme mesa antigua. Algunas mujeres lo miraron preguntándose si se sentaría junto a ellas. Maxim se rió para sus adentros. No sabían que él ya se había cuidado mucho de elegir su compañera de mesa. Miró el reloj. Eso en el caso de que hiciera acto de presencia.

Apenas había terminado de pensar en ello cuando el ruido en la habitación bajó de volumen y las miradas se dirigieron hacia la puerta del comedor.

Los cinco días pasados le parecieron cinco meses cuando vio a Francesca Charming.

Era como una aparición desde la cabeza hasta las uñas de los pies pintadas de rosa pálido que asomaban por las sandalias. El vestido blanco de seda con tirantes finísimos y un escote bajo se ceñía a su cuerpo como las manos de un amante. La falda le llegaba justo por debajo de las rodillas y mostraba unas piernas largas y ligeramente bronceadas. Max contuvo el deseo que lo abrumaba, pero verla moverse solo empeoró las cosas. Unas olas rubias como la miel le barrían los hombros y enmarcaban su rostro. Un rostro más hermoso todavía con un maquillaje inmaculado y unos ojos caoba con destellos dorados.

Era angelical y diabólica. Conseguía que sus de dos ansiaran tocarla, acariciarla…

Dejó el vaso en la mesa y fue hasta ella.

—Está impresionante, doctora. Fran sonrió.

—Gracias. ¿Puedo decir que usted también está bastante impresionante, Alteza?

—Puedes, si dejas a un lado lo de Alteza por esta noche. ¿Qué te parece Maxim? —Se inclinó hacia ella—. O si no puedes contenerte, intentaré conformarme con Max —le susurró.

Ella no pudo reprimir un leve suspiro y se apartó un poco.

—Siempre puedo contenerme.

Pasó junto a él y fue a buscar su sitio.

Maxim la vio alejarse con los sentidos a flor de piel por la deliciosa fragancia que llevaba. Una fragancia especiada y floral. Una fragancia completa mente embriagadora.

Mientras todo el mundo se situaba, Maxim se di rigió hacia la mesa. Todos los ojos estaban clavados en él mientras fingía buscar su sitio. Normalmente, él se habría sentado enfrente de su padre, pero esa noche el rey había ordenado que colocaran a su hijo entre dos mujeres solieras.

Un lacayo separó la silla de Francesca y ella se sentó junto a Ranen.

—Vaya, que casualidad —el mismo lacayo separó la silla que Fran tenía al otro lado y Maxim se sentó—. Nos han sentado juntos.

—Qué casualidad —replicó ella irónicamente. Se oyó una risa ronca de Ranen.

—Sí, menuda casualidad.

El rey interrumpió sus comentarios al levantar su copa de vino.

—Buenas noches y gracias a todos por haber ve nido. Quiero agradecer especialmente a la doctora Charming su pericia para traer al mundo seis cachorros plenos de salud.

Francesca se ruborizó encantadoramente mientras todo el mundo bebía.

Sirvieron la cena al cabo de unos segundos y las conversaciones cobraron vida otra vez.

Maxim se volvió hacia ella.

—¿Qué tal están los cachorros?

—Perfectamente.

—Habría pasado a verlos, pero acabo de llegar.

—Tendrás tiempo de sobra para disfrutar de ellos. Necesitarán mucho cariño y cuidados cuando yo me marche.

—¿Cuando te marchas?

—La semana que viene.

—¿Tan pronto?

—Me temo que sí.

Su padre, a un par de metros, lo miró con el ceño fruncido.

—Maxim, ¿no deberías estar al otro lado de la mesa entre *lady*

Anna y *lady* Elizabeth?

Maxim le enseñó la tarjeta que indicaba su sitio.

—Estoy donde me han colocado, padre.

El rey abrió la boca para replicar, pero Ranen aprovechó la ocasión para comentar con su viejo amigo la partida de cartas que había perdido la se mana anterior.

Maxim desvió la mirada hacia Francesca mientras servían el primer plato. Aunque le habían puesto un plato de verduras frescas y fresas delante, ella lo miraba con curiosidad.

—¿Qué tal en París? ¿Sigue en pie la Torre Eiffel?

Max sonrió y tomó el tenedor de ensalada.

—París resultó… revelador.

—Parece interesante…

—Al fin y al cabo, se trata de París. Sólo respirar su aire es estimulante.

—Una ciudad maravillosa con gente maravillosa. Maxim sonrió. Le estaba interrogando disimuladamente sobre su actividad personal en París. Aun que no conseguía nada.

—Si quieres saber si he estado con mujeres en París, sólo tienes que preguntármelo.

Fran se quedó sin aliento.

—Desde luego que no quiero…

—A mí no me importa hablar de ello.

—Estoy segura de que no te importa —levantó la barbilla con gesto de orgullo y tomó el tenedor de ensalada—. Me parece, Alteza, que no voy a hacerle caso y que hablaré con Ranen.

—No lo creo —replicó Max con tono divertido.

—¿Por qué?

Maxim miró por encima de la cabeza de Fran y volvió a mirarla a ella.

—Ranen está hablando con mi padre, no querrás interrumpir al rey, ¿verdad?

Ella se quedó mirando a la ensalada.

—Maldita sea.

Max se rió.

—No maldiga en la mesa, doctora —le susurró.

Cuando miró a Maxim, tenía un brillo divertido en los ojos y los labios reprimían una sonrisa. Si le cubría aquellos labios con los

suyos, ¿lo notaría alguien? Quizá pudieran meterse debajo de la mesa un momento y…

—Disculpe, doctora Charming, pero tiene una llamada telefónica —un mayordomo estaba de pie a sus espaldas—. La llama el doctor Dennis Cavanaugh.

Fran sintió como si la fresa que acababa de tomar la cayera al estómago como una piedra. Miró a Max. El tenía los ojos casi negros y ella se preguntó si estaba enfadado porque tenía que levantarse de la mesa o porque la llamada era de Dennis.

Se levantó.

—Discúlpeme.

El rey le hizo un gesto con la cabeza y Fran salió de la habitación con la sensación de tener los ojos de Max clavados en la espalda. Dennis tenía el número de teléfono del palacio, pero hasta entonces no lo había usado.

El mayordomo la acompañó a una pequeña biblioteca y luego se retiró después de haber cerrado la puerta. Ella descolgó y se sentó en una butaca de cuero.

—Dennis… ¿Qué tal estás?

—Echándote de menos, Frannie.

Fran suspiró de alivio y se sintió enojada al mismo tiempo. No le gustaba que la llamaran Frannie. Hacía que se sintiera como un perrito faldero.

—Me encanta oír tu voz —dijo ella—. No hemos te nido mucho tiempo para hablar cuando te he llamado.

—Lo sé, lo sé. Esto ha sido una locura —se hizo una pausa—. Mira, Frannie, ya sé que te dije que espera ría a tu vuelta para saber si aceptabas mi propuesta, pero no puedo…

Fran se mordió el labio.

—¿Qué quieres decir exactamente, Dennis?

—Tengo que saberlo esta noche. ¿Vas a casarte conmigo?

Capítulo 6

Fran dejó al pequeño Lucky junto a su madre y se sentó con la espalda apoyada en la pared del establo. Se sentía segura cerca de Glinda y los cachorros; se sentía con el dominio de sí misma. Era una gran veterinaria, una profesional. En aquella habitación, su vida tenía sentido.

Sin embargo, en el palacio, donde todos comentaban la política de Llandaron mientras comían ve nado y sopa de calabaza, nada tenía sentido para ella.

No se había encontrado a gusto sentada a la mesa, aunque hubiera sido maravilloso, como si hubiera estado presenciando algo… mágico.

Además, estaba el príncipe con ojos de color cobalto y una boca impresionante, una boca que podía volverla loca tanto con sus palabras como con sus besos, una boca que había hecho que sintiera dos cosas que no había sentido en mucho tiempo: que era deseable y que era una mujer de los pies a la cabeza.

Sin embargo, se había marchado. Le había dicho al mayordomo que tenía que ver a los cachorrillos y se había alejado de aquellas sensaciones fantásticas.

—Te has perdido el postre.

Fran levantó la cabeza bruscamente. Era el diablo de los ojos azules.

—No tengo hambre.

Se acercó hasta ella con cuatro pasos. Estaba absolutamente impresionante vestido de esmoquin.

—¿Ha pasado algo con Dennis?

Fran frunció levemente el ceño.

—¿Lo has llamado Dennis?

—Bueno, no quiero parecer desalmado si está en el hospital o en una isla desierta medio muerto de hambre.

Fran esbozó una sonrisa incierta.

—Eres muy amable, Max.

—¿Quieres decirme qué ha pasado?

—No, la verdad es que no.

El se rió y se sentó en una silla delante de ella.

—Hable, doctora.

¿Para qué había ido allí? ¿Le interesaban sus problemas? Una cosa era que tuviera curiosidad por Dennis, pero abandonar la fiesta de su padre y a todas aquellas mujeres increíbles que no le perdían de vista… suspiró.

¿Quería ella compartir con él sus sentimientos más íntimos solo porque se lo había preguntado? ¿Quería compartirlo con aquel hombre que la estremecía hasta lo más profundo de sus entrañas?

Desvió la mirada.

—No sé… Max —balbució.

—Adelante.

—La verdad es que no es algo que yo quiera…

—Escucho muy bien —señaló el cajón de Glinda con la cabeza —. Pregúntaselo a ella.

Fran desvió la mirada hacia Glinda. La perra miró alternativamente a Fran y a Max. Fran se rió.

—Te ha contado lo que le dolía la espalda y cómo se le hinchaban los pies durante el embarazo, ¿verdad?

—Exactamente —sonrió con la sonrisa más maravillosa que había visto en un hombre—. ¿Qué pasa?

Fran tomó aliento. Quizá fuera mejor que lo supiera. Quizá entonces dejara de perseguirla y, a cambio, ella dejaría de desearlo insoportable mente.

—Dennis no sólo es un… amigo y un…

—Buen hombre.

—Exactamente.

—Es tu novio.

—Sí y…

—¿Y?

Ella lo miró con los ojos más burlones que pudo.

—¿Vas a escuchar o no?

Max levantó las dos manos.

—Perdona…

—De acuerdo. El caso es que antes de venir a Llandaron, Dennis me pidió que me casara con él.

Maxim se quedó petrificado. Sintió un nudo en el estómago que se apretaba con cada palabra que decía ella. No se había imaginado que fuera algo tan grave.

Tuvo que contenerse para no soltar una maldición. Primero porque no le gustaba la idea de que ella fuera a casarse con un aburrido veterinario de Los Ángeles y, segundo, porque le fastidiaba que no le gustara.

Max la miró a los ojos y vio un velo de desasosiego. Un desasosiego que él compartía.

—¿Aceptaste?

—Le dije que lo pensaría.

—Entonces, ¿ha llamado por eso? ¿Para que le respondieras?

Fran asintió con la cabeza después de soltar todo el aire que tenía en los pulmones.

—Dice que no quiere seguir esperando. Además, te diré que no se lo merece.

A Max le daba igual el pobre Dennis y su interminable espera.

—¿Cómo han quedado las cosas?

—Sin contestar. Recibió una llamada de urgencia en el móvil y tuvo que salir corriendo a la clínica —bajó la mirada—. Le dije que lo llamaría mañana por la mañana —añadió con un tono más suave.

—Con una respuesta.

—Sí.

Se quedaron en silencio sin querer afrontar las preguntas y respuestas. Maxim, naturalmente, que ría vencer a Dennis. No sólo por quitarse a su padre de encima, sino por algo más.

La verdad era que Maxim estaba muy interesado en Francesca Charming, la deseaba, la necesitaba, pero ¿qué era eso? Nada duradero. Una mujer como aquélla se merecía algo duradero. No podía intentar que rechazara la oferta, la promesa de un futuro, de un hogar y unos hijos, de una vida normal.

Independientemente de cuánto la deseara.

Ella le sonrió con los ojos acuosos y delicados y le debilitó la decisión.

Cuando estaba cerca de ella, se desvanecía lo bueno y lo malo, lo acertado y lo equivocado.

La tomó de la mano y la levantó.

—Vamos.

—¿Adónde?

—A mi casa.

—No —lo dijo con firmeza, pero no soltó la mano ni desvió la mirada—. Es el último sitio donde iría esta noche, Max.

El le lanzó una sonrisa perversa.

—¿No se fía de sí misma, doctora?

—Claro que me fío.

—Entonces, ¿cuál es el inconveniente? —Miró a Glinda y sus hijos—. Todo el mundo está dormido.

—¿No tienes que volver a la fiesta?

—No. Mi padre tiene todo resuelto —se percató de la mirada cautelosa de ella—. He pedido al mayordomo que nos llevara el postre al faro. Quiero enseñarte una cosa.

—No debería abandonar… —Fran tartamudeó con los ojos como platos y las mejillas sonrojadas.

Max sonrió y la sacó del despacho.

—Demasiado trabajo y poca diversión, doctora.

—Ajedrez.

La palabra brotó de la boca de Max como si fuera de miel.

Fran reflexionó mientras asimilaba el recibimiento que tenía ante sus ojos. Junto al acogedor friego que crepitaba en el salón del faro había dos butacas de cuero con un aspecto muy cómodo y entre ellas la mesa de ajedrez más hermosa que había visto en su vida. Estaba hecha de marfil y algún tipo de madera dura. Tenía dos cajones, unas patas muy largas y talladas y el tablero estaba incrustado en la tapa.

—Es increíble —dijo ella mientras pasaba la mano por la delicada superficie.

—Era de mi tatarabuelo. La hizo un artesano lo cal que incluso talló las piezas en palisandro —sacó una caja de caoba con herrajes de latón, la abrió y empezó a colocar las exquisitas piezas sobre el

tablero—. Mi padre no es muy aficionado, pero yo soy un adicto. Llevo jugando desde secundaria —se quitó la chaqueta del esmoquin y la dejó en el respaldo de la butaca—. He pensado que podía enseñarte y jugar una partida.

—¿Enseñarme? —Se mordió la lengua para contener una carcajada.

Maldito sexismo… Había decidido que ella no sabía jugar… La verdad era que su padre le había enseñado hacía mucho tiempo y jugaba por Internet con gente de todo el mundo, a los que ganaba casi siempre.

Max no tenía por qué saberlo, al menos por el momento.

Se encogió de hombros y se sentó enfrente de él.

—Vamos a intentarlo. Sé algo, lo suficiente como para jugar una partida.

—¿Estás segura?

—Completamente —tocó un alfil y parpadeó con aire ingenuo—. Esto es un peón, ¿verdad?

—No, eso es un… —Max levantó la mirada y entre— cerró los ojos—. No estarás vacilándome…

Fran se rió ligeramente.

—Un poco —tenía que recordar que no se le engañaba fácilmente—. ¿Dónde has aprendido eso de «vacilándome»?

—En Milwaukee. —Max abrió uno de los cajones y sacó un lápiz y una libreta—. Pasé una semana allí el año pasado. Ya sabes… cerveza, chistes obscenos… Me lo pasé muy bien. Es gente muy pintoresca.

—Estoy segura de que les encantaría saber que el príncipe de Llandaron opina que son gente muy pintoresca —dijo entre risas—. Te gusta Estados Unidos, ¿eh?

—Sí. Pasaba bastante tiempo allí hasta hace… hasta hace unos años.

Fran se percató de que había perdido el aire desenfadado y se preguntó qué habría pasado hacía unos años para que se quedara en Llandaron, pero él no parecía muy dispuesto a hablar del pasado y ella quería recuperar el tono alegre de hacía unos momentos.

Fran sonrió forzadamente.

—¿Vamos a jugar o no?

—Estamos jugando —movió un peón blanco con una leve

sonrisa y una ceja arqueada.
—Sólo un espacio. Interesante.
—Estoy lleno de sorpresas, doctora.
Fran pasó por alto al fuego abrasador que no taba en el vientre y movió el caballo.
—Pues ten cuidado porque yo también.
Prácticamente la atravesó con la mirada.
—Estoy deseando conocer todas y cada una.
Fran, con la garganta seca, dudó sobre si mover el peón. El volvía a ser el mismo de siempre, pero con ganas de revancha.
—Deja de intentar desconcertarme.
—¿Te parece que eso es lo que hago?
La sonrisa diabólica que daba paso a tantas ilusiones iba hacer que perdiera la cabeza, pero esa noche no. Esa noche ella tenía que demostrarle algo. La fuerza de su voluntad.
Con un destello de ardor, movió la reina.
—Muy osada, doctora.
—Digamos que confiada, Alteza.
Fran igualaba y superaba cada movimiento de Max hasta ponerlo a la defensiva. El era un jugador muy bueno, era decidido y exigente. Era el tipo de jugador que a ella le encantaba.
El fuego seguía su crepitar mientras ella mantenía la torre perfectamente situada y el rey de él en jaque. Fran levantó una ceja con un aire extremadamente descarado, pero se había equivocado al infravalorarlo. Max, sin abandonar la sonrisa arrebatadora, sacó a la luz todos sus re cursos y en menos de diez segundos había hecho jaque mate.
—Otra partida —le exigió ella.
Max asintió con la cabeza y los ojos brillantes de sangre fría.
—¿Estás segura de que soportarás otra derrota?
Fran notó que las mejillas le ardían.
—¿Apostamos algo?
—¿Qué?
—Tu trozo de tarta de Llandaron.
—Puedes comértela, Francesca. Apostemos algo más comprometido.
Max la miraba de arriba abajo y a Fran le costaba respirar.
—Creo que ya tienes algo pensado.

—¿Qué te parece apostar tiempo?

Fran frunció el ceño.

—¿Tiempo?

Max se apoyó la barbilla en la mano sin dejar de mirarla.

—Si ganó yo, te quedarás otras dos semanas en Llandaron —sonrió—. Para cuidar de Glinda y los cachorros, naturalmente.

Fran notó que se le endurecían los pechos.

—¿Si gano yo?

—Te vuelves a casa según lo previsto. Vuelves a Los Ángeles, a la clínica y a…

—De acuerdo, de acuerdo.

—Había entendido perfectamente. Volvía a Los Ángeles y a Dennis. Por desgracia, ninguna de las dos cosas le parecía muy atractiva. Lo que le parecía atractivo era el hombre que estaba sentado en frente de ella.

Estaba perdida desde que llegó a Llandaron y puso a prueba su ingenio con aquel impresionante y medio desnudo mozo de cuadras.

Aunque, quizá también se hubiera encontrado.

Fran tomó aire sentada en el borde de la butaca. Jugaría la partida lo mejor que supiera y dejaría el resultado en manos del destino.

—De acuerdo, Alteza, prepárese porque va a morder el polvo.

El le sonrió de una forma indudablemente perversa y ella notó que las mejillas volvían a arderle.

—Quiero decir que vas a perder.

El se rió con verdaderas ganas.

—¿Siempre pones tanto entusiasmo en el juego?

Fran resopló y movió el peón.

—Tramposa —dijo mientras atacaba entre risas.

—¡Vamos! Ése es tu movimiento habitual —para demostrarlo, ella sacó el caballo—. Empatados.

—Sí, yo diría que estamos empatados.

Fran nunca había jugado una partida tan feroz. Iban comiendo piezas sin apartar la mirada del tablero. Los movimientos no duraban más de treinta segundos. Era una verdadera batalla que sólo podía tener un vencedor.

Con el pulso acelerado, Fran levantó la mirada para clavar los ojos en los del hombre que deseaba más que su próximo aliento.

—Jaque mate.

Max, sin bajar su mirada de acero, tumbó el rey con la punta del dedo. El sonido de la madera contra el tablero retumbó en toda la habitación.

—Ha ganado, doctora.

Fran no dijo nada porque si era sincera, no es taba segura de haberlo hecho.

* * *

A Max le pareció que su cama era de cemento y que la almohada era un ladrillo. Era extraño que no se hubiera dado cuenta en los doce años que llevaba durmiendo allí. Quizá fuera consecuencia del viaje.

En París no se había acostado antes de las cuatro de la mañana y había caído en una cama desconocida con la mente agotada por el trabajo, pero es taba en Llandaron, eran las once de la noche y tenía la mente ocupada por ella. Echaba de menos el heno. La echaba de menos a ella. Quería que se quedara con él esa noche, pero no iba a forzar la situación hasta que diera una respuesta a Dagwood.

—Max… —Oyó su nombre seguido de un leve golpecito en la puerta.

Saltó de la cama con la sábana alrededor de la cintura. Abrió la puerta y se encontró con una Francesca de aspecto tímido que soltó una suave exclamación y lo miró de arriba abajo.

—Perdona —se podía notar el rubor en la penumbra—. Esto es absolutamente inadecuado.

Maxim la tomó de la cintura con la mano que tenía libre y la hizo entrar.

—¿Te pasa algo?

—Sí —se sentó en el borde de la cama y lo miró fijamente.

—¿Qué?

—Tengo que hablar contigo —la luz del vestíbulo le iluminaba el rostro y los ojos acuosos—. Ya sé que gané la apuesta, pero…

—¿Pero?

—No quiero irme, todavía…

Max notó como si un puño le estrujara el corazón.

—Entonces, no lo hagas, Francesca.

Ella se quedó un rato en silencio. Los ojos se le oscurecieron y alargó la mano para tocarle el pecho. Max, al notar el contacto de sus dedos, con tuvo la respiración y notó que la parte inferior de su cuerpo se le endurecía. Notó que Francesca se había percatado, pero ella no se apartó con timidez.

—Dime otra vez que no hay ninguna princesa caballuna.

—No la hay —no había otra mujer que no fuera la que estaba sentada en su cama.

—Muy bien.

Ella siguió recorriéndole el pecho, acariciándole la piel con la palma de la mano y rastrillándole hacia abajo con las uñas. El dulce aroma de Fran embotaba los sentidos de Max, quien no podía evitar respirar con dificultad ni que los músculos se le contrajeran por el contacto. Cada centímetro de su cuerpo se estremecía compulsivamente. Cuando creía estar a punto de perder el sentido, los dedos de Fran alcanzaron el borde de la sábana de seda negra y se detuvieron.

El le cubrió las manos con las suyas.

—Quédate esta noche conmigo.

—No puedo.

—Sí puedes.

Ella sacudió la cabeza con los ojos del mismo color caoba que las piezas de ajedrez que lo habían derrotado.

—Tengo que volver al castillo. Le he dicho al guardia que volvería, que me había dejado el bolso aquí.

—Olvídate del guardia. Yo me ocuparé de él. Nunca más volverá a preguntarte adónde vas.

—No. Max, por favor —se levantó y apartó la mano de la piel ardiente—. No quiero que la gente comente cosas. Además, espero una llamada telefónica que no puede esperar.

Max se apartó un poco con un gruñido. Por mucho que le costara reconocerlo, sabía que ella tenía razón. Si querían disfrutar de esas dos semanas, ella tenía que atender los asuntos de Estados Unidos.

—Mañana por la noche voy a salir contigo —que ría haberlo dicho como una oferta, pero le salió como una orden.

—¿Es una cita?

—Exactamente, es una cita.

Fran sonrió.

—No sé si podré esperar.

El tampoco lo sabía, pero tendría que hacerlo.

La acompañó hasta la puerta, pero no la abrió, sino que se apoyó de espaldas en ella.

—No puedo dejar que te marches sin saber por qué.

—¿Por qué? ¿Qué?

—Por qué has decidido incumplir las condiciones de la apuesta. Por qué vas a quedarte en Llandaron.

Fran sonrió tímidamente, se acercó a él y lo besó lenta y embriagadoramente.

—Ése es el porqué, Alteza.

Como un náufrago que se aferraba a una tabla salvadora, Maxim la atrajo hacia sí y la rodeó con el brazo libre. Las lenguas se encontraron febriles y anhelantes en un beso abrumador.

Cuando, por fin, ella se apartó, tenía la respiración entrecortada y la voz ronca.

—No puedo negar ni dominar lo que está pasando entre nosotros, sea lo que sea, y dure dos horas, dos noches o dos semanas, tengo que comprobar dónde…

—Lo sé, Francesca, lo sé.

La besó por última vez rebosante de excitación y ella le correspondió apretando sus caderas contra su erección. El deseo le resultaba casi doloroso, pero consiguió soltarla.

Ella tendría que ir libremente hasta él. Se apartó de la puerta y la abrió.

—Hasta mañana.

Ella asintió con la cabeza, tenía las mejillas con gestionadas y los labios hinchados.

—Vete, Francesca —se dio la vuelta y se puso de cara a la pared —. Te juro que no tardaré mucho en dejar de ser un caballero.

Maxim la oyó salir y cerrar la puerta, tiró la sábana y fue al cuarto de baño para darse una ducha gélida.

* * *

Fran colgó el teléfono, apagó la luz y se metió en la cama con la misma sensación de alivio y excitación que de tristeza y remordimiento.

Dennis había sido increíblemente comprensivo. Dado que no creía en el amor verdadero, tampoco se le había roto el corazón. Sin embargo, sí se había quedado con una pregunta sin responder por su ex novia. Una pregunta que parecía fácil de responder, pero que no lo era: ¿Por qué?

Fran se dio la vuelta en la cama y ahuecó la al mohada. No le había mentido, pero tampoco había sido capaz de decirle la verdad: que la sensata, inteligente y eficiente doctora Charming había hecho lo impensable, se había enamorado del príncipe de Llandaron.

Capítulo 7

—¿Qué demonios estás haciendo, Maxim?

—Leer el periódico, padre. —Maxim estaba sentado en una de las butacas más incómodas de la biblioteca ojeando el Times—. ¿Sabías que a los funcionarios británicos de rango más alto les han aumentado el sueldo el cincuenta por ciento?

El rey carraspeó sonoramente.

—No, no lo sabía —replicó.

—Es increíble.

—Maxim —el tono denotaba firmeza.

—Sí… ¿qué pasa? —Como si no supiera lo que pasaba; como si no hubiera ido allí para someterse a ese interrogatorio.

—¿Vas a salir esta noche con la doctora Charming?

Maxim sonrió a cubierto del periódico.

—Voy a llevarla a la feria de Llandaron.

Francesca pasaba casi todo el día con Glinda y sus cachorros y Max había pensado que le gustaría salir a tomar el aire. La feria le proporcionaba una mezcla perfecta de exposición pública y tiempo. Quería que lo vieran con ella y, lo que era más importante, quería estar un rato con la mujer más hermosa del país.

Llandaron celebraba una pequeña feria durante una semana al año. Se instalaban algunas atracciones rodeadas de puestos donde se vendían todo tipo de especialidades gastronómicas. Maxim llevaba años sin ir a la feria y sería una buena ocasión para hacerlo. Además, se merecía un poco de ocio después de haber pasado toda la noche trabajando en contratos comerciales, es decir de haber

estado trabajando desde que la doctora Charming saliera de su habitación y lo dejara desvelado y completa mente alterado.

—No lo apruebo, Maxim.

Maxim dobló el periódico y lo dejó sobre la mesa auxiliar.

—¿Por qué, padre?

—¿Qué pensará la gente? Será la segunda vez que te muestres en público con ella.

—¿Mostrarme en público? —Se inclinó hacia delante con los codos apoyados en los brazos de la butaca—. Padre, está mostrando su cara más clasista y no es muy agraciada.

El rey se rascó la barba y resopló.

—Sabes que no tiene nada que ver con quién es ni de dónde viene.

—¿No?

—No.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—La doctora Charming es hermosa, inteligente y agradable. Ranen tiene un concepto muy elevado de ella y yo también.

Maxim se dejó caer sobre el respaldo de la butaca. Empezaba a sentirse demasiado irritado. ¿Acaso no era lo que quería? ¿Acaso no quería ver a su padre preocupado porque su hijo estuviera enamorado de una plebeya y que abandonara el asunto de su matrimonio?

—¿Adónde quiere llegar, padre?

—Los ciudadanos de Llandaron son románticos, Maxim. Les gusta ver que la familia real es feliz y está felizmente asentada —elevó las manos—. Si os ven juntos pensarán que hay un idilio.

Maxim arqueó una ceja.

—Que lo piensen.

Además, lo pensaba. ¿Qué le estaba pasando? Su asunto con Francesca no era un idilio, era lujuria y anhelo. Tenía que ser así.

—No seas idealista con esto. Después de la triste situación de tu hermano, el pueblo tiene la mirada puesta en ti, se sentirá engañado cuando anuncie tu novia en el baile.

—Me exige demasiado, padre.

—¿Cómo crees que reaccionará la gente cuando la doctora Charming se vuelva a casa y a su vida?

Maxim se levantó con los dientes apretados.

—No tengo nada que decir.

—Decepcionarás a ese pueblo que, según tú, te preocupa tanto.

Sintió una impotencia absoluta. Estaba claro que su padre no iba a ceder más de lo que él iba a transigir.

A él le preocupaba su pueblo más de lo que habría querido, pero ¿estaba obligado a renunciar a sus necesidades por el bien de su pueblo?

Se pasó la mano por el pelo. Sabía la respuesta. La había sabido siempre, pero también sabía que iba a disfrutar de aquellas dos semanas. Su pueblo, su padre y su país lo tendrían por el resto de su vida.

—Por cierto, he invitado a Francesca para que se quede dos semanas más. —Maxim inclinó la cabeza—. Buenas noches, Alteza.

Su padre dejó escapar un profundo suspiro.

—Desea unas buenas noches a la doctora Charming de parte del rey.

* * *

A Fran se le escapó una carcajada.

Tres… dos… uno.

Se echó hacia atrás y lanzó la tarta de nata con toda su fuerza. Contuvo la respiración mientras el delicioso proyectil surcaba el aire hasta estrellarse en medio del objetivo.

Detrás de ellos, la multitud rugió entre risas y aplausos. Estaban rodeados de felicidad y de palo mitas de maíz devoradas por críos que iban de una atracción a otra. Para Francesca, la idea de ir a la feria de Llandaron había sido perfecta, la cita perfecta.

Se volvió hacia Maxim con una sonrisa de oreja a oreja.

—Repítemelo, ¿a quién he acertado con la tarta de nata?

—Al doctor Underhill.

—Recuérdame que no enferme ni me rompa una pierna mientras esté aquí.

—No te preocupes —se inclinó hacia ella para susurrarle algo al oído—. Si te rompes una pierna, yo cargaré contigo.

Ella se estremeció por el cálido aliento y la seductora promesa.

—Me cargarás en un hombro, ¿verdad?

El asintió con la cabeza y un resplandor en los ojos.

—Te llevaré hasta mi guarida.

La noche anterior ella había estado en su guarida. Era un sitio oscuro y peligroso que deseaba visitar otra vez.

—¿Qué te parece si vamos allí a tomar un poco de queso y galletas? —señaló a un pequeño puesto de comida—. Es casi hora de cenar y me muero de hambre.

—Muy bien, mi señora —le tomó la mano y se la besó—. Ahora tomaremos queso y galletas… dejaremos la guarida para más tarde.

Sintió la brisa en las mejillas y le alivió el calor que las abrasaba, pero no sofocó el fuego que ardía en su interior. La noche anterior y durante todo aquel día había estado pensando en librarse de las inhibiciones, las normas y los temores que la tenían atada de pies y manos.

Ella deseaba a Max y él la deseaba a ella.

¿Podría sortear durante esas dos semanas esos tres obstáculos y permitirse disfrutar con él?

Miró posesivamente a Max mientras él la conducía hacia el puesto. Llevaba unos vaqueros negros y una camisa del mismo color remangada que realzaban sus antebrazos bronceados, sus anchas espaldas, su esbelta cintura y su increíble trasero. Además, de su cara perfectamente cincelada y sensual. Sintió un escalofrío al recordar sus besos, sus manos en la espalda mientras la estrechaba contra sí, sus ojos que la observaban mientras ella acariciaba su pecho.

Era presa del deseo y rogaba a Dios que nadie la liberara, al menos durante un rato.

—Dos de todo —oyó que pedía Max a la rubia que estaba detrás del mostrador.

La chica sonrió tímidamente.

—¿Algo más, Alteza?

—No, eso es todo.

Si la hubieran educado de otra manera, Fran podría haber saltado el mostrador para tumbar a esa descarada, pero nunca se había dejado llevar por los celos y no iba a empezar en ese momento. Podía haber perdido la cabeza por el príncipe, pero no se había vuelto loca y, además, no tenía ningún derecho sobre él.

Fran no pudo evitar darse cuenta de que todo el mundo los

miraba mientras tomaban el queso, las galletas y un refresco en una mesa de madera. Los miraban con interés, sonrisas indisimuladas y susurros. Para empeorar las cosas, o mejorarlas, según el punto de vista, Max, una vez terminada la merienda, la tomó de la mano y la llevó a otras atracciones.

¿Alguna vez se había paseado agarrado de la mano de una mujer delante de todo el mundo? Si lo había hecho, ¿quién era ella y dónde se habían conocido?

—¡Alteza! ¡Francesca!

La entusiasta llamada de Ranen Turk interrumpió sus pensamientos y se volvió hacia la voz. Flanqueada por la caseta del lanzamiento de aros y del tiro con carabina había una gran plataforma roja con una especie de termómetro y una campana en lo más alto. Tenía un cartel que decía: *Prueba de fuerza. Toque la campana. Tres intentos para conseguir un premio*.

—Vaya, vaya —dijo Max entre risas mientras cruzaban hacia la plataforma—. ¿Estás a cargo de la caseta para forzudos, Ranen?

—Ajá. —Ranen avanzó con un mazo enorme—. He pensado que podría intentarlo, Alteza.

—Quizá más tarde.

—Acabamos de comer —argumentó Fran que se acordaba de cuando su madrastra advertía a sus hijos «verdaderos» de los peligros del ejercicio físico después de comer.

—¿Ha perdido fuerza con los años, Alteza?

Maxim sacudió la cabeza con una sonrisa.

—Eres un verdadero asno, Ranen.

—Prefiero ser un asno que una tortuga.

Se estaba formando un grupo de gente para presenciar la batalla dialéctica.

—Quiere un numerito —le dijo a Fran— y no parará hasta conseguirlo. Yo quería llevarte a dar una vuelta, pero tendrá que esperar un poco —antes de subirse a la plataforma, se volvió hacia Fran—. ¿Me darías un beso para desearme suerte?

Fran se sonrojó.

—Hay mucha gente.

La miró con una expresión burlona.

—¿Te avergüenzas de que te vean conmigo?

—Estoy intentando proteger tu reputación, no la mía.

Sin apartar la mirada de sus ojos, la agarró de la nuca.

—Hace tiempo que perdí mi reputación, doctora.

Sin esperar una réplica, la besó levemente, no fue nada demasiado intenso, pero Fran lo sintió hasta en lo más profundo de su ser.

La soltó y se subió a la plataforma. Fran mantuvo la mirada fija en la atracción, no quería comprobar cuánta gente había mirándola y preguntándose cosas que ella misma no se atrevía a preguntarse.

Afortunadamente, Maxim captó toda la atención cuando levantó el mazo sobre la cabeza.

—¡Larga vida a Llandaron! —gritó a la creciente multitud.

—¡Larga vida, príncipe Maxim! —respondieron a coro.

Maxim hizo un giro con todos los músculos en tensión y golpeó la pieza de metal. El termómetro subió hasta quedarse a escasos centímetros de la campana. El gentío rugió y Ranen sonrió. Maxim levantó una mano reclamando silencio.

Volvió a levantar el mazo, volvió a hacer el giro y a golpear el metal. Esa vez se quedó a un pelo de la campana. Unas gotas de sudor brillaban en su frente.

—¿Preparado para tirar la toalla, Alteza? —Le picó Ranen.

—Nunca. —Maxim miró a Fran—. ¿Qué premio prefiere, doctora? ¿El oso de peluche o el compacto plateado?

Ella le sonrió.

—El que sea más grande, naturalmente.

La gente se rió.

—Naturalmente.

La arrebatadora sonrisa de Max hizo que le temblaran las rodillas.

La multitud era mayor cada vez y sus gritos de ánimo casi ensordecedores. Lenta y metódica mente, Max volvió a levantar el mazo por última vez. El sol descendía detrás de él y lo teñía con un resplandor rojo. Se hizo un silencio expectante. Maxim dejó escapar un gruñido mientras se giraba con el mazo y la señal empezó a subir penosamente hasta que por fin alcanzó la campana.

La multitud enloqueció. Max, muy ceremoniosa mente, señaló un oso de peluche que colgaba a un costado de la caseta. Ranen, con aire derrotado, sacudió la cabeza, fue hasta la estantería de los premios y bajó el oso.

—Es todo tuyo. —Max entregó el oso a Fran antes de bajar junto a ella.

El peso del animal de peluche casi la tira al suelo.

—¿Estás seguro de que es el más grande que tienen? —le preguntó mientras intentaba por todos los medios verlo por encima de la cabeza peluda del oso.

Max bajó la cabeza del peluche y se encontró con la mirada de Fran. La miraba con aire divertido y los dos empezaron a reírse.

La multitud empezó a dispersarse y Ranen se sentó en el borde de la plataforma con un suspiro.

—¿Cómo piensas meter esa cosa en el avión, querida?

Max y ella se pusieron serios el instante y se miraron el uno al otro. El sonrió y ella hizo lo mismo en una especie de acuerdo tácito para no pensar en lo que pasaría cuando hubieran pasado las dos se manas.

—Buenas noches, Ranen. —Max le hizo un gesto con la cabeza y pasó el brazo por la cintura de Fran—. Vamos.

—¿Volvemos al palacio?

Max negó con la cabeza.

—Creo que podríamos ir a alguna atracción más.

—Creo que tienes razón —se estrechó todo lo posible contra el costado de Max—. Cuanto más aterra dora, mejor.

* * *

Ni en un millón de años, Fran hubiera podido imaginarse que una feria tan pequeña tuviese algo como aquello.

—¿Cómo se llama esto?

Max le guiñó un ojo.

—Leyendas de Amor.

Estaba instalada en el extremo más alejado de la feria, donde ya llegaban las aguas del mar. El sol se ocultaba un día más por el horizonte y una serie de barcas, unidas por un cable invisible, se deslizaban como delfines sobre metro y medio de agua. Fran y Max se hicieron con una barca para ellos solos y colocaron delante al oso, como un vigía. Colinas de hierba con flores fucsia daban paso a túneles y Fran y Max disfrutaban del paseo agarrados del brazo.

—Hemos pasado del ajetreo del Pulpo a la serenidad de las Leyendas de Amor. —Fran le dio un pequeño codazo—. Es todo un avance.

—¿Quién ha dicho que esto vaya a ser algo se reno, doctora?

—¿Estás pensando en volcar la barca?

Max esbozó una sonrisa paralizante.

—Es posible.

Fran sintió una punzada en el estómago por la expectativa y la penetrante mirada.

La barca avanzaba mientras caía la oscuridad como si sus ocupantes no tuvieran ninguna preocupación en la vida y en la distancia parecía como si un interruptor hubiera hecho que el público de la feria hubiese quedado en silencio.

—En mi país ya estuve en algo parecido a esto —comentó Fran.

—¿Sí…?

—Sí —se volvió hacia él con aire inocente—. Creo que se llamaba El Túnel del Amor.

Max apretó las mandíbulas.

—¿Con quién hiciste aquel viaje?

—Con Bert Wilson.

—Y Bert Wilson era…

—Mi novio.

—Ah… —Si hubiera apretado un poco más las mandíbulas se las habría roto.

Ella sonrió de oreja a oreja.

—Era mi novio en bachillerato.

Max hizo una mueca burlona y se relajó.

—¿Te besó?

—Lo intentó.

—¿No le dejaste?

—Ni hablar.

—¿Vas a dejarme a mí?

Sus ojos eran increíblemente azules y vibrantes incluso en la penumbra. Ella quería perderse en ellos y en él para siempre.

—Sí, Alteza. Puede darme… un beso.

—¿Sólo uno? —Max la rodeó con el brazo y la estrechó contra sí.

Fran sonrió.

—Ya veremos.

El aire era más fresco y se había levantado la brisa, pero Fran no notó el cambio. Las otras barcas estaban bastante lejos, pero la boca de Max estaba muy cerca. El calor de su cuerpo la quemaba y cada vez estaba más excitada. Se humedeció los labios para recibir los de él y cerró los ojos con un leve suspiro.

En ese momento, la barca de paró en seco y los dos cayeron como sacos en el fondo de la barca.

—¿Te has hecho daño? —Max le tomó la cara entre las manos y le buscó los ojos con la mirada.

—No —estaban dentro de un pequeño túnel que empezaba a llenarse de jirones de niebla—. ¿Qué pasa?

—Deben de ser la seis de la tarde.

Estaba tan cerca que casi la rozaba.

—¿La niebla?

—Sí.

A Fran le hervía la sangre a pesar de la humedad.

—¿Por qué han parado las barcas?

Max la miró a la boca.

—Es una medida de seguridad.

—Yo no me siento muy segura, Alteza.

—Ni yo lo pretendo.

La niebla se espesó y los rodeó creando un mundo perfecto donde nadie podía entrar ni salir. Exactamente como había ocurrido con los enamorados de la leyenda.

Max le acarició delicadamente el labio superior. Ella sintió un millón de pequeños estremecimientos en todo el cuerpo.

—¿Que quieres que sienta, Max? Dímelo. Los ojos azules se volvieron negros.

—Prefiero enseñártelo.

Max la tumbó sobre el fondo de la barca y la besó con voracidad, con un anhelo que ella supo reconocer y recibir gustosa. Se dejó arrastrar entre gemidos y se entregó completamente.

Sin embargo, los besos no eran suficiente. ¿Por qué no eran suficiente? Se preguntó para sus adentros.

Max apartó los labios de los de ella y la miró fija mente.

—Puedes conmigo, Francesca.

Sin apartar la mirada, bajó las manos lenta mente por debajo de

la blusa.

A Fran se le salía el corazón del pecho mientras él la acariciaba por encima del suave algodón del sujetador y le recorría la piel ardiente. Fran contuvo un jadeo de un placer tan real que casi la asustaba. ¿Podía un simple contacto ser tan maravilloso?

—Eres tan hermosa… —susurró Max mientras le rozaba el pezón con el pulgar—. Sin embargo, esto es otra cosa —era inteligente, divertida e increíble— mente apasionada. La miraba casi con desesperación—. Nunca había conocido a nadie como tú.

—Ni yo como tú —dijo ella sin aliento.

Un deseo poderoso y absoluto se apoderó de Fran. No entendía ese tipo de deseo que la dominaba hasta casi llevarla al límite. Dennis la había besado algunas veces, pero eso había sido todo, no había habido fuegos artificiales. Nunca había sentido fuegos artificiales.

Sólo había estado con un hombre, con el engatusador. Fue algo rápido e intranscendente. No hubo caricias ni palabras ardientes ni la sangre le hirvió. Después de aquella experiencia, siempre había considerado la intimidad física como algo que podía tomar o dejar.

Max le solió el sujetador. Una ráfaga de aire frío le acarició los pezones que inmediatamente se vieron cubiertos por las manos de él. Eran dos manos grandes que le recorrían la piel desnuda, que jugueteaban con sus pechos y le producían un vértigo embriagador.

Fran dio rienda suelta a la mujer descarada que pugnaba por liberarse y apretó con sus manos las manos de Max.

Max farfulló rebosante del mismo anhelo que crecía en ella. Le quitó la blusa y bajó la cabeza.

Fran gimió como una niña hambrienta cuando sintió la boca de Max sobre la piel. Habría querido sentir pudor, pero no lo hizo. Sólo se sentía deseada mientras Max besaba y lamía el contorno de sus pechos.

Cuando los labios rodearon el pezón y succiona ron profundamente, ella se olvidó de todo. Se quedó en blanco y su cuerpo se estremeció mientras él interpretaba una melodía con su cuerpo, una melodía que ella no conocía, pero que quería oír una y otra vez.

—Di me qué quieres, Francesca.

La calidez del aliento se mezcló con las caricias de la lengua y el

pezón adquirió una dureza inusitada.

—Más.

No sabía si la palabra le había llegado a salir de la boca, sólo sabía que quería todo lo que él pudiera darle.

Max desapareció entre la niebla.

—Más, mucho más —decía.

La sola idea le producía punzadas de calor y excitación en zonas de su cuerpo que ella casi desconocía, en zonas que casi la asustaban por la intensidad.

La barca osciló mientras la falda subía más y más. Notó el frescor entre los muslos seguido de unas poderosas manos, un pelo negro y tupido y una barba incipiente. Unos besos húmedos y delicados ascendieron por sus muslos hasta que sintió su aliento en la húmeda calidez de su propio cuerpo.

La cabeza le dio vueltas y sintió un cierto pánico, ligero pero innegable.

—Max, yo nunca…

Le rozó las bragas con los labios y su aliento se abrió paso dentro. —Oh, por favor, yo…

—Francesca, confía en mí.

Le bajó las bragas y subió las manos y la boca.

Ella creía que iba a perder la cabeza. El tenía el dedo en la entrada de su cuerpo y ella creía sinceramente que iba a perder la cabeza.

Fran contuvo la respiración y esperó a que él la librara de aquella situación desesperada Max presionaba y la acariciaba lenta y profundamente. Fran cerró completamente los ojos, tomó aire y contrajo los músculos. Sintió un placer indescriptible y durante un instante pensó que nunca sentiría algo igual.

Se equivocaba.

Cuando la lengua le alcanzó la húmeda esencia, ella se murió para renacer inmediatamente. Ningún hombre la había besado y acariciado de aquella manera y daba gracias a Dios de que hubiera sido Max. El hombre que ella amaba. La había llevado a un punto donde el dominio de sí misma no tenía importancia. A un punto donde se permitía entregarse y adueñarse del otro.

La elevaba cada vez más con la boca y las manos. Ella se retorcía y gemía su nombre mientras subía las caderas para intentar que él

alcanzara una profundidad mayor y ya imposible.

Amparados por la espesa niebla, Fran gritó cuando oleadas de descargas al rojo vivo le recorrieron las entrañas y ella se entregó en cuerpo y alma al hombre que le exigía ambas cosas.

Capítulo 8

Maxim intentaba tomar aliento mientras las palpitaciones que sentía debajo de la cintura estaban a punto de hacerle aullar. La necesitaba y la deseaba. Deseaba tomarla allí mismo. En los oídos le resonaban los leves gemidos de Fran y sabía que ella lo deseaba también, sabía que el cuerpo de ella estaba ardiendo y dispuesto, que ansiaba más que lo que le había dado.

Sin embargo, no tenía protección…

De repente, la barca dio una sacudida y acabó con cualquier duda posible. El motor se puso en marcha entre estertores. La niebla empezó a disiparse. Era demasiado pronto, no le daba tiempo para dudas o preguntas. Tenían que adecentarse antes de que la niebla se levantara por completo.

—¿Qué pasa, Max? —El tono era débil, pero estaba cargado con el mismo deseo que lo abrumaba a él.

—Las barcas están poniéndose en marcha. La niebla se ha levantado muy pronto hoy. Sabe Dios por qué —la desesperación: lo dominaba—. O quizá sea el diablo.

Una maldición delicada y femenina llenó el aire acompañada de los ruidos de la ropa que volvía a su sitio.

—¿Pasa muy a menudo? Que… la niebla… se levante antes, quiero decir.

—Unas pocas veces al año —se pasó los dedos por el pelo—. Dame la mano. —Max la ayudó a levantarse.

Lo miró con los ojos brillantes y las mejillas arreboladas.

—¿Crees que se habrá dado cuenta alguien?

—No.

El quería besarla más que cualquier otra cosa en el mundo. Quería olvidarse de dónde estaban y de cómo había hecho que se sintiera. Quería hacer cualquier cosa menos pensar.

Sin embargo, le alisó el pelo y le colocó un mechón por detrás de la oreja.

No dejaron de mirarse a los ojos mientras la barca avanzaba hacia el embarcadero.

El aire interrogador de los ojos color caoba de Fran le llegó al alma.

Ella quería saber cómo se sentía Max por lo que había pasado y qué pensaba.

Sin embargo, no iba a preguntárselo.

Ni él iba a decírselo.

Max apartó la mirada de ella. La niebla se disipó por completo, pero no se llevó consigo el calor que podía sentir del cuerpo de Fran, ni el sabor de sus besos, ni la música de sus gemidos cuando se dejó llevar.

No, todo ello se le quedaría grabado en la cabeza durante toda la vida. ¿Qué había pasado? Había estado con muchas mujeres, pero nunca se había sentido tan… aturdido.

Había sido algo diferente y la diferencia significaba problemas.

Como si se viera obligado a jugar una partida que nunca podría ganar. ¿Por qué no la habría dejado en paz en el instante que la conoció? ¿Por qué no se habría quedado en París? ¿Por qué la había invitado dos semanas más?

Notó la brisa salada en el rostro. La había perseguido, había vuelto a Llandaron y la había invitado porque nunca había deseado a nadie como a ella.

Lo había alterado en todos los sentidos, lo había vuelto loco. Sabía que si aceptaba todo lo que ella estaba dispuesta a entregarle, se encontraría con un fuego que no podría apagar.

La barca llegó al embarcadero y la amarró el mismo chico de aspecto adormilado que los había soltado media hora antes. Max saltó primero y ayudó a Fran a desembarcar. Ella le sonrió tímidamente. El ardor había dado paso a la incertidumbre en sus ojos. Max sintió ganas de dar un puñetazo a uno de los pilotes. Quería darle una respuesta sólida. Quería darle lo que los dos

ansiaban.

Sin embargo, esa necesidad atroz de estar cerca de ella de una forma que no fuese meramente física también hacía que quisiera salir corriendo en dirección contraria.

Ella lo agarró del brazo mientras caminaban hacia el tumulto de la feria.

—¿Qué te parece una partida de ajedrez ésta no che? —le preguntó Fran.

La palabra «sí» pugnaba por dominar al «no».

Sin embargo se impuso un dominio superior, el que le mantenía cuerdo, eficiente y felizmente impasible.

—Tengo que trabajar.

Ella no dijo nada durante un instante.

—De acuerdo. ¿Lo dejamos para mañana?

—Quizá. Tengo que terminar un proyecto muy engorroso.

—Sé de alguien que dijo: «Demasiado trabajo y poco diversión…».

—Ya. Quizá la clave esté en el equilibrio.

—¿Es lo que cree que está haciendo, Alteza? —El tono tenía una repentina acritud—. ¿Es un acto de equilibrio?

Era un acto, eso era innegable. Si no sintiera esa necesidad por ella, tampoco tendría necesidad de trabajar. Cambió de asunto.

—Nos hemos dejado el oso en la barca.

Fran se detuvo a la entrada de la feria y se volvió para mirarlo con un brillo desafiante en los ojos.

—Quizá sea mejor que dejemos todo en la barca.

Él, como un autentico necio, no estuvo a la altura de las circunstancias.

—Quizá.

La palabra quedó colgando entre ellos con una gelidez desoladora. Max percibió el dolor y la perplejidad que se adueñaban de los ojos de Fran. Ella se solió del brazo y se dirigió hacia el coche.

Dejar todo en la barca… Qué mentira tan monstruosa. ¿Cómo podía pensar que todo había terminado, que iba a olvidarse y pasar página?

No podía.

La tenía metida en lo más profundo de su ser.

* * *

-Eres mi niño más adorado.

Lucky bostezó y posó las patitas en el regazo de Fran. Hacía una hora que había amanecido y Llandaron empezaba a cobrar vida. Las flores se giraban hacía los rayos de sol que las sustentaban. Los caballos se agitaban en los establos ansiosos de recibir su forraje.

Lucky, como sus hermanos y hermanas, no tenía que esperar a la salida del sol. Glinda les daba lo que necesitaban cuando lo necesitaban.

A Fran, la sangre le palpitaba en las sienes y descendía lentamente a las mejillas. La noche anterior, en una barca amparada por la niebla, Max le había dado lo que ella necesitaba, lo que ella no había conocido hasta entonces. Había hecho que se sintiera femenina y deseada. Le había hecho creer que la quería.

Sin, embargo, también se disipó con la niebla, la dejó en casa y le dio las buenas noches. Lo hizo todo con un aire de fría indiferencia. Quizá el guardián de la niebla hubiera sido compasivo al llevarse la niebla antes de que algo más hubiera ocurrido.

Evidentemente, ella perdía el juicio cuando es taba con Max. Lo demostraba el hecho de que hubiera perdido toda cautela y hubiera creído ciega mente que él podía quererla. ¿Acaso en el pasado no había conocido ya a un hombre que se había desentendido de ella? ¿Por qué no había aprendido la lección y lo había evitado?

Fran acarició a Lucky. No lo había evitado por que en lo más remoto de su corazón creía que Max no era un engatusador.

Quizá fuera sencillamente que estaba enamorada y que era estúpida y confiada. Pero quizá no lo fuera. Debido a su pasado, durante los veintitantos años había puesto listón para medir idiotas demasiado alto. Los chicos malos no lo pasaban y los buenos tampoco. ¿Iba a darse por vencida? ¿Iba a darse la vuelta con el rabo entre las piernas sin saber lo que había pasado la noche anterior?

—¡Hola! ¿Hay alguien?

Fran levantó la cabeza como impulsada por un resorte. La luz del sol le cegó un instante. Parpadeó varias veces para intentar adivinar a quién correspondía la silueta que la había saludado tan

alegre y femeninamente.

Se puso una mano de visera.

—Perdone, pero no puedo verla.

La figura se acercó bañada por el resplandor del sol. A unos metros de ella pudo ver a una mujer esbelta, de unos sesenta y tantos años y cubierta por un vestido blanco y plateado Era como una aparición de Audrey Hepburn, con lo que parecían unas zapatillas de *ballet* blancas y una diadema de zafiros y diamantes sobre una melena corta y gris. No había duda de que era alguien de la familia real, pero, entonces, ¿por qué no la había visto antes?

—Buenos días —la mujer sonrió con una sonrisa casi infantil que hizo que Fran también sonriera.

—Buenos días.

—Usted será la doctora Charming, ¿verdad? El acento delicado y el tono majestuoso indicaban una educación muy refinada. Sin embargo, no tenía la actitud de superioridad de muchos ejecutivos de Los Ángeles.

—Por favor, llámeme Fran —fue a levantarse, pero la mujer hizo un gesto para que se quedara donde estaba y con una elegancia completamente natural se acercó al cajón de Glinda.

—Glinda se ha portado estupendamente, ¿verdad?

Fran asintió con la cabeza.

—Muy bien. Son una preciosidad.

Como lo era ella, se dijo Fran. Cuanto más cerca estaba, más hermosa parecía. Tenía unos rasgos delicados y aristocráticos y un levísimo rubor en los pómulos.

—El rey me ha prometido lo mejor de la camada —el interés brilló en los impresionantes ojos violetas cuando se fijó en la bola de pelo somnolienta que había en el regazo de Fran—. ¿Quién es ése?

—Yo lo llamo Lucky.

Aquellos ojos increíbles se volvieron hacia ella.

—¿El que salvaste?

—Sí.

—Fuiste muy valiente, Fran.

Fran sacudió la cabeza.

—En absoluto. Mi trabajo consiste en…

—¿Salvar a otros?

—A veces.

—Hay alguno más que también necesita que lo salves, Fran.

Fran miró asustada al cajón.

La mujer dejó escapar una risa muy leve.

—No, ahí no.

—Perdón. —Fran se sentía perpleja e intrigada—. No entiendo lo que quiere decir.

—Ya lo entenderás, querida.

Sonrió fugazmente, se dio la vuelta y se dirigió hacia el rayo de sol. El traje plateado y la diadema de diamantes reflejaron la luz y mandaron un destello de luz hasta Fran.

—Disculpe… —Fran hizo una pausa porque no sabía su nombre —. Alteza… Espere, por favor…

No hubo respuesta.

Al cabo de un momento, el sol ya se había ele vado y la mujer había desaparecido.

* * *

Trabajo.

Maxim miró las cifras e intentó concentrarse, pero los números se difuminaban, como llevaban haciendo seis horas, pasaban a formar líneas y se convertían en serpientes.

Impotente, apartó los papeles de la mesa. Había estado distraído más de un millón de veces en su vida y, aun así, había sacado adelante el trabajo. Al menos, hasta que la doctora Charming había aparecido en Llandaron. Era como una espina que tenía clavada en el costado y no sabía si maldecirla o lanzarse a la noche, ir a su habitación y besarla. Miró la mesa de ajedrez. La mesa que estuvo mirando la noche anterior desde que llegó a su casa hasta cerca de las tres de la mañana. Era un idiota. Las mujeres no se convertían en una obsesión; eran una diversión. Todos pasaban un buen rato, por decirlo de alguna forma. Los dos se divertían y se separaban contentos y felices y, lo que era más importante, solos.

Al aroma de la carne asada que no había cenado se mezclaba con el olor a leña y con algo más… ¿algo o alguien?

Unas pisadas delicadas, una fragancia floral y cristalina.

Max soltó una maldición.

—¿Vas a decirme qué pasa, Max?

El resopló, pero no levantó la mirada.

—¿Cómo has entrado? —Intentó que el tono fuera frío, pero hasta un sordo captaría el ardor y la emoción.

—Los guardias me conocen. —Fran se acercó y se puso junto a él.

Max seguía con los ojos clavados en la mesa. Si la miraba y veía deseo en los ojos de ella, podría morir ahogado… o vivir con ella en la cama.

—Además, la puerta no estaba cerrada con llave —continuó Fran—. Quizá no lo estuviera por algún motivo…

—Estoy esperando un paquete —afirmó él pasando por alto el hilo de voz esperanzado y casi temeroso de Fran.

Ella puso la mano sobre la de él.

—Pues aquí estoy.

Max esbozó una leve sonrisa. Era una mujer seductora y con agallas. Lo volvía loco. Sacudió la cabeza, pero no apartó la mano.

—Creía que no íbamos a vernos esta noche.

—Porque tenías trabajo.

—Efectivamente.

—No me doy por vencida.

—¿Cómo dices?

La miró sin pensárselo dos veces. Notó que se le erizaban los pelos y que el resto de su cuerpo amenazaba con hacer lo mismo. No era que llevase puesto un camisón transparente o una gabardina sin nada debajo.

No hacía falta. Vestida con un jersey azul y unos vaqueros y la melena recogida en un moño suelto estaba sencillamente arrebatadora.

Los ojos caoba con reflejos dorados lo miraron fijamente.

—Mira, Max, si has cambiado de opinión sobre nosotros, no voy a quedarme…

—Nada ha cambiado.

—Entonces, ¿qué pasa?

El dominio de sí mismo se desmoronaba como un castillo de arena ante el oleaje, eso era lo que pasaba y si no salía de allí, iba a desnudarla y a paladear cada centímetro de su cuerpo.

Fran tomó el silencio como un rechazo, apartó la mano y fue hasta la chimenea.

—¿Te acuerdas del día que nos conocimos? —le preguntó Fran dándole la espalda—. ¿Te acuerdas que hablamos de nuestras elecciones?

—Lo recuerdo.

—Pues ahora, Max, tienes que hacer una elección. Tienes que ser sincero.

La habitación vibraba por la tensión. Maxim se levantó y empujó la butaca.

—¿Quieres sinceridad? De acuerdo.

Cruzó la habitación en cuatro pasos, la agarró de los hombros y la giró para tenerla de frente.

—Te necesito tanto que me duele el alma. Nunca he necesitado nada, Francesca. ¿Lo entiendes? Nunca —la besó profundamente en la boca—. Pero a ti te necesito.

Fran sintió como si el corazón fuera a romperle las costillas. ¿Habría oído bien? Max la necesitaba, la deseaba. El encuentro en la barca no había sido una diversión pasajera y su reacción posterior no había sido rechazo.

El temía necesitarla como ella temía tener esperanzas.

Fran lo miró a los ojos, que resplandecían con ternura y pasión, y supo que podía entregarse a aquel hombre y marcharse cuando llegara el momento. Había madurado desde que estuvo con el engatusador. Era una verdadera mujer preparada para aceptar estar dos semanas con el hombre que amaba.

Había renunciado al dominio de sí misma y tenía que renunciar a los sueños a cambio de una realidad maravillosa.

Fran, con la pasión, la decisión y amor que sen tía, tomó la nuca de Max y atrajo su cabeza hasta que las bocas se encontraron. Le dio unos besos breves e intensos y le pasó la lengua hasta que se paró los labios. Hasta que él gimió en su boca. Cuando lo hizo, notó una erupción de fuego líquido entre los muslos.

El le correspondió con cierta desesperación y ella lo aceptó.

—Toma lo que necesites, Max —le susurró.

Max se apartó aunque las bocas casi se rozaban.

—Mi futuro no me pertenece sólo a mí, Francesa. Dentro de una semana y media, durante el baile de máscaras, tengo que decir a mi

país…

—No.

—Sí, maldita sea. Tienes que entenderlo.

—Lo entiendo —lo miró ardientemente a los ojos—. No soy tonta, Max. Dentro de una semana y media yo me despediré. De Llandaron y de todo lo que hay aquí.

—No lo entiendes…

—Sí lo entiendo —lo dijo con contundencia. Detrás de ella, el fuego la quemaba y notaba gotas de sud6r en la espalda—. Nos quedan diez días. ¿Quieres que los pasemos separados, trabajando y deseándonos el uno al otro? —Se pegó a él y notó la prueba de su deseo en el vientre—. ¿O prefieres que los pasemos juntos en tu cama?

Los ojos de Max pasaron del negro al azul eléctrico. Oyó el gemido que dejó escapar y el sonido que anunciaba su rendición.

—Maldita sea. Maldita seas.

Tardó escasos segundos en besarla, en rodearla con los brazos y en estrecharla contra sí. Fran sintió un estremecimiento por toda la espalda y un hormigueo en los pechos. Se palparon frenéticamente mientras Max se apoderaba de su lengua, la succionaba y jugaba con ella. El corazón le palpitaba contra el pecho de Fran y le endurecía los pezones.

Su cuerpo pertenecía a Max, como su corazón y su alma, si él los quería. Sintió vértigo y se agarró con fuerza a Max sin dejar de besarlo vorazmente. Inclinó la cabeza ansiosa por un beso más pro fundo y por lo que descubrió unos días antes.

Anhelaba verlo y acariciar su piel ardiente. Agarró la hebilla del cinturón con dedos temblorosos; bajó la cremallera y los vaqueros cayeron al suelo. Max, para no ser menos, le quitó el jersey y los pan talones en un abrir y cerrar de ojos. No se oía otra cosa que sus respiraciones entrecortadas y roncas.

—Francesca, no va a ser algo lento y delicado.

La tomó del trasero y la atrajo contra sí.

Ella jadeó completamente vulnerable y entregada. Desesperada por la cantidad de botones, le rasgó la camisa.

—No quiero que sea lento.

—¿Qué quieres?

—A ti dentro de mí.

Max, con la mirada clavada en los ojos de ella, bajó la mano por el vientre de Fran hasta que los dedos encontraron el valle que se ocultaba entre los rizos.

—¿Aquí? —preguntó introduciendo un dedo.

—Sí —balbució Fran.

Introdujo otro dedo.

—¿Más?

—Sí.

Fran notó que el cuerpo iba a estallarle y que la mente se le disolvía mientras él introducía otro dedo más.

—Francesca…

—A ti, te quiero a ti. Max, por favor.

La tomó en brazos y la llevó al dormitorio. La dejó suavemente en la cama. Las sábanas frías acogieron su piel ardiente. El colchón se hundió bajo su peso. Max abrió el cajón de la mesilla de noche, sacó un envoltorio y lo rasgó precipitada mente.

—Déjame a mí. —Fran sonrió y agarró el preservativo.

Desvió la mirada y lo encontró duro y palpitante. Nunca había mirado a un hombre de tan cerca ni había querido hacerlo.

Sintió cada centímetro de su virilidad que se endurecía todavía más en su mano.

El se dejó llevar por un sentimiento animal, la tumbó de espaldas, le separó las piernas con las rodillas y entró en ella.

Los labios de Fran dejaron escapar un gemido y clavó las uñas en la espalda de Max. Las embestidas eran profundas y rápidas y ella siguió el ritmo de cada una. Levantó las caderas y lo rodeó con las piernas mientras oía el choque de los cuerpos mecerse al compás de la humedad de sus deseos.

Fran luchaba sin aliento para contenerse, pero él la llevó hasta el límite. Contrajo los músculos, la mente voló al paraíso y gritó al aire fragante de amor y sexualidad.

Max se estremecía enfebrecido con la cabeza caída hacia atrás y con los dedos clavados en sus caderas mientras también se liberaba.

Al cabo de un momento, se tumbó junto a ella, la tomó entre los brazos y la apretó con fuerza. Tenía el pecho ligeramente sudoroso y el corazón le retumbaba contra la mejilla. Fran sonrió leve mente. Había hecho el amor con el hombre de sus sueños. Había hecho realidad una fantasía, el cuento de hadas de una mujer adulta.

Fran cerró los ojos e intentó no pensar, no acordarse de la realidad. Quería alargar ese momento. Quería decirle lo mucho que él significaba para ella, pero a medida que recuperaba el aliento, fue comprendiendo que tenía que ser valiente.

—Quizá deba volver a mi habitación.

Max la estrechó todavía más contra sí.

—No vas a ninguna parte —le susurró al oído.

Además de valiente, tendría que ser fuerte.

—Alguien me verá si me escabullo tarde o pronto por la mañana.

Se deshizo del abrazo y se sentó.

—¿No habías dicho que pasaríamos el tiempo en mi cama?

Fran notó el reproche en el tono de voz. Se levantó envuelta en la sábana. Ella podría pasar toda su vida en su cama, pero era una insensatez pensarlo. Tenía que acostumbrarse a abandonarlo si quería sobrevivir a su pérdida.

—Lo de pasar el tiempo en tu cama era… para hacer el amor —le recordó.

—Amarlo y abandonarlo, ¿eh?

La alcanzó a la velocidad del rayo, le arrebató la sábana y tiró de ella con suavidad.

—Vuelve a la cama, Francesca.

Tenía los ojos vidriosos y muy seductores. Estaba tumbado, completamente desnudo y excitado otra vez; era todo músculos en tensión y sonrisas diabólicas. Fran notó el calor entre las piernas.

Resistirse era como resistirse al agua en el desierto: imposible.

—Vuelve a la cama —repitió Max mientras tiraba de ella.

—¿Para dormir? —preguntó Fran sin fuerzas.

—Sí —los ojos le resplandecían mientras la tomaba con sus poderosas manos y la colocaba sobre su erección—, pero dentro de un rato, de un rato muy largo.

Capítulo 9

Fran no podía dejar de sonreír mientras subía las escaleras del palacio. Creía en animales que cantaban canciones, en reinas perversas que mandaban manzanas envenenadas y en príncipes apuestos que durante el día luchaban contra dragones y por la noche hacían el amor con las princesas.

Una suave brisa le agitaba el pelo sobre los hombros y el cálido sol de la mañana le acariciaba la piel. Aunque también era posible que la calidez fuera por la noche que había pasado con Max.

La sonrisa se le hizo más amplia.

Nunca, durante su vida adulta, había podido imaginarse tan deseada, tan necesitada, tan plena de amor.

Hasta ese momento, «estar en una nube» era una de esas expresiones románticas sin sentido y «radiante de felicidad» una fantasía inalcanzable.

Saludó con la cabeza al mayordomo y entró en el vestíbulo. Había sido una buena idea escabullirse de la cama de Max y volver a su habitación antes de que el personal se hubiera levantado. No quería habladurías.

Sin embargo, como le pasaba a cualquier dama enamorada, habría querido quedarse desnuda junto a su príncipe. Además, ¿quién iba a verla a esas horas de la mañana excepto el mayordomo y una doncella o dos?

—Buenos días, doctora.

Fran contuvo el aliento con un nudo en la garganta. Se dio la vuelta lentamente y se encontró con el rey vestido con una

vestimenta entre informal y de alta costura.

—Buenos días, Alteza.

—Un día maravilloso.

—Sí —¿por qué tenía que parecer un ratoncillo asustado?

—Se ha levantado pronto.

Fran se llevó la mano al pelo. Tendría un aspecto espantoso.

—Sí, estaba…

—¿Viendo a Glinda y los cachorros?

—Sí.

La mentira le brotó demasiado fácilmente. No sabía por qué fingía. Estaba casi segura de que el rey sabía exactamente dónde había estado.

Frunció ligeramente el ceño. Sabía de dónde llegaba y aun así había sido extremadamente discreto. Era un caballero y no había querido incomodarla.

El rey se pasó la mano por la barba.

—Charlie me ha dicho que le ha tomado mucho cariño a uno de los cachorros.

—Los adoro a todos, Alteza, pero tengo que reconocer que siento cierta debilidad por el sexto.

—Quizá quiera llevárselo cuando vuelva a Estados Unidos.

Fran se quedó boquiabierta. ¿Lo decía en serio?

—¿De verdad?

El rey asintió con la cabeza y una sonrisa resplandeciente.

—Todavía es muy pequeño, pero…

El rey sacudió una mano.

—Se lo haré llegar cuando tenga el tiempo suficiente.

Fran miraba al rey sin poder articular palabra. Era muy generoso y un verdadero caballero.

—Considérelo como un regalo por sus esfuerzos y dedicación.

—Alteza, estoy haciendo mi trabajo. Sincera mente, no tiene por qué regalarme nada.

—Quiero hacerlo, Francesca.

Fran sintió cierto recelo. ¿Alguna vez la había llamado por su nombre? Creía que no.

Había algo que no encajaba, pero no sabía qué era.

—Llandaron es un sitio maravilloso —esa vez la sonrisa no correspondía a la seriedad de los ojos—, pero su encanto puede ser

engañoso.

La oleada de recelo le llegó hasta la raíz del pelo. En lo más profundo de su ser, donde tenía la intuición femenina, supo que la oferta de llevarse a Lucky no era un gesto de generosidad por un trabajo bien hecho.

El verdadero motivo llegó enseguida.

—Aquí no vivimos en un cuento de hadas —tomó aire pesadamente—. No. Nada de cuentos de hadas para la familia real. No podemos disfrutar del lujo del ensueño. Nuestra vida y nuestro compromiso con nuestro pueblo son muy importantes. Tenemos que ofrecerle estabilidad y una jefatura firme. Nuestras responsabilidades hacia él son muy muy verdaderas.

Fran, como Alicia en el país de las maravillas, parecía encogerse ante la mirada de aquel hombre. No porque le hubiera hecho la advertencia con un fondo malicioso. En realidad, había sido al contrario. La expresión de sus ojos era de tristeza y preocupación y Fran había sentido compasión por él.

No le gustaba lo que había dicho, aunque sabía que tenía que decirlo.

La euforia que Fran había sentido en su corazón había dado paso a la melancolía. ¿Cómo podía mirarlo a los ojos y decirle que lo entendía? ¿Cómo podía decirle que cuando terminara la semana, ella se marcharía sin hacerse ilusiones sobre su hijo?

Seguramente no podía porque ella misma no lo creía. Si era sincera, tenía que reconocer que sí se hacía ilusiones. No podía evitarlo. Sobre todo aquella mañana. Era una mujer ilusa que esperaba que Max se enamorara de ella.

El rey frunció el ceño de preocupación. Quizá sólo esperara que ella asintiera con la cabeza. Sin embargo, Fran no podía hacer eso siquiera. Sólo quería huir. Le parecía que su dormitorio estaba a miles de kilómetros.

—Oliver… ¿Dónde te habías metido?

Fran dejó escapar el aliento que no sabía que había contenido y miró por encima del hombro. Una mujer vestida con un traje amarillo pálido estaba en la puerta de la sala. Era la mujer que había pasado por las cuadras el día anterior.

—Voy enseguida, Fara —el rey sonrió delicadamente a Fran—. Si me disculpa, doctora, mi hermana se empeña en desayunar a esta

hora. Ha pasado dos meses en la India y acaba de volver. Todavía tiene los horarios un poco cambiados.

Fran inclinó la cabeza.

—Naturalmente.

Vio al rey alejarse y se preguntó por qué no salía de estampida escaleras arriba. Quizá fuera porque esperaba algún signo de reconocimiento por parte de la hermosa princesa. Como si lo hubiera captado, la mujer llamada Fara sonrió a Fran, le guiñó un ojo y desapareció en la sala detrás de su hermano.

Misterio resuelto, se dijo Fran mientras subía las escaleras pesarosamente. Era la tía de Max.

Otro miembro de la familia real que se preocupaba por su país y su pueblo por encima de cualquier otra cosa. Tanto compromiso era de admirar. Entonces, ¿cuál era el problema? Toda su vida había sido una niña buena y una mujer responsable.

Por amor de Dios, estaba a punto de abrir un quirófano con la última tecnología y eso era un sueño hecho realidad. Tenía que entender lo que era el deber y el honor. Tenía que saber aceptar el des tino y las elecciones de los demás.

Aunque le elección de no volver a ver al hombre que amaba le encogía el corazón. Fran entró en su habitación con el rostro avergonzado y se dejó caer en la cama primorosamente hecha. Daba vueltas a las palabras del rey y le resultaban como una cascada de agua fría. Llandaron era un país que necesitaba estabilidad y una jefatura firme. Max no era su símbolo de cuento de hadas, aunque lo pareciera. No, era un hombre para su pueblo. O como él había dicho la noche anterior, su futuro no le pertenecía.

Fran se estiró. No olvidaría eso durante los nueve días que le quedaban. Aunque no fuera para entender completamente la situación, por lo me nos serviría para poder salir del país con un poco de dignidad y el corazón intacto.

* * *

Max levantó la mirada.

—Se ha comido todas las patatas fritas, doctora.

Ella arqueó una ceja.

—Es porque has tardado media hora en hacer un movimiento.

Max se rió y la miró. El resplandor de la luna le iluminaba media cara y el fuego de la chimenea la otra mitad. Estaba bellísima. Cada vez que ella le sonreía, lo hacía de una forma distinta. Esa forma que tenía de arrugar la nariz cuando estaba con centrada… Le gustaba tanto allí sentada como en la cama.

Sintió una punzada en la parte inferior de su cuerpo. ¿Por qué —la anhelaba constantemente?

Antes de que ella llegara, era rara la vez que salía con una mujer durante más de una semana. Había perdido el interés. Una mujer tenía un cuerpo maravilloso y otra una cabeza increíble, pero nunca coincidían en la misma persona.

Francesca lo tenía todo. Cerebro, belleza, pasión, empuje, compasión y comprensión. Llevaban casi una semana juntos, habían ido al pueblo, a la playa y a la cama y Maxim se sentía como si empezara a conocerla en aquel momento.

—Te lo aviso. —Fran se apoyó la barbilla en la mano y sonrió ampliamente—. Si tardas más de cinco minutos en hacer un movimiento, me comeré las galletas de queso y me tomaré tu batido de chocolate.

—Las amenazas no van a servirte de nada.

—¿De nada? —Arqueó una ceja sugerentemente. Max dejó escapar un gruñido burlón.

—Canalla.

Ella soltó una carcajada.

—Quien mal anda, Alteza…

—¿Mal acaba?

—¿Sabes el refrán? —Le agarró una mano—. Vaya sorpresa.

Max bajó la mirada a la boca de Fran y a sus pechos.

—No me obligues a tirar las piezas y a tomarte en la mesa de ajedrez.

El fuego crepitó. Fran alargó la mano a través de la mesa y le levantó la barbilla con un dedo.

—Adelante. Nada de amenazas en vano para que me distraiga y así robarme la partida.

—¿Robarte?

—No creas que no me doy cuenta de tus intenciones. Estoy ganando.

—Estás chiflada. Mira mi posición —le agarró el dedo, lo separó de la barbilla y lo besó.

Fran fingió sentirse ofendida y retiró la mano.

—Créame, Alteza, he visto su posición y por eso estoy tan segura.

El sonrió.

—Quizá quieras apostar.

—Muy bien.

—Alguna propuesta…

—Ropa.

Max arqueó una ceja.

—¿Ropa?

Ella asintió con la cabeza. Los ojos le resplandecían como el fuego que consumía los leños de la chimenea.

—Cada vez que alguien coma una pieza, el contrario tiene que quitarse una prenda de vestir. Su pongo que cuanto antes llegues a jaque mate, menos prendas te habrás quitado.

Lo dijo con plena confianza, aunque dos sombras rosadas en las mejillas decían lo contrario.

—¿Preparado, Alteza?

—Nunca había estado más preparado, doctora.

Avanzó dos casillas con el alfil y se comió un peón.

Las sombras rosadas se intensificaron de color, pero se quitó un pendiente sin alterarse. Luego tomó aire, sacó la reina y se comió el alfil.

Max sonrió lentamente y se quitó la camisa con un solo movimiento. Cuando la miró, ella tenía la vista clavada en su pechó y se pasaba la lengua por los labios. Max soltó un gruñido. Si llegaban a acabar esa partida, sería de milagro.

Maxim volvió a mirar el tablero con la mente dispersa. Movió el peón y se comió uno de ella. Fran se quitó el otro pendiente con dedos temblorosos.

Max gruñó otra vez.

—Así que con esas andamos, ¿eh?

—¿A qué te refieres? —preguntó Fran con aire inocente.

—La bisutería no cuenta como ropa.

—¿No?

—No.

—De acuerdo, don normas estrictas —metió las manos debajo de la mesa y las sacó con dos zapatos de lona.

—No hemos mejorado mucho, pero por lo me nos no haces trampas.

Fran tiró los zapatos a la alfombra y miró el tablero. Dos minutos después movió y dejó la reina en posición para comerse la torre.

Max se rió y se comió la reina.

—La veo un poco distraída, doctora…

Fran paseó la mirada por el tablero sin poder comprender por qué no se había dado cuenta de ese movimiento.

—Francesca, estarás desnuda y derrotada antes de que den las diez campanadas.

Levantó la mirada con los ojos como ascuas.

—Ni lo sueñe, Alteza.

Diez minutos más tarde, a las diez menos cuarto, Max había perdido los zapatos, los calcetines y el cinturón, sólo le quedaban los vaqueros. Recorrió con la mirada a su oponente que llevaba puesta la camisa, el sujetador y las bragas. Naturalmente, también llevaba la fragancia que era su rúbrica.

Decidido a verla derrotada o simplemente a verla, Max sacó la reina y comió la torre de Fran.

Con una mueca, se desabrochó el sujetador y se lo sacó por una manga.

—Muy lista, doctora.

Ella se hizo con la torre de Max y replicó.

—Gracias, Alteza.

—Me parece que los dos estamos algo distraídos. Maxim se levantó, se bajó la cremallera y se quitó los pantalones.

Cuando levantó la mirada vio a Fran que no le quitaba los ojos de encima.

Arqueó una ceja.

—¿Hay algo que te guste?

—Muchas cosas —hizo una mueca burlona con la boca—, pero no estaré contenta del todo hasta que estés completamente desnudo.

—Te digo lo mismo.

Se sentó con una risa. Calculó todos los movimientos con calma hasta que lo vio claro. Si quería podía darle jaque mate. Sin

embargo, quería ganar la partida lentamente. Prefería ver cómo se quitaba la camisa y la cinta de encaje que le rodeaba la cintura.

Se comió uno de los peones que le quedaban a Fran y se dejó caer en el respaldo.

Fran frunció el ceño y lo miró fijamente.

—Has perdido un movimiento fantástico.

—Debo de estar pensando en otra cosa —se puso las manos en la nuca—. Será en la belleza que estoy a punto de presenciar.

—¿Seguro?

Fran se levantó con una sonrisa de suficiencia, se levantó y se quitó las bragas. La camisa era tan larga que le tapaba las partes más íntimas.

Antes de que él pudiera decir nada, Fran movió la torre a dos casillas del rey.

—Jaque.

Maxim contuvo una risa. Estaba crispada. No pensaba. Su alfil estaba en el rincón esperando la oportunidad que acababa de ofrecerle.

Fran contuvo el aliento mientras Max movía lentamente el alfil a través del tablero.

—¡No puede ser!

—Sí, doctora, quiero ver esos maravillosos pechos suyos y voy a hacerlo.

Fran miró fugazmente al alfil, levantó la frente y se puso de pie. Con dedos temblorosos, se desabrochó los botones de la camisa uno a uno. Él podía notar los pezones duros como piedras a través de la tela.

Sin mover un músculo fue viendo una franja de piel que se asomaba entre los bordes de la camisa. Fran se detuvo y lo miró amarrándose la camisa.

Clavó los ojos en su regazo y en el bulto que parecía que iba a reventar.

—¿Hay algo que te guste?

—Eres una provocadora.

El oyó el tono ronco de su voz y esperó que ella no hubiera notado el estremecimiento de ansia que lo acompañaba.

Se abrió la camisa lentamente. Los pechos maravillosos se mostraron altivos y orgullosos con los pezones erectos y rosados.

Maxim se agarró a los brazos de la butaca mientras ella se quitaba la tela de los hombros y la dejaba caer.

Sin pensárselo dos veces, se levantó y se puso delante de ella.

—Cierra los ojos, Francesca.

Sus ojos caoba con reflejos dorados reflejaron cierta aprensión, pero hizo lo que le pedía. Max se inclinó y le besó los párpados, las mejillas y la boca. Ella separó los labios, pero todavía no era el momento.

—Escucha atentamente, Francesca.

—De acuerdo.

Max bajó la mano hasta el tablero de ajedrez y tumbó el rey con la punta del dedo.

—¿Has oído eso?

Ella asintió con la cabeza.

—Me rindo.

Fran abrió los ojos de golpe, miró el tablero y también tumbó el rey.

—Los dos hemos perdido.

Volvió a mirarlo, le puso las manos en la cintura y le bajó los calzoncillos.

—Y los dos hemos ganado.

Las pieles se encontraron, la dureza se encontró con la delicadeza y Maxim perdió la cabeza.

Al cabo de unos segundos, la había tumbado sobre la alfombra y al mirarla a los ojos comprendió que nunca había visto la libertad en su país ni en su corazón.

Un puño invisible le golpeó en el estómago. Dejó a un lado todos los pensamientos y se dispuso a disfrutar. Ella se arqueaba debajo de él y le decía exactamente lo que quería. Tenía la piel resplandeciente por el deseo. Los pechos le subían y bajaban al ritmo de la respiración entrecortada. Le rodeó el cuello con la mano y le bajó la cara hasta tenerla a su altura.

Las bocas se buscaron en un beso voluptuoso e interminable. Maxim quería olvidarlo todo menos a ella y ella separó las piernas para cumplir ese deseo de Max. El le lamió los pechos e introdujo los pezones entre los labios y entre los dientes.

Fran dejó escapar un grito que transformó la virilidad de Max en una piedra. Nadie había reaccionado como ella, con tanta franqueza

y con un cuerpo tan anhelante.

—Hazme el amor, Max. Ahora, por favor.

La súplica hizo que a Max le hirviera la sangre. Acopló las caderas con las de ella y notó la húmeda calidez.

Le tomó la cara entre las manos y le acarició los labios rojos por el beso con el pulgar.

—Voy por…

—No.

Fran alargó la mano, buscó en el bolsillo trasero de sus vaqueros y sacó un preservativo. Le sonrió sin aliento.

—Yo me ocuparé.

—¿De dónde lo has sacado?

¿Sentía celos? Celos que le abrasaban las venas como cera líquida al preguntarse por qué tenía preservativos.

—De mi neceser. Una amiga me ayudó a hacer el equipaje y debió de meterlos ahí como una broma —sonrió y cimbreó las caderas—, pero me alegro de que lo hiciera.

Max respiró aliviado.

—¿Por qué se alegra, doctora? ¿Espera tener suerte?

Ella le rodeó la cintura con los brazos y le agarró del trasero.

—¿Necesito esperanza, Max?

El le arrebató el paquete, rasgó el envoltorio y se puso el preservativo rápidamente.

—No, Francesca. Todo lo que tienes que hacer es rodearme la cintura con las piernas y aguantar.

Ella sonrió como una tigresa y le rodeó la cintura con las piernas. Max se elevó un poco y entró en lo más profundo de Fran.

No perdió el tiempo. Con las manos rebosantes de sus pechos, se abrió camino en la ardiente humedad de su cuerpo con embestidas potentes y profundas. Una y otra vez.

Ella quería más, necesitaba más y él lo notaba, notaba cómo se aferraba a él. Bajó la mano hasta acariciarle los rizos y con un empujón le alcanzó lo más profundo de su ser.

Ascendieron más y más entre embestidas cada vez más rápidas y jadeos. Hasta que Francesca gritó el nombre de Max y se quedó rígida. Apoyó los puños abrasadores y completamente cerrados en la espalda de Maxim, quien se separó y atacó una última vez para liberarse.

Se dejó caer junto a ella y la abrazó. Escuchó mientras Fran recuperaba el aliento y se quedaba dormida en sus brazos junto al fuego de la chime nea que se extinguía.

Lo que había empezado como una aventura más y una forma de librarse de un futuro esclavo se había convertido en algo más; algo que no había conocido en su vida ni había querido conocer: cariño sincero.

¿Bastarían cinco días?

La abrazó con más fuerza. Tendrían que bastar.

* * *

El tiempo pasaba como los pájaros que volaban sobre sus cabezas. Fran, con los pies en el agua y la espalda en el embarcadero, miraba a las gaviotas que surcaban el cielo azul. Era un día perfecto para sentarse junto al mar, pescar y robar algunos besos del hombre que amaba.

Se volvió hacia Max quien iba a lanzar el sedal por décima vez en cinco minutos.

—¿Han sido ocho horas u ocho días?

—No cuento el tiempo y tú tampoco deberías hacerlo.

Lanzó y el peso pasó rozando el brazo de Fran.

—Cuidado con el anzuelo, Alteza.

—Lo siento muchísimo —le premió con una son risa—, mi señora.

Tenía un aspecto maravilloso con los vaqueros remangados y una camiseta. Tenía un aire infantil. Sin preocupaciones ni aires principescos. Fran casi podía olvidarse de quiénes eran y dónde estaban.

Casi.

Fran recogió su sedal para ver si la lombriz se guía en el anzuelo. Ahí estaba.

—Una vez mi padre me llevó a pescar y monté un buen lío con todo el asunto de lanzar el sedal.

Max fingió sorprenderse.

—¿Tú? No me lo creo.

—Ya sé que cuesta creerlo.

Max soltó una risa irónica.
—¿Que hiciste? ¿De qué lío estamos hablando?
—Clavé el anzuelo en la oreja de mi padre.
—No es verdad.
—Desgraciadamente, sí lo es —se tocó el lóbulo de la oreja derecha—. No sabía que una oreja podía sangrar de aquella manera.
—Tengo curiosidad. No hablas mucho de tu familia.
Era verdad, no lo hacía y prefería no hacerlo, pero ya que había empezado…
—Ya no me queda familia —clavó la mirada en el mar—. Mi madre murió cuando yo era un bebé y luego, cuando mi padre murió, yo me quedé con mi madrastra y dos hermanastros. Nunca nos llevamos bien.
—¿Por qué crees que pasó eso?

Fran suspiró.

—Para que te hagas una idea… ellos usan pieles y yo salvo animales —se encogió de hombros—. No es que sean unas personas espantosas, pero son distintas, no son una familia. Tienes mucha suerte de tener una familia que te quiere, Max.
El no estaba de acuerdo, pero le concedió algo más personal.
—Mi madre también murió cuando yo era joven. De neumonía.
—Lo siento.
—Yo también —no siguió, quizá no pudiera—. Tenía una visión muy distinta de la vida y de Llandaron. Ella, como tú, creía en las elecciones de cada uno.
—Por lo que dices parecía maravillosa. Max se volvió para mirarla.
—Francesca, ¿esperabas que Dennis fuera una familia?
Ella asintió con la cabeza.
—Lo siento si yo fui el motivo…
—No lo fuiste. Dennis es un amigo, no un marido —un bote de pesca se balanceaba en el mar—. Yo precipité las cosas. La próxima vez me lo tomaré con más calma.
—¿La próxima vez?
La pregunta sonó desenfadada, pero ella habría jurado que tenía cierto tono de irritación.

—La próxima vez —notó que las mejillas le ardían mientras seguía montada en aquel tren sin control—. Ya sabes…, cuando tenga un novio. Me tomaré mi tiempo antes de decidir si es… apto como marido.

Se le revolvió el estómago. No quería a nadie que no fuera Max como novio.

—No me gusta esta conversación —farfulló Max.

—A mí tampoco.

Durante un par de minutos no se oyó otra cosa que el batir de las olas y los graznidos de las gavio tas. Hasta que Max sujetó la caña entre dos tablones y la tomó de la mano.

—Vamos a darnos un baño.

—No tengo traje de baño.

Max arqueó una ceja.

—Además. —Fran bajó la mirada con las mejillas al rojo vivo—, el agua está muy fría.

—Yo te daré calor.

Fran sintió una punzada de excitación sólo de pensarlo.

—De acuerdo.

Max la ayudó a levantarse y le dio un beso. Luego la llevó fuera del embarcadero, hasta una playa oculta. Se quitaban una prenda con cada paso que daban hacia la orilla.

Una vez en el agua, Max la tomó en brazos y la abrazó. Fran cerró los ojos, le rodeó la cintura con las piernas e intentó olvidarse de que dentro de tres días estaría en un avión camino de California.

Capítulo 10

Fran agradecía el frescor de la hierba bajo su cuerpo. Iba a ser un día muy caluroso. La prima vera iba dando paso al verano y un día podía llegar a los treinta y tantos grados aunque los demás rondaran los veinte, pero a Fran no le importaba. El mar, puntual como un reloj, mandaba una brisa cada cierto tiempo, como si obedeciera un decreto real.

Junto a ella, debajo de un enorme abedul, los cachorros jugaban en un corral que les había hecho Charlie. Crecían muy deprisa, tenían buen apetito y eran muy juguetones.

Sobre todo Lucky. Era como un pequeño payaso. Fran le sonrió y se preguntó si el rey cumpliría la promesa de mandárselo cuando tuviera la edad suficiente.

Ella esperaba que lo hiciera. La idea de marcharse de allí sólo con recuerdos le rompía el corazón.

Fran se sintió envuelta en una de esas ráfagas de brisa y se volvió para mirar a Ranen Turk y a la en cantadora princesa Fara. Ranen se había acercado a las cuadras con la excusa de que quería ver a los cachorros y cerciorarse de que había entendido todas las instrucciones que la había dado Fran, pero se fue donde estaba la princesa en cuanto la vio jugando al *croquet*.

No hacía falta ser muy perspicaz para darse cuenta de que Ranen sentía algo muy especial por aquella mujer. Estaba sonriendo. Fran también sonreía al observar a la pareja. Mientras ella llevaba un caro vestido lila, él llevaba unos pantalones manchados de hierba y una camisa barata de algodón.

Bueno, se dice que los opuestos se atraen, pensó Fran. Como el príncipe y ella.

Max…

Su nombre le resonaba por todo el cuerpo. Lo echaba de menos. Esa mañana había viajado a Londres por un asunto urgente y no volvería hasta la noche. La ira y la impotencia le corroían. No le quedaba mucho tiempo. Al día siguiente sería el baile de máscaras. Al otro, ella se marcharía.

Le dominaba la tristeza, pero la dejó a un lado. ¿Acaso no tendría que acostumbrarse a echarlo de menos?

—Su Alteza ha vuelto a ganarme.

Fran levantó la mirada y vio a Ranen y Fara que se acercaban a ella.

—Que no te engañe, Fran —el tono de Fara y sus ojos violetas reflejaban ironía—. Me ha dejado ganar elegantemente.

El anciano se dejó caer pesadamente junto a Fran.

—No soy elegante.

Fara se rió.

—Claro que lo eres.

—Mujeres…

Ranen puso los ojos en blanco, pero Fran se dio cuenta de que hinchaba el pecho y se sonrojaba ligeramente.

—Propongo que pactéis un empate. Es lo que Max y yo…

Fran se quedó helada y cerró la boca. Rebobinó los últimos segundos y volvió a escuchar lo que acababa de decir. ¿Max y yo? ¡Max y yo! ¿Qué tonalidad de rojo tendrían sus mejillas? ¿En qué estaría pensando para decir algo así?

Daba por sentado que mucha gente sabía que el príncipe y ella se veían como amigos y quizá como algo más, pero usar una frase tan personal… Podía colgarse del cuello un cartel que dijera que amaba al príncipe.

Fara le sonrió.

—¿Que ibas a decir, querida?

Fran correspondió a la elegante y discreta son risa.

—Que lo mejor es que los dos ganen, nada más.

—La chica tiene razón, Ranen.

—La chica es una romántica.

—¿Y qué tiene de malo? —Fara se alisó la falda—. Si no

recuerdo mal, tú también fuiste un romántico.

—De eso hace mucho tiempo —refunfuñó Ranen de buen humor.

—Ah, ¿sí? Entonces supongo que no debo pedirte que me acompañes al baile de mañana.

Ranen abrió los ojos como platos.

—¡Bah! Sabes que me sentiría muy honrado de acompañarte, Fara.

La princesa sonrió radiantemente, le hizo un gesto con la cabeza y se dirigió a Fran.

—Hablando del baile, ¿qué piensas ponerte, querida?

Fran no lo había pensado. El baile era la última noche que estaría con Max y, naturalmente, quería estar lo más guapa posible cuando la viera, cuando bailara con ella hasta el amanecer.

—Tengo un vestido de noche negro.

—No, no, querida —la mujer le dio una palmada en el hombro —. Eso no es suficiente.

—Pero no tengo…

—Yo sí —los ojos le resplandecieron—. ¿Vamos a mis aposentos para que te pruebes algunas cosas?

Fran no pudo evitar que la idea la emocionara. Llevar un vestido real con metros de seda o de satén… Se le alteró el pulso.

—Me encantaría ir, pero no debería abandonar a los cachorros…

—Yo vigilaré a los cachorros —afirmó Ranen mientras sonreía a las dos mujeres—. Al fin y al cabo, tendré que hacerlo cuando te vayas a Estados Unidos.

—Gracias, Ranen —le dijo Fran mientras se levan taba.

Fara sonrió a Ranen.

—¿Pasaras a buscarme a las siete y media?

—Lo haré sin duda, Alteza.

La princesa no dejó de hablar animadamente mientras ella y Fran se dirigían al palacio.

—Tengo pensado el vestido perfecto, querida. Es blanco, no tiene tirantes, se ciñe en la cintura y tiene una falda muy larga. Te quedará maravillosa mente con el pelo recogido y el brillo de tus ojos. Además, te dejaré una de mis diademas.

—No, no puedo aceptarlo.

—Sí puedes y lo harás.

El estoico y omnipresente mayordomo abrió la puerta del palacio. Fara entró a toda prisa y subió las escaleras.

—La noche que me puse ese vestido, la niebla cayó densa como una cortina de terciopelo y no se levantó hasta bien pasadas las siete. Cuando la niebla se disipa antes o después de su hora es porque la magia está rondando.

Fran tuvo destellos de una barca con dos amantes ardientes. Efectivamente, la magia…

—Recuerdo que mi doncella aseguraba que algo extraordinario iba a pasar y tenía razón —la princesa se detuvo en lo alto de las escaleras y sonrió a Fran—. Mi padre tenía una recepción esa noche. Cuando entré en el comedor me fijé inmediata mente en un hombre moreno con unos ojos muy oscuros. Era un abogado francés. Me sentí atraída por él al instante.

—Resulta intrigante —mientras avanzaban por el pasillo, Fran pensó que también le resultaba conocido.

—Pasamos juntos toda la noche. Hablamos, cenamos y bailamos. Me miró como no me había mirado ningún hombre. Creí estar enamorada de él y cuando se marchó no pude pensar en nadie más.

—¿Qué pasó?

—Me escribió muchas cartas pidiéndome que fuera con él.

—¿Lo hizo?

Fran notó que se le encogía el corazón y los labios se le secaban.

—No, no lo hice.

—¿Por qué no?

—Creo que ya sabes por qué, querida. Es un problema que no me concierne a mi sola —la princesa se detuvo delante de la puerta de sus aposentos y se volvió para mirar a Fran—. Pero aunque permanecí fiel a mi país, a mi posición en la vida, nunca me casé. No pude.

Fran tragó saliva. ¿Por qué le contaba esas cosas? ¿Cuál era la moraleja de la historia? ¿Que convenciera a Max para que abandonara su sentido del deber? ¿Que volviera a casa con resignación y comprensión?

—¿Qué pasó, Alteza? —Fran se percató de que lo había dicho con un tono de angustia, pero no pudo evitarlo—. ¿Volvió a verlo?

—Sólo en sueños. —Fara posó una mano cálida sobre la gélida de Fran—. Quizá Max sea más valiente que su tía —suspiró

profundamente, alcanzó el picaporte y abrió la puerta del dormitorio—. Eso espero por el bien de todos.

* * *

La niebla estaba levantándose lentamente mientras Maxim se acercaba a la puerta del faro. Unos aromas deliciosos le recibieron una vez dentro. Unos aromas que no había vuelto a oler desde la infancia. Vio que el bolso de Francesca colgaba de la percha donde solía dejarlo Sintió una gran paz interior.

—¿Que demonios está pasando en mi casa? —bramó con un humor excelente.

—Estoy aquí, Alteza.

Aquella voz ronca y aterciopelada a la vez…

Desde hacía cerca de quince años había entrado en aquella casa y no había oído otra cosa que las olas del mar. Entonces le gustaba la soledad. Sin embargo, la aparición de la embriagadora Francesca Charming en su vida había dado un vuelco al delicado equilibrio de todo; le había cambiado a él. Había conseguido que la necesitara y lo que era más importante, había conseguido que la vuelta a una existencia esclava fuera llevadera.

Dejó las bolsas en el vestíbulo y subió las escaleras de dos en dos hasta quedarse en la puerta de la cocina. La miró.

Francesca estaba delante de los fuegos con el pelo recogido y cocinando una gran pieza de carne. Llevaba un sencillo vestido veraniego de algodón de distintos tonos azules y estaba descalza. Se le encogió el corazón ante la escena doméstica. Parecía como si estuviera en su casa.

Ella lo miró y sonrió.

—Buenos días, mi señora.

El saludo le salió como un gruñido, pero no pudo evitarlo. Sobre todo cuando le sonreía de aquella manera con las mejillas sonrosadas por el calor de los fogones.

—¿Has tenido un buen día? —le preguntó Fran mientras él se acercaba y le daba un pellizco en la mejilla.

—No ha estado mal —se puso detrás de ella y le rodeó la cintura con los brazos—. Pero ahora está mucho mejor —le susurró al oído.

Fran olía bien y su contacto era delicioso. ¿Por qué no podía tener aquello todas las noches? Los dos juntos, compartiendo la cena, compartiendo sus vidas…

Maxim no siguió. Esos pensamientos no cabían en su cabeza.

—No hacía falta que hicieras todo esto, Francesca. Yo podía…

—Quería hacerlo —se estrechó contra el pecho de él—. Por cierto, tu guardia me ha dejado entrar. Evidentemente, algún jovenzuelo de la casa real un poco mimado y cabezota le ha dicho algo sobre dejar entrar a la doctora Charming cuando ella quisiera.

—Me pregunto quién habrá sido…

—Ya, es un misterio —se rió y se puso de espaldas a la cocina.

Max apoyó la barbilla en el hombro de Fran.

—¿Qué estás haciendo?

—Tu plato favorito —señaló una cazuela humeante con un pincho de plata largo y afilado—. Jamón y patatas al *whisky*.

Sus sentidos se llenaron de recuerdos. Hacía mucho tiempo, cuando vivía su madre, ella insistía en que el cocinero del palacio le hiciera jamón y patatas al *whisky* todos los domingos. Se estremeció. Nadie lo había adivinado; nadie se había ocupado tanto de él.

—Gracias —le dio un beso en el cuello y la abrazó con más fuerza—. ¿Cómo has sabido que…?

—Me lo ha dicho tu tía.

—¿Has hablado con Fara?

—Sí, sabe muchas cosas. Hemos hablado mucho de cuando eras un niño.

Max se rió.

—¡Caray!

Fran lo miró por encima del hombro con una ceja arqueada.

—¿Por qué ataste a tu hermana a un árbol y la abandonaste?

—Estábamos jugando. Cathy era británica y yo era escocés. Sólo la dejé una hora o así para conseguir limonada para los dos.

—Claro… —Fran se rió y volvió a los fuegos—. ¿Qué pasó? ¿Te distrajeron o algo así?

—Exactamente.

¿Sabría Francesca que ese vestido de verano le resaltaba todas las curvas? ¿Qué pasaría si entraba alguien y los veía? ¿Qué pensaría? ¿Pensaría que eran una pareja feliz?

—¿Qué o quién te distrajo? —preguntó Fran con el trasero

contra el vientre de Max.

—La hija de una doncella. —Max metió la mano debajo del sencillo vestido y acarició las piernas desnudas e increíblemente suaves de Fran.

Ella dejó escapar un leve gemido. Subió poco a poco las manos recorriendo cada centímetro de sus muslos. Quería hacerla feliz, quería que se olvidara y que se perdiera en él todo el tiempo que fuera posible.

Fran dejó caer el pincho y apoyó la cabeza en el hombro de Max.

—Las mujeres son su perdición, Alteza. Fran no podía respirar mientras él le acariciaba el vientre y jugueteaba con la cinta de encaje que le rodeaba la cintura.

—Sólo una mujer.

Introdujo los dedos dentro de las bragas y los pasó delicadamente por encima del montículo femenino.

—¿Aquí? ¿En la cocina? —jadeó Fran.

—Aquí mismo.

—¿Y la comida?

—Más tarde.

Como había esperado, todos los pensamientos le abandonaron cuando la humedad del cuerpo de Fran alcanzó a sus dedos.

* * *

—La princesa y su doncella aplaudieron y suspiraron.

—Max y otro centenar de hombres no podrán apartar sus ojos de ti esta noche, Fran.

Una mujer que Fran no había visto en su vida la miraba desde el espejo de cuerpo entero. Su pelo rubio y resplandeciente estaba recogido en lo alto de la cabeza y unos mechones se entrelazaban con la diadema que Fara le había dejado. El maquillaje era inmaculado y los ojos tenían un brillo que sólo podía dar la emoción; la emoción y la esperanza.

El cuello era largo y esbelto y los hombros des nudos delicados y elegantes. Llevaba unos guantes blancos hasta los codos y el vestido de sus sueños, de seda y tul, se le ceñía a las formas del cuerpo. Una

costurera de un talento increíble había bordado un hermosísimo dibujo negro en el bajo de la falda y la línea del busto.

Si no hubiera sabido la verdad, Fran habría jurado que la mujer que la miraba desde el espejo era una princesa.

Sin embargo, no lo era. Aunque esa certeza insignificante no iba a detenerla aquella noche. Para bien o para mal, era Cenicienta camino del baile. Fran se levantó la falda y sonrió al ver los zapatos de satén blanco. Iba camino del baile, pero no con unas zapatillas de cristal.

—¿Estás preparada, querida? —Fara se miró en el espejo y se colocó bien la diadema de diamantes con zafiros.

Fran sonrió a la mujer vestida de seda azul.

—Más que preparada, Alteza.

—Estás maravillosa.

—Gracias. No lo digo sólo por el vestido. —Fran se volvió para mirar a la princesa—. Lo digo por todo.

Fara le acarició la mejilla.

—Ha sido un placer, querida.

La tomó de la mano y la llevó al pasillo. Sin embargo, en vez de dirigirse a la parte principal del palacio, la princesa la condujo por unos pasadizos que Fran no había visto nunca. Unos pasadizos secretos.

Unos minutos después, salieron al bullicio de las voces, las risas educadas y la música de la orquesta.

—Ya hemos llegado —dijo Fara al alcanzar el pie de la gran escalera que llevaba directamente al salón de baile.

La aprensión se mezcló con el nerviosismo y formaron una mezcla vertiginosa en la cabeza de Fran. La fiesta estaba en su apogeo. El personal de servicio se movía ágilmente entre la gente y servía champán y caviar. Mujeres con vestidos impresionantes bailaban con hombres de esmoquin.

Fran levantó la mirada. El techo estaba pintado como si fuera un cielo con estrellas y una luna creciente. De las paredes colgaban enormes retratos familiares. Reconoció inmediatamente a Max y el corazón le dio un vuelco como si fuera una colegiala.

La escena era irreal para una veterinaria de Los Ángeles, pero le gustaba lo irreal. Esa noche, ella se apuntaba a lo irreal.

No pudo reprimir una risa cuando siguió a Fara que se dirigía

hacia un Ranen vestido con un traje marrón oscuro y que sonreía de oreja a oreja.

Sin embargo, en el rincón opuesto del salón de baile, el príncipe Maxim Stephan Henry Thorne esperaba la llegada de Francesca. La había visto descender la escalera con la elegancia de una gacela, captó su sonrisa vacilante y se sintió rebosante de un anhelo que sabía que no podría sofocar nunca.

Junto a él, dos mujeres intentaban recuperarlo para la conversación, pero él no las prestaba atención. No podía apartar la mirada de la mujer más hermosa del mundo. Le recordaba al cisne que surcaba el estanque que había junto a las cuadras. Era elegante, impresionante y un poco distante.

Maxim se disculpó y se abrió paso hasta ella, pero era demasiado tarde. Cuando llegó al pie de las escaleras, el marqués de Pretenburg ya la había llevado a la pista de baile.

Maxim apretó los dientes. ¿Así que de eso se trataba? Tenía que haber previsto la reacción. Era una recién llegada, alegre e increíblemente bella. Los hombres de la corte se pelearían por conseguir que se la presentaran. Evidentemente, él tendría que dejar muy claro a quién pertenecía Francesca.

En cuanto terminó la música, varios hombres salieron como purasangres desde la línea de salida para invitarla a bailar. Pero Maxim llegó el primero.

—¿Me permite este baile, doctora?

Ella se giró y los ojos le brillaron de alegría al verlo.

—Estas muy guapo esta noche, Maxim.

—Y tú estás impresionante. Fran sonrió.

—Gracias.

Al empezar la música, la tomó entre los brazos.

—Creía que no podría conseguir un baile, fuera príncipe o no.

—¿Qué quieres decir?

—Tienes a todos rendidos a tus pies.

Fran se inclinó un poco hacia delante.

—¿Pero te tengo rendido a ti? —le susurró.

A Max se le aceleró el pulso. Le volvía loco de deseo y de muchas otras cosas que no quería decir por su nombre.

¿Si la besaba allí mismo, delante de tantos personajes de Llandaron y de las cortes británicas y escocesa, qué pasaría? ¿A él

qué le importaba?

La estrechó con más fuerza entre sus brazos con los ojos clavados en los de ella. Bailaron otras dos piezas así, completamente absortos el uno en el otro.

—Sé que hay muchas mujeres que esperan para bailar con usted, Alteza —levantó la barbilla—. Quizá debiera darles la oportunidad.

—No —las demás mujeres le importaban un rábano—. Esta noche sólo bailaré contigo, Francesca. Sólo contigo.

La música cesó antes de que ella pudiera reaccionar y un lacayo tocó a Maxim en el hombro.

—El rey desea verlo, Alteza. Inmediatamente. En la biblioteca.

La pasión dio paso a la ira. Maxim sabía perfectamente lo que quería su padre. El anciano ya le había avisado de lo que pasaría esa noche.

Maxim apretó una de las manos enguantadas de Fran.

—Volveré enseguida.

—Date prisa —le guiñó un ojo—. Sólo tenemos hasta medianoche.

—¿Cómo? —Sintió un nudo en la garganta de angustia.

—Era una broma. Cenicienta, el príncipe, media noche…

Max hizo un gesto serio con la cabeza.

—Ya…

Cinco segundos después de que se hubiera marchado, Charles Crawford, el conquistador que vivía de las rentas y al que le faltaba medio cerebro y le sobraba todo el ego, se acercó a Francesca. Maxim, con los puños apretados, salió del salón de baile para ir a la biblioteca.

El rey estaba sentado en su butaca favorita con una copa de *brandy* en la mano.

—He hablado con el duque de Ernhart. Me ha ofrecido a su hija para que te cases con ella.

Maxim se quedó de pie.

—¿De verdad? Cuánta generosidad por su parte.

—El sarcasmo sobra cuando se tratan cuestiones de estado.

Y cuestiones del corazón, pensó Max.

—Maxim, te he dado todas las oportunidades para que encuentres una novia adecuada —el rey sacudió la cabeza—. No me dejas elección.

—Todos tenemos, una elección, padre.

Eran las palabras de Francesca.

Maxim fue hasta la mesa y se sirvió un *brandy*.

—Llandaron necesita a su realeza —sentenció el rey—. De eso no hay duda.

—No, no la hay.

—Tú eres la esperanza que tienen, Maxim.

—Mi hermano…

—Tu hermano no ha dado un heredero y sabe Dios silo dará alguna vez. No podemos esperar.

Maxim apuró la copa. ¿Contra qué estaba luchando? ¿Contra el control de su padre o contra el suyo propio? La realidad era cruel, pero no tenía escapatoria. Su elección era el deber, no podía ser otra. Se pasó una mano por el pelo. Si Francesca fuera…

No. Ni hablar. Aunque pudiera, la quería demasiado como para ofrecerle ese tipo de vida. Las ataduras serían insoportables para alguien que siempre había vivido libremente.

Sin embargo, él la deseaba. Sólo la deseaba a ella.

—Anunciaré tu matrimonio a medianoche.

Maxim miró implacablemente a su padre.

—¿Por qué esperar? Si voy a dar mi vida por mi país, también puedo darla ahora.

Tenía que hablar con Francesca antes. Tenía que estrecharla entre sus brazos y explicarle lo que ella nunca le había dejado que le explicara.

Sin embargo, Francesa no necesitaba ninguna explicación.

El cuerpo, el corazón y el alma de Francesca, que estaba contra la puerta de la biblioteca, se petrificaron al comprender que moría todo ápice de esperanza al que se había aferrado durante los últimos días. Max iba a casarse con una mujer que ni siquiera conocía.

Las lágrimas le cayeron por las mejillas dejando un rastro de desolación. El había hecho su elección. Había elegido a su país.

Se apartó de la puerta y se alejó tambaleándose por el pasillo. El maravilloso vestido que hacía media hora le había hecho sentirse como una princesa, le resultaba incómodo en ese momento. Le recordaba que los cuentos de hadas sólo son historias para niños y corazones crédulos.

Subió las escaleras hacia su habitación con lágrimas en los ojos. No estaba dispuesta a quedarse sentada mientras anunciaban el matrimonio de Max. Ya no hacía nada en Llandaron. Se marcharía después de despedirse rápidamente de Glinda y los cachorros.

Una vez en su habitación, se quitó el vestido y lo dejó sobre la cama. Le escribiría una nota a Fara agradeciéndole su generosidad, pero omitiría el sincero deseo de que el valor de Max fuera mayor que la cobardía que había tenido ella.

Fran se secó la amargura que le mojaba las mejillas y supo que también omitiría que ella tampoco volvería a amar a nadie, que nunca se casaría y que nunca olvidaría al hombre que le había hecho creer que existía el amor verdadero.

Capítulo 11

e ha ido…

Maxim, rojo de ira, dio una patada al suelo de la biblioteca. A su derecha, el reloj dio las tres de la madrugada. ¿Qué había hecho? ¿Qué había permitido que ocurriera?

A su izquierda, su padre estaba sentado en la butaca y tranquilo como una balsa de aceite. Su arrugada mano sujetaba una copa de *brandy* vacía.

—No entiendo tu desesperación, Maxim. Has dejado a muchas mujeres…

Maxim lo miró con furia.

—Esta vez no la he dejado yo.

—Lo que quiero decir es que has roto con muchas mujeres.

—Francesca es distinta.

—¿Lo es?

—¡Si, maldito sea!

Maxim dio un puñetazo en la chimenea, pero apenas notó el golpe en los nudillos. Francesca se había ido sin despedirse y sin darle la oportunidad de ofrecerle una explicación, de explicarle su elección.

Se pasó las manos por el pelo. Su maldita elección. ¿Por qué había aparecido para decirle que tenía una elección? ¿Por qué había aparecido y le había hecho desear más de lo que le habían ofrecido?

Levantó la mirada al techo.

—¿Como es posible que saliera de aquí y tomara un avión a Estados Unidos tan rápidamente?

—Yo la ayudé.

Un sonido gutural y violento brotó de la garganta de Maxim mientras se volvía para mirar hacia la puerta.

Ranen Turk se encogió de hombros con una pipa en la comisura de la boca.

—Tenía que ayudarla, Alteza.

Maxim hizo una mueca furiosa con la boca.

—¿Por qué?

—Porque le tenía cariño.

—¡Yo también!

Ranen atravesó la habitación y posó una mano en el hombro de Max.

—No quería estar aquí cuando anunciaran su matrimonio.

—Mi matrimonio…

Maxim sintió vértigo y todas las paredes de la habitación cayeron sobre él.

—¿Puede reprochárselo, Alteza?

—No lo entiendo. —Maxim miró a su padre con los ojos entrecerrados—. ¿Se lo dijo usted?

El rey se dejó caer en el respaldo de la butaca.

—No.

—Entonces, ¿por qué sabía que iba a anunciar mi matrimonio esta noche? Ella no podía…

Maxim se quedó paralizado. ¿Les habría oído hablar y planear su futuro? ¿Habría ido a buscarlo y habría oído su conformidad?

Soltó una ristra de improperios. Era un idiota. Un idiota de los pies a la cabeza.

—Lo siento, Maxim —el rey resopló con fuerza.

Maxim se rió con amargura.

—¿Lo siente?

—¿Qué quieres decir?

—¿Lo siente de verdad, padre?

—Alteza… —Ranen empezó a hablar pero se calló al instante.

—¿Acaso no era esto lo que quería, señor?

La ira que Max tenía latente en su interior se desbordó repentinamente. La ira que había sentido desde que supo que su hermano no podía tener hijos. La ira que lo dominaba cada vez que pensaba en una vida sin restricciones y con algunas elecciones

personales.

—¿Acaso no es la solución perfecta? La plebeya se ha ido y su hijo pronto entrará en vereda —continuó Maxim.

La ira que le corroía el corazón por no poder dejar plantado a su padre.

Las mejillas del rey se tornaron de un color rojo oscuro.

—Maxim Thorne, eres un hombre adulto, pero hablas como un chiquillo.

Maxim se quedó inmóvil y estupefacto, como si le hubieran abofeteado. Se dejó caer en la butaca que había junto a su padre y se pasó una mano por la cara. ¿Cómo se había permitido llegar tan lejos? Llevaba comportándose como un chiquillo desde que había conocido su destino. ¿Por qué iba a sorprenderle que el rey le tratara como tal?

El respeto había que ganárselo y si él quería exigirlo, tenía que comportarse como un hombre, no como un príncipe, y decidir su propio futuro y su destino.

Maxim se apoyó en el respaldo de la butaca.

—No me casaré con esa mujer —dijo tranquilamente.

—¿Por qué? —le preguntó el rey con la misma tranquilidad.

—Porque no la amo.

—¿Amas a alguna otra?

Maxim abrió la boca dispuesto a explicarle a su padre que lo que sentía por Francesca no era amor, que podía ser deseo, necesidad, afán de posesión, pero no amor.

Sin embargo, eso habría sido mentira.

Maxim vació la copa. El *brandy* no le había embotado los sentidos, como él había esperado. Al contrario, el líquido ambarino le había despertado el corazón y le había hecho ver la verdad. Nada era sencillo con Francesca. Con ella, la vida tenía una complejidad maravillosa e intensa. La misma que tendría su amor.

Sí, la amaba. La amaba con cada célula de su cuerpo.

—Sí, padre. Amo a otra.

Las palabras le parecieron sólidas y justas. El rey parpadeó de asombro.

—¿Por qué no me lo habías dicho, hijo?

—Usted sabía que yo la veía. Que ella se quedaba…

—Ver no es amar. El amor es algo completamente distinto.

—¿Hasta para usted?

—Sí.

—Usted sabe que mi pueblo y mi país lo son todo para mí —el tono de Maxim era serio y convencido.

—¿Pero?

—Pero me casaré con quien yo elija. —Maxim miró a su padre con el mentón firme—. Con quien ame.

El rey no dijo nada, se limitó a asentir con la cabeza.

—Y como todos, de una forma u otra, hemos ayudado a que esa mujer se fuera… —Maxim miró a Ranen y luego otra vez a su padre —… todos ayudaremos a que vuelva.

—¿Qué propones? —le preguntó el rey. Ranen fumó su pipa pensativamente.

—Mary Trost tiene una cerda que está a punto de parir. Fran sería de gran ayuda…

—Siéntate, Ranen —le ordenó Maxim con una risa sarcástica—. Vamos a pensar entre todos.

El rey arqueó una ceja.

—¿Ésa es tu elección, hijo?

—Sí, ella es mi elección, padre.

El anciano asintió con la cabeza.

—Tu madre quería el amor para ti, Maxim. Como yo no veía que buscaras ese requisito, yo… —El rey se detuvo para aclararse la garganta—. La reina habría estado orgullosa de ti.

Un puño invisible estrujó el corazón de Max.

—Usted, también.

Las arrugas que rodeaban los ojos de rey se acentuaron con una sonrisa.

—Creo que tienes razón.

Ranen gruñó y puso los ojos en blanco.

—Ya está bien de sentimentalismos. Tenemos que trazar un plan. Yo agradecería de verdad un poco de ayuda con esa cerda.

El padre y el hijo sonrieron.

—Ha vuelto a Los Ángeles, a su clínica.

Maxim no añadió que también había vuelto a Dagwood. Tampoco se echaría en brazos de ese veterinario aburrido en cuanto llegara, ¿no? Sintió una punzada de celos. No la tocaría ningún hombre que no fuera él. Después de que él clavara la rodilla en el

suelo, después de que se disculpara por su locura, después de que la besara con toda su alma, ella le diría que le perdonaba y que ella también lo quería.

—Creo que tengo la solución perfecta —las palabras del rey hicieron que Maxim volviera a la realidad—, pero tendrás que esperar una semana antes de irte, Maxim.

—No puedo esperar una semana, padre.

—Confía en mí, Maxim —el rey sonrió—. Confía en mí, hijo.

* * *

Ya había llegado el principio del verano. Los Ángeles bullía con los primeros calores, las nuevas películas, los nuevos amores y las nuevas familias; sobre todo familias caninas y felinas. Los propietarios llevaban a las camadas para las primeras revisiones.

Era un momento que antes le gustaba a Fran, pero ya no. Naturalmente, eran una preciosidad, pero le recordaban a Glinda, a los cachorros y a Lucky.

También al príncipe.

Se le caía el alma a los pies. Que Dios se apiadara de ella, echaba de menos al príncipe, a Llandaron y a todos los que vivían allí. Durante la última semana, había salido con los amigos, había visto un par de películas y había corrido por la orilla de mar. Había hecho cualquier cosa con tal de conservar la cordura, pero por la noche, cuando se acostaba, no podía quitárselo de la cabeza y los pensamientos cruzaban el océano hasta donde es taba él.

—Entonces, doctora, ¿qué le pasa?

Fran levantó bruscamente la mirada. Al otro lado de la mesa de reconocimiento estaba Amanda Randali, una pelirroja muy guapa que se había desnudado en su última película. Ése era el tipo de clientela que tenía la clínica. El año anterior, la idea le había parecido maravillosa, lucrativa y una forma de conseguir su sueño de abrir un quirófano. En ese momento, le parecía una estupidez.

Sin embargo, la vida seguía su ritmo y, evidente mente, su vida era la clínica, Los Ángeles y sus planes para abrir el quirófano. Quizá tuviera que tener un poco de paciencia.

—Señorita Randall, Chardonnay tiene pulgas…

Los ojos verdes de la aspirante a estrella reflejaron un espanto horrible.

—Imposible.

Fran pasó un peine por el pelo del animal y lo puso a contraluz.

—¿Quiere comprobarlo usted misma?

—No —al parecer, la proposición le había ofendido.

¿De dónde habría sacado Fran la idea de que los famosos eran graciosos y maravillosos?

—¿Le ha estado aplicando el producto contra pulgas que le di?

—Bueno, no lo he hecho —gruñó—. Es el cometido de Jerry.

—¿Jerry?

—Mi asistente personal.

—Claro.

La mujer se pasó un mechón de pelo perfecta mente peinado por detrás de la oreja.

—El mes que viene tengo que rodar en Miami. Quiero llevarme e Chardonnay, pero… bueno, uuuuuhhh.

Para ser justa tenía que reconocer que había un par de famosos muy normales que pasaban por la clínica, pero eran los menos.

Quizá fuera que ya nada le parecía normal, nada menos Llandaron.

¿Cómo era posible? Cuando salió con rumbo a Llandaron, habría jurado que estaba viviendo un cuento de hadas. Sin embargo, cuando se fue de allí, se sintió como si estuviera dejando la única vida verdadera que hubiera conocido jamás.

—Entonces, ¿qué tengo que hacer?

La pregunta de la mujer tenía muchos sentidos y muchas respuestas, para las dos.

Para Fran: tenía que trabajar e intentar olvidarse. Ya había pasado una semana desde que se marchó de Llandaron y Maxim no había intentado ponerse en contacto con ella. Aunque ella tampoco lo esperaba. Estaría haciendo los preparativos de la boda.

Fran sacó un tubo con loción contra las pulgas y se la aplicó al perro.

—Con esto tendrá para lo que queda de mes, pero si no quiere que haya pulgas en su casa o en Chardonnay, tendrá que hacerlo usted misma.

—O cambiar de asistente.

—Podría ser.

La mujer le dio las gracias precipitadamente, se puso los guantes y salió de la sala con el perro en brazos. Dennis se cruzo con la actriz en la puerta, la sonrió amablemente y se volvió hacia Fran.

—Un día muy ajetreado.

Fran asintió con la cabeza. —Mucho.

Una vez de vuelta a la clínica, Dennis y ella habían recuperado inmediatamente la amistad. Así habían empezado y funcionaba bien.

Dennis la miró con el ceño fruncido.

—¿Te pasa algo, Frannie?

—No, nada —si es que vivir con el corazón destrozado no era nada.

—Mira —le dijo Dennis mientras la ayudaba a re coger las toallas, las hebras de algodón y el producto contra las pulgas—. Ya es casi la hora de cerrar, ¿te importa si me voy un poco antes?

—¿Tienes una cita apasionada? —le preguntó con tono burlón.

—Efectivamente.

Fran se quedó de piedra.

—Vaya…

—¿Te importa?

—No, en absoluto. La verdad es que me parece fantástico.

Sintió celos, no porque sintiera algo por él que no fuera amistad, sino porque él tenía a alguien especial y ella había perdido a su persona especial.

Fran sonrió.

—Hay un último paciente. Es una urgencia.

—Yo lo atenderé. Tú vete y pásatelo muy bien.

Dennis le guiñó un ojo y salió.

—Es por ahí… —Oyó que decía Dennis desde el vestíbulo.

Fran se rió un poco forzadamente. Tenía que ser una cita muy especial para que se comportara tan…

Fran se quedó boquiabierta y las lágrimas le empañaron los ojos, pero estaba demasiado asombrada como para llorar.

—¡Max!

—Doctora…

Ahí estaban la sonrisa irresistible y los ojos azul añil. Estaba en el quicio de la puerta con la mirada clavada en ella. Parecía un

sueño, un espejismo con un traje negro de corte impecable y una camisa blanca.

—¿Qué haces aquí?

El corazón le golpeaba contra las costillas una y otra vez. ¿Por qué estaba allí? ¿Por trabajo o por ella?

—Habríamos venido antes, pero había alguien que tenía que mamar —sacó un cachorro muy grande de detrás de la espalda—. Hay alguien que te necesita, Francesca.

—Lucky… —Cruzó la habitación y tomó en brazos al perrito somnoliento.

—Sí, te he traído a Lucky, pero él no es el único que te necesita.

Fran sintió que le flaqueaban las rodillas y que se le hacía un nudo en la garganta mientras miraba a los ojos de Max.

—¿No es él?

—No, no es él. —Max le tomó la cara con la mano derecha—. Me volví loco cuando te fuiste de Llandaron. Me has convertido en otra persona, Francesca. De príncipe he pasado a ser un hombre de carne y hueso.

Fran se derretía en la mano de Max y el temor y la esperanza se mezclaban en sus entrañas.

—Dime por qué has venido antes de que yo también me vuelva loca.

—No puedo vivir sin ti.

Fran hizo todo lo posible por no perder el equilibrio.

—¿Y la caballuna princesa danesa…?

—No hay tal princesa —se inclinó y la besó suave mente en los labios—. No hay nadie que no seas tú.

A Fran se le alteró el pulso hasta que se puso a latir como una máquina de vapor. Era lo que más deseaba oír, pero…

—¿Qué va a pasar con tu país y tu pueblo?

—Te adora y quiere mi felicidad.

—Y tu padre…

—Mi padre sólo esperaba que yo le dijera que te amaba.

Las lágrimas volvieron a parecer en los ojos de Fran, que estrechó a Lucky contra su pecho para que la sujetara y la protegiera.

—¿Has dicho que me amas?

Las palabras eran como música celestial, ¿pero podía creerlas?

¿Podía volver a tener esperanzas?

Si era así, ¿podía salir victoriosa?

—Te amo, Francesca Charming.

Lo dijo con toda claridad y una sinceridad absoluta. La tomó entre los brazos y estrechó contra sí a Fran y Lucky.

—¿Te acuerdas de cuando nos conocimos y me hablaste de hacer elecciones? —le susurró al oído.

Fran tragó saliva y contuvo el aliento.

—Me acuerdo.

—Mis miedos absurdos me impidieron hacer la elección acertada. Mi miedo a perder el control me impidió ver la verdad. La besó en la cabeza. —Tú has hecho que viera la verdad.

—Max… —La dulzura de aquellas palabras estuvo a punto de derrumbarla.

—Eres parte de mí ser, como yo lo soy del tuyo.

—¿Estás seguro de que esto es lo que quieres? ¿Estás seguro de que me quieres a mí?

Fran necesitaba saber que él estaba seguro.

Max le levantó la barbilla con un dedo y le dio un beso largo y seductor.

—Nunca había estado tan seguro de algo. Era todo lo que ella quería oír.

—Max, te quiero más de lo que había creído que era posible.

—Entonces, vuelve conmigo, princesa adorada.

Se le encogió el corazón, no de pena sino de felicidad.

—¿A Llandaron?

—Sí. Puedes seguir ejerciendo allí. Hay muchos animales que necesitan tus cuidados especiales.

Las lágrimas le rodaban por las mejillas y Lucky bostezó perezosamente. Apenas hacía un mes que ella había sido una escéptica. Una mujer que había deseado con todas sus fuerzas creer en cosas que su corazón ya había dejado a un lado, pero en ese momento estaba con el hombre que amaba, su príncipe, y sabía que los cuentos de hadas a veces se hacían realidad. Ella había creído en el amor verdadero y el amor verdadero había creído en ella.

Levantó la mirada hacia Max con los ojos rebosantes de lágrimas, de lágrimas de felicidad y amor.

—Te quiero más de lo que puedo expresar e iré donde tú

quieras.

Max volvió a besarla y fue como si volvieran a estar en el faro y las olas batieran contra las rocas que los rodeaban.

—Cásate conmigo, Francesca —le susurró—. Sé mi esposa; mi princesa.

—Lo haré, Max.

—Te daré hijos y una familia.

Qué bien la conocía. Sintió que el corazón le flotaba en un cariño maravilloso y miró a los ojos del que sería su marido, el padre de sus hijos y el príncipe de su corazón para siempre. Tenía todo lo que siempre había soñado y deseado en lo más pro fundo de su corazón. Un hogar, una familia y una profesión. Y a Max, que era lo más importante.

Fran sonrió.

—La verdad es que esto es un cuento de hadas.

—Sí, lo es —el amor que se traslucía en aquellas palabras era el mismo que se reflejaba en los ojos de Max—. ¿Sabes lo que se dice al final de los cuentos?

—Ya estás con tus dichos —el aire se llenó con su risa—. ¿Qué se dice?

La apretó más contra sí, la besó profundamente y le sonrió arrebatadoramente.

—Y vivieron felices y comieron perdices.

FIN



La autora de *Bestsellers*, Laura Wright ha pasado la mayor parte de su vida sumergida en el mundo de actuar, de cantar y de baile de salón y competitivo. ¡Pero cuando comenzó a escribir, sabía que había encontrado el verdadero deseo de su corazón! (Aparte de un nuevo bebé). Junto con cuatro hermanos y muchos gatos, Laura creció en Edina, Minnesota, y aunque encontró aventuras en localidades como Nueva York, Ohio, Milwaukee y San Diego, ella finalmente encontró su «norte verdadero» en Los Ángeles con su marido, actor de teatro. Laura cree sinceramente en la familia, los amigos del corazón y la energía curativa del amor, y espera que ella en sus libros refleje esos valores.